LOS ATENIENSES



Un viaje al país de la democracia
Pero tengan cuidado al embarcarse.
El viaje termina en la muerte y en lo que hay más allá.

La Editorial Virtual
Segunda edición — Buenos Aires — Mayo 2014

—

ÍNDICE

- Esperando a Caronte
  - La Cárcel
  - Los discípulos
  - Los guardianes
  - Hades y Caronte
  - El barco a Delos
- La ciudad, el país y sus habitantes
  - La Ciudad
    - La atenas moderna
    - La Acrópolis
  - El país
    - Las dimensiones
  - Los habitantes
    - Las oleadas inmigratorias
    - El desarrollo de Atenas
    - La tierra y el mar
    - Hinterland vs. Foreland
    - La clerucía y el imperialismo
    - La Liga de Delos
    - Los esclavos
- Historia a vuelo de pájaro
  - I. Los comienzos
  - II. Los eupátridas
  - III. Los Tiranos atenienses
  - IV. El extraño Siglo V AC
  - V. Los Macedonios
- El sistema y sus hombres
  - El régimen político ateniense
    - Una cuna inestable
    - Los factores de Poder
    - Consenso y disenso
  - La élite

- La selección de la élite
- Los objetivos de la aristocracia
- Los precursores
  - Los reyes
  - Los Arcontes
  - Dracón
  - Solón
  - Pisístrato
  - De Hipias a Clístenes
- Los demócratas
  - Temístocles
  - Cimón
  - Efialtes
  - Pericles
  - Cleon
  - Nicias
  - Alcibíades
- El colapso
  - La Tiranía de los Treinta
  - La Restauración y la Reforma del 403 AC

Crónica de un condenado a muerte
- Sócrates: ¿Qué sabemos de él?
- Juventud y Matrimonio
- El guerrero
- El filósofo
- El "daimon" y la verdad

Perdónalos Señor. No saben lo que hacen.
- El juicio
- La defensa
- La condena
- ¡Perdónalos, Señor!

El barco y las lágrimas de un verdugo
- El amanecer
- El último día
- El atardecer
- La noche

Esperando a Caronte



La Cárcel

En la semipenumbra de la cárcel, el anciano estaba sentado sobre su lecho y conversaba amigablemente con las personas reunidas a su alrededor.
Un observador externo, ajeno a los acontecimientos de algunos días atrás, no hubiera podido ni imaginar que el anciano estaba, en realidad, condenado a muerte y esperando la ejecución de la sentencia. Sus gestos eran sobrios, tranquilos. Su rostro estaba sereno y sonreía con frecuencia mientras hablaba. En sus ojos muchas veces aparecía una pequeña chispa de luz, mezcla de picardía, sabiduría y entusiasmo ante una nueva idea o ante algún giro especialmente brillante de la conversación. Por el talante y el humor general de las personas reunidas más parecía que los condenados a muerte eran quienes lo rodeaban. El desprevenido observador externo muy probablemente hubiera terminado suponiendo que era el anciano el que estaba entreteniendo y consolando a un grupo de conjurados a punto de ser ajusticiados.

Pero no era así. El anciano se llamaba Sócrates y había sido condenado a muerte bajo los cargos de apostasía y corrupción. Cargos muy graves en ese momento, porque la escena que acabamos de describir se desarrolló hace más de 2.400 años atrás en Atenas, Grecia.

Los discípulos

Si bien estaba rodeado por muchos amigos, el grupo reunido a su alrededor no era sino una ínfima minoría. Quinientas personas lo habían juzgado y, de ellas, 280 lo habían encontrado culpable. Después, 360 estuvieron de acuerdo en condenarlo a muerte. Todo lo que le había quedado al anciano era ese pequeño grupo de quince o veinte amigos y discípulos que pugnaban por ocultar sus lágrimas y la ira de su impotencia. Pero, aunque la escena no lo preanunciaba, los discípulos se encargarían de levantar la antorcha que el anciano dejaría caer al morir y uno de ellos en especial — curiosamente el único que no pudo estar a su lado en los últimos momentos — la seguiría llevando y la transportaría a tales alturas que, al final, las ideas del condenado terminarían iluminando para siempre a todo el pensamiento de Occidente.

Estaban allí Fedón, uno de sus discípulos preferidos. Estaba el buenazo de Apolodoro, uno de los que habían ofrecido pagar la fianza que el tribunal terminó rechazando y que lloraría desconsolado al ver a su maestro tomar la cicuta. Estaban Critón y su hijo Critóbulo quienes, en un momento dado, lo habían organizado todo para que el Maestro pudiese escapar de la cárcel y de la muerte. Pero Critón no había podido convencer a Sócrates de aceptar esa alternativa.

Está también Hermógenes, el amigo de Jenofonte sobre cuyo testimonio este último construirá después su propia apología de Sócrates luego de regresar de aquella casi increíble epopeya que fue La Retirada de los Diez Mil. Junto a él podemos ver a Esquines quien, según los antiguos, fue el más fiel de sus discípulos. Y después tenemos a los megáricos: Terpsión y su amigo Euclides, a quien no debemos confundir con el famoso geómetra que vivió unos cien años después. Este Euclides es el que volverá a Megara después de la muerte del Maestro para fundar su propia escuela y brindará refugio en su casa a varios discípulos que se esconderán allí "por temor a los tiranos", según nos cuenta Platón. No crean ustedes que hay demasiada

contradicción en esto. Ya hace más de dos milenios la democracia podía llegar a ser la dictadura de los demócratas.

Al lado de los megáricos tenemos a los tebanos Fedondes, Simias y Cebes. Los dos últimos habían sido discípulos del pitagórico Filolao y se habían hecho seguidores de Sócrates después de establecerse en Atenas. Junto a ellos lo tenemos a Antístenes, el fundador de la escuela cínica. Hijo de un rico noble y de una esclava de Tracia, terminó desesperando de toda la hipocresía del sistema político de la época y se dedicó a combatir el absurdo de una sociedad que se decía igualitaria y mataba a sus hombres más honestos con el absurdo de una conducta que se refugió en la indigencia despectiva y desembocó en la utopía anarquista de un Diógenes que deambularía por las calles de Atenas con una linterna en la mano, a plena luz del día, buscando con su luz a un hombre honesto y que se iría a vivir a un tonel para tratar de encontrarle algún sentido a la vida. [1].

Y por último podemos ver a un grupo formado por Epígenes, Ctesipo y Menexenes y algunos otros de quienes lamentablemente no sabemos gran cosa, más allá de que acompañaron al Maestro hasta su triste y amargo final. Si alguno de ustedes notó la ausencia de Platón, no se extrañen. No estuvo allí. Estaba enfermo. Fue una ausencia importante, sin duda. Porque, en muy gran medida, es gracias a él que sabemos algo en absoluto de Sócrates ya que el Maestro jamás escribió un libro, jamás puso sus ideas por escrito, jamás fundó formalmente una escuela filosófica. Lo único que escribió fue un himno a Apolo y algunas poesías sobre la base de las fábulas de Esopo que consiguió recordar durante los días en que estuvo en la cárcel. Y eso también tan sólo porque no quiso despedirse sin alguna pequeña contribución a las bellas artes, haciéndole caso a su *daimon* personal, esa "voz interior" que constantemente le sugería lo que debía hacer pero que, curiosamente, nunca le prohibió hacer cosa alguna.

[1] La hipocresía del sistema ateniense prácticamente generó la escuela cínica dedicada a demolerla. Para los cínicos: "La situación social era fruto de un orden. Y en ese mismo orden nació la crítica: la polis era incapaz de liberar al hombre, cuanto más que había permitido la muerte del ciudadano más honesto, Sócrates." Cf. Antoni P. Angordans "Los Megáricos" Barcelona, 1989 pág.9.

Los guardianes

Pues allí estaban todos, esperando el momento en que apareciese el servidor de Los Once con la copa de veneno. Los Once constituían el servicio penitenciario de Atenas. Era un grupo de once magistrados menores que actuaban de carceleros y verdugos. Fíjense en el número: todo un servicio penitenciario formado por tan sólo once personas más un par de sirvientes y esclavos para una ciudad que contaba con alrededor de 40.000 ciudadanos y era el centro político y administrativo de una región con una población total de aproximadamente entre 200.000 y 300.000 personas. Está bien, es cierto que a los Once tendríamos que agregarles todavía a los 10 estrategos con 10 taxiarcos y 2 hiparcos quienes, entre muchas otras cosas, tenían a su cargo también funciones policiales. Pero, de cualquier manera, convendrán conmigo en que es una cantidad casi increíblemente reducida de personas para esa población.

Con toda la crítica que le podamos hacer a Atenas, acaso convenga no perder esto de vista. ¿Cuántos policías, guardiacárceles y burócratas administrativos necesitaríamos hoy para mantener en niveles relativamente aceptables la seguridad pública de un conglomerado humano de esa envergadura? Quizás sería oportuno meditarlo un poco. Tanto como para darnos cuenta y admitir que nuestra seguridad no depende tanto de la cantidad y calidad de los policías que utilicemos como de la calidad moral y comunitaria de las personas que esos policías deberían proteger.

Sócrates no aceptó su destino por imposibilidad física de rehuirlo. Ya hemos mencionado que Critón había conseguido disponerlo todo para posibilitar su fuga y con un dispositivo de seguridad tan frágil no pueden quedarnos muchas dudas de que Sócrates hubiera podido escapar del verdugo de haberlo querido. Sin embargo, a pesar de ello decidió quedarse y enfrentar su destino. Por eso, quizás no estará de más tratar de dibujar un cuadro, aunque sea aproximado, de la idea que el Maestro podrá haber tenido de ese destino que, inexorablemente, lo conduciría más allá de la muerte.

Hades y Caronte

En la mitología griega el alma de una persona muerta iba al Hades. En realidad, la cosa es un poco confusa porque Hades es tanto un dios como un

lugar. En verdad, lo que se conoce como "el Hades" es "la casa de Hades" o sea, el país de los muertos; la región a dónde eran conducidas las almas de los que abandonaban este mundo.

El Hades no era el infierno. Bueno, en realidad tenía un infierno — el Tártaro — pero también tenía su sector para los menos infortunados o, digámoslo de otra forma, su paraíso para la buena gente. Aunque, en fin, verán ustedes, en rigor de verdad la cosa es un poco más complicada. Aparentemente, según Homero, había un Elíseo por un lado y, según Hesíodo, una Isla de los Bienaventurados por el otro. Y perdónenme la imprecisión, pero parece ser que esta isla era una especie de purgatorio para los que no eran ni tan malos como para merecer el Tártaro, ni tan buenos como para calificar para el Elíseo. Es decir, un lugar adónde iban a parar todos los sujetos normales como usted y como yo, que no gozamos haciendo maldades, que no hemos matado a nadie ni hemos asaltado o arruinado a nadie, pero que tampoco somos lo que se dice unos beatos inmaculados precisamente.

Por más impreciso que nos parezca este País de los Muertos griego, hay un detalle que, sin embargo, me ha llamado la atención. En nuestra tradición cristiana, de algún modo nos hemos hecho a la idea de separar el paraíso del infierno. Las fronteras están claras y son tajantes. O, mejor dicho: ni siquiera hay fronteras. Para nosotros se trata de lugares diferentes: el paraíso está arriba, el infierno está abajo; al primero lo custodia San Pedro, al otro Satanás; y en el medio, de un modo tampoco demasiado preciso, por algún lado hay un purgatorio.

El griego no se lo imaginó así. Para él, su "más allá" es de una sola pieza. Todo está reunido en un solo lugar y tutelado por una sola deidad que podrá tener sus ayudantes y sus figuras secundarias pero que, en última instancia, mantiene su posición soberana por sobre todas las regiones del Mundo de los Muertos.

¿Nunca les llamó la atención que en nuestra cultura actual no tengamos una palabra concreta y precisa para designar la esfera posterior a nuestra extinción física? Hablamos del paraíso, del infierno, del purgatorio, del cielo, del "más allá", de "la otra vida", de "la vida después de la muerte" y usamos unos cuantos eufemismos adicionales más o menos poéticos. Pero no tenemos ya en forma habitual el concepto de lo trascendente incorporado a

nuestra cosmovisión. Y, como no tenemos el concepto, por supuesto también nos falta la palabra. ¿Adónde van las almas de los muertos? Platón nos hubiera contestado sin vacilar: "al Hades". Cualquiera de nosotros hoy contestaría: "Y... depende... ".

Quizás valga la pena detenerse un poco en esto. En parte porque no deja de tener importancia todo lo que hemos llegado a pensar, a lo largo de los milenios, acerca de la muerte y lo que hay más allá de ella. Pero en parte también porque, si no lo hacemos, nunca podremos comprender la actitud de un Sócrates que no sólo en ningún momento tuvo temor de morir sino que, más aún, prefirió tomar la copa de manos del verdugo antes que convertirse, a los setenta años, en un vagabundo expatriado arrastrando los últimos años de su existencia de asilo en asilo, lejos de su patria, escondiéndose de sus jueces y justificando indirectamente a los mediocres que lo habían condenado. Nunca comprenderemos la muerte de Sócrates si no tratamos de comprender primero la idea que Sócrates pudo haber tenido de la muerte.

Así, en primer lugar, veamos quien era Hades. Su nombre (Aïdes) significa "el invisible". Curiosamente, también se lo conoce a veces con el nombre de Pluto o Plutón que significa "el rico", "el adinerado". Un apodo que podría dar para toda una serie de especulaciones sobre la riqueza, la muerte y — en algunos casos al menos — también el infierno. Pero dejemos esto por el momento ya que, como pueden imaginar, nos llevaría demasiado lejos.

Según la genealogía mitológica griega todo comenzó cuando Gea, la diosa de la Tierra, y Urano, el dios del Cielo decidieron unirse en matrimonio [²]. Tuvieron doce hijos: los titanes. Seis varones y seis mujeres. Con todo, parece ser que las deidades griegas eran por lo menos tan pendencieras y camorreras como los propios mortales de la época porque los hijos de Urano se rebelaron contra su padre, lo depusieron, y Cronos, el más joven de sus titánicos hijos, ocupó su lugar.

Sin mucha suerte, a decir verdad, porque Cronos, a su vez, también tuvo hijos con su hermana Rhea. Uno de ellos fue Zeus; y el buen Zeus decidió que, así como su padre se había rebelado contra el abuelo Urano, él bien podía seguir la tradición de la familia rebelándose contra su padre, sobre

[²] Cf. Hesíodo, Teogonía

todo considerando que papá Cronos tenía la harto desagradable manía de comerse a sus propios hijos. Por lo tanto Zeus se rebeló y como resultado de ello se armó una trifulca colosal que duró diez años enteros. Al final de ella, Zeus salió vencedor y quedó como la máxima autoridad del Olimpo. Los titanes fueron hechos prisioneros y arrojados a una caverna debajo del Tártaro.

Ahora bien, Hades en realidad es un hermano de Zeus. La verdad es que no sé muy bien si se salvó de ser comido por su padre o si, luego de haberle servido de almuerzo, de alguna manera reapareció en la historia después. Hay una leyenda por allí según la cual Zeus le hizo vomitar a su padre a todos los hijos que se había comido. Sea como fuere, la cuestión es que, una vez desaparecido Cronos, a Hades le tocó — aparentemente por sorteo — el gobierno del Reino del Averno.

Pero, imagínense: está muy bien que a uno le toque por sorteo toda una corona real. Pero, evidentemente, hay reinos y reinos. Y el Averno no debe haber sido lo que llamaríamos la diadema más brillante de la corona olímpica. De modo que no es de extrañar que la leyenda cuente que Hades se sintió bastante solo en su nuevo dominio y sobrellevó su melancolía relativamente bien hasta que un día sucedió lo inevitable: se enamoró de Perséfone, hija de su hermano Zeus y de Demeter, la diosa de la agricultura.

Hades no tuvo problemas serios con Zeus, quien no presentó mayores objeciones a desempeñar en forma simultánea el doble papel de hermano y suegro. Pero con Demeter, su futura suegra, la cosa fue muy distinta. Y la verdad es que resulta bastante comprensible: ¿qué madre quedaría encantada con la idea de que su hija se case con el Príncipe de las Tinieblas? De modo que, como era previsible, Demeter se opuso a la boda y al pobre Hades no le quedó otro camino que el de raptar a su amada. Aprovechó un momento en el que Perséfone estaba recogiendo unas flores, la secuestró y se la llevó a su reino.

Sin embargo Demeter, no se resignó a perder a Perséfone de esa manera y, bastante desesperada, salió a buscarla. Ahora, no olvidemos que Demeter tenía importantes funciones. Era la diosa de la agricultura. Cuando salió en busca de su hija perdida desatendió sus tareas habituales y la tierra quedó tan desolada como la pobre madre. Las plantas murieron. Las cosechas se perdieron. Los mortales empezaron a pasar hambre. Viendo todo este lío,

Zeus decidió enviar a Hermes, el mensajero de los dioses, para que hablara con Hades y viese la forma de negociar la devolución de Perséfone.

Hermes debe haber sido un diplomático muy hábil porque al final consiguió convencer a Hades de la necesidad de devolver a la muchacha. Pero Hades tampoco era manco, así que, antes de dejarla ir, le pidió a Perséfone que comiera un grano de granada y con ello se aseguró su retorno porque la granada era el fruto que servía de alimento a los muertos. Como consecuencia de todo esto, al final se llegó a un arreglo satisfactorio para todas las partes. Se acordó que Perséfone y su madre Demeter pasarían en el reino de Hades cuatro meses al año y el resto del tiempo en el mundo, atendiendo las necesidades de los mortales.

Como diosa de la agricultura, Demeter fue así la diosa de las siembras y de las cosechas. Su hija Perséfone quedó como la diosa de los muertos y, a la vez, como personificación de la renovación de la tierra en primavera. No sé lo que piensan ustedes al respecto pero para mí es todo un mensaje. La desolación del invierno, la muerte aparente de la vida que nos rodea; esa época del año en que el frío convierte a la tierra casi en un páramo que nos empuja a quedarnos al lado de un buen fuego; todo eso se aviene bastante bien con la idea de una madre que ha abandonado temporalmente el hogar impulsada por el dolor de haber perdido a su hija. Pero la muerte, el abandono, el frío, la tristeza, la desolación y la melancolía son tan sólo temporales. Llega un momento en que Demeter y Perséfone regresan del Hades y, de pronto, toda la tierra revive. Vuelve el calor del sol. Reaparece el verde en los árboles. Asoman, tímidos al principio, los primeros brotes. Poco a poco la muerte del invierno se convierte en la explosión de vida de una nueva primavera. De las lágrimas de los inviernos nacen las risas de otro verano y sobre la tumba de alguien que se ha ido de pronto descubrimos que ha crecido una flor.

No me digan que no es hermoso. Más allá de la forma en que creamos en Dios y al margen de la manera en que le hagamos llegar nuestras plegarias, personalmente creo que nunca estará de más tener siempre presente que la Creación está repleta de una belleza que no deberíamos dejar de admirar. Porque esa belleza está allí y quizás lo que nos pasa es que muchas veces ya no nos tomamos el trabajo de apreciarla. Para muchos de nosotros el verano es cuando arrancamos el aire acondicionado y el invierno es cuando encendemos la estufa. Pero, aunque no tomemos conciencia de ello; aunque

hasta nos venga la tentación de negarlo en un momento de tristeza y desconsuelo; aunque terminemos ignorándolo en el fárrago eternamente apurado de nuestras hormigonadas vidas urbanas; toda la Creación es una oda a la vida y no una elegía a la muerte. La primavera siempre vuelve, la vida siempre se renueva. A la larga, la vida siempre triunfa. La muerte nunca puede cantar victoria porque jamás consigue ganar la batalla final.

Probablemente eso es lo que los griegos sabían o, por lo menos, intuían. Podemos sonreír y tomar un poco en solfa a la mitología griega. Probablemente un Sócrates no se hubiera enojado demasiado por eso. Hay mucho de cuento infantil en ella. Pero también es una mitología cargada de poderosas simbologías. Demeter y Perséfone no desaparecen ni mueren. Simplemente van y vienen entre el país de los muertos y la tierra. Y seguramente no es casualidad que, al fin y al cabo, a nosotros los mortales nos haya tocado la mejor parte en la negociación que Hermes condujo con Hades. De última, las diosas están con nosotros durante los mejores dos tercios del año y el pobre Hades se tiene que conformar con tener una esposa — y una suegra — solamente durante cuatro meses de cada doce. Mírenlo como quieran; no es lo que yo llamaría un matrimonio ideal.

Y menos atractivo todavía se presenta si tenemos en cuenta el aspecto general y la geografía del país donde a Hades le tocó en suerte ser rey.

Los muertos, después de abandonar este mundo, eran llevados a este reino por Hermes, pero el mensajero de los dioses solamente llevaba las almas hasta la frontera, hasta las orillas de un horrible río llamado Styx (la palabra, en griego, significa "odioso") cuyas aguas estaban envenenadas. Allí, Hermes le entregaba el muerto a Caronte quien, con su barca y Cerbero, su perro, se encargaban de cruzar los muertos a la orilla opuesta; al Hades propiamente dicho. Caronte brindaba sus servicios por una módica recompensa en metálico siendo que, para pagar en viaje, los griegos tenían la costumbre de ponerle una moneda en la boca a los muertos. Y por favor no me pregunten ahora qué pasaba con los que llegaban allí sin su moneda de peaje porque la verdad es que no lo sé.

Lo que sucedía con el transportado una vez que llegaba al otro lado dependía en gran medida de lo que había hecho en vida. Hades, era el soberano indiscutido del lugar, y la mitología lo pinta como severo y despiadado pero, al mismo tiempo, como impenetrable y distante. En realidad, su carácter

está envuelto en sombras y se desdibuja en el misterio. No podía ser conmovido ni por plegarias ni por sacrificios. De hecho, ni siquiera intervenía directamente en los juicios o en los castigos. El trabajo de juzgar la vida del fallecido estaba a cargo de los tres jueces Eaco, Minos y Radamanto quienes, una vez dictada la sentencia, enviaban al sujeto al lugar que le correspondía.

Los muy malos iban derecho al Tártaro en donde la verdad es que la deben haber pasado bastante mal porque de eso estaban encargadas las Furias, también conocidas como Erinias o Euménides. Eran tres: Alecto, la furia de la ira eterna; Tisífone la que vengaba a los asesinados y Megaera, la eternamente celosa. Es una opinión muy personal, por supuesto, pero esta última, como atormentadora infernal, siempre me ha parecido bastante adecuada.

Los buenos tenían su lugar, ya sea en la Llanura Elísea (o Campos Elíseos, o simplemente el Elíseo), o bien en la Isla de los Bienaventurados, o Benditos. No está demasiado clara la diferencia entre estos dos lugares. Parece ser que el Elíseo estaba básicamente reservado en forma exclusiva a aquellos héroes a quienes los dioses concedían el privilegio de la inmortalidad. Según esto, la Isla de los Bienaventurados vendría a ser, por su parte, algo parecido a un purgatorio destinado al común promedio estadístico de los mortales; un lugar sin demasiados premios pero también sin demasiados acosos por parte de las Furias.

La cuestión es que, a excepción de los inmortales y los condenados por toda la eternidad, el resto de los habitantes del Hades podía pasar allí un tiempo considerablemente largo purgando sus culpas. Sin embargo, una vez purificados, podían ser sorteados para su próxima reencarnación. Quienes de esta manera resultaban adjudicatarios de la posibilidad de una nueva vida en la tierra tenían que beber de las aguas de otro río, el Lethe, y esta bebida les hacía olvidar todas sus experiencias pasadas. Por eso es que los mortales nacían sin recordar sus vidas anteriores.

Ahora, otro detalle curioso. En la mitología, el dios del dormir es Hypnos. Es a quien recurre Hera para hacer dormir a Zeus así ella puede tener un rato libre e irse a ayudar un poco a los aqueos en su pelea contra Troya. Hypnos es el hijo de Nyx (la noche) y de Tánatos (la muerte). Curiosa simbología ¿no es cierto? Pero, esperen, hay más. De manera bastante significativa la

leyenda dice que las aguas del Lethe pasaban justo por la recámara de Hypnos. Por otra parte y además, este dios tiene muchos hijos que actúan como portadores de sueños. El más conocido de todos, Morfeo, es el portador de aquellos sueños que tienen que ver con otros seres humanos; así como, por ejemplo, Icelo trae sueños que tienen que ver con animales y Fantasio es el que nos hace soñar con cosas inanimadas.

No sé si de esta simbología se puede saltar a la conclusión que nuestros sueños nos pueden hacer recordar vidas pasadas. Personalmente tengo mis grandes dudas; en todo sentido. Pero de lo que sí estoy bastante seguro es de que Freud y sus discípulos no fueron para nada tan originales después de todo.

El barco a Delos

Ése es, a grandes rasgos y a gruesos trazos, el más allá que enfrentaba Sócrates allá en su prisión del año 399 AC mientras esperaba al verdugo.

Tuvo que esperarlo un rato largo. Los atenienses, bastante apurados por condenarlo, resultaron ser tanto más lerdos en ejecutarlo. No fue suficiente mandarlo a la muerte bajo acusaciones por completo inconsistentes. Encima, prolongaron la agonía del condenado obligándolo a esperar su ejecución durante unas cuantas semanas.

El pretexto para eso fue un barco.

En la historia mitológica de Atenas, el héroe Teseo, en un momento dado zarpa de Atenas en un barco para conducir a Creta a un grupo de siete jóvenes de cada sexo. Según la leyenda, cuando Teseo partió, los atenienses le hicieron a Apolo la promesa de que, si los viajeros escapaban de la muerte, Atenas enviaría todos los años una nave a Delos como prenda de agradecimiento.

Por este motivo, en vista de que Teseo por supuesto tuvo éxito en su empresa, para cumplir la promesa en Atenas todos los años se adornaba un barco y se lo enviaba a Delos. La cuestión es que, cuando llegaba ese momento y hasta que el barco no retornara, la ciudad debía permanecer pura; lo cual significaba que no se podía ejecutar en ella ninguna sentencia

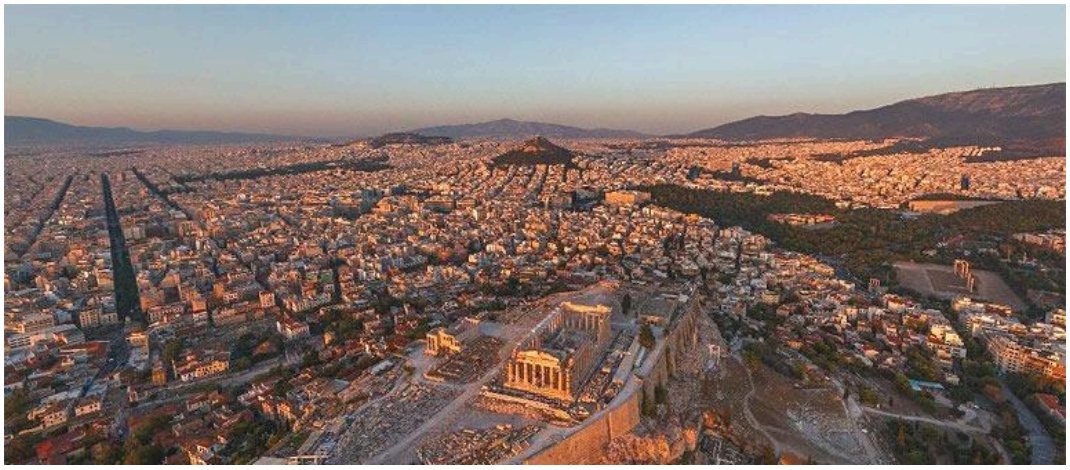
de muerte. Y sucedía con frecuencia que el barco tardaba mucho en ir hasta Delos y volver. Los vientos podían no ser favorables. Seguramente podía haber alguna tormenta y otros atrasos. La cuestión es que la nave podía hacerse esperar un buen tiempo y parece ser que, para colmo, el sacerdote de Apolo había terminado con la ceremonia que daría inicio al viaje justo a la víspera del juicio a Sócrates; de modo que al condenado no le quedó más remedio que aguardar en la prisión el retorno del barco.

Invirtió ese tiempo conversando con sus discípulos, entablando diálogos que luego recogería y publicaría Platón, y como ya dijimos, escribiendo lo único que escribió en su vida: un par de poesías basadas en aquellas fábulas de Esopo que consiguió recordar y un himno a Apolo mismo.

Quizás en esto último haya cierta ironía.

Pero ahora, mientras esperamos que regrese el barco a Delos, les propongo que no nos quedemos con Sócrates en la cárcel. En lugar de ello, los invito a dar una vuelta por Atenas y, de paso, podremos hablar largamente de la ciudad, su historia y su trayectoria política.

La ciudad, el país y sus habitantes



La Atenas actual

La Ciudad

La atenas moderna

Quien hoy se pasea por Atenas se encuentra — como dicho sea de paso en muchas ciudades de Europa — ante una especie de enigma espacio—temporal en donde muchas veces el presente y el pasado se confunden o, al menos, el presente parece estar descansando sobre las espaldas de un pasado milenario que se hace presente a cada rato y en todas partes.

Lo moderno en Atenas sigue aproximadamente ese lineamiento impersonal, esa especie de a–estilo o in–estilo que caracteriza a todas las grandes urbes contemporáneas. Un tráfico endemoniado, embotellado en calles demasiado estrechas para la esquizofrenia actual, trata de fluir por zonas que, a veces, alojan complejos industriales, y otras veces pasan por delante de esos monstruos de hormigón y vidrio que alojan oficinas y otros monstruos de hormigón que, a su vez, albergan esas jaulas para seres humanos que llamamos departamentos. De hecho, buena parte de la ciudad es relativamente nueva. Fue construida a partir de 1830, después de la guerra de independencia con la cual Grecia se segregó del Imperio Otomano y convirtió a Atenas en la capital del entonces Reino de Grecia.

Pero Atenas convive también con su pasado y este pasado se pierde casi en la noche de los tiempos. En esa misma ciudad del tráfico endemoniado y de los bloques de hormigón y vidrio está el Ágora donde Sócrates enseñaba a sus discípulos, el teatro donde nació la comedia y la tragedia de Occidente, y, por supuesto, el Partenón, el templo a Atenea, la diosa virgen protectora de la ciudad cuyo místico patronato parece no haber declinado en absoluto a lo largo de los milenios.

La Acrópolis

Escribir la historia de Atenas obliga a retroceder más de 4000 años y tratar de recuperar el momento en que un grupo de antiguos griegos se estableció sobre la cima plana de una colina que mucho después se conocería con el nombre de Acrópolis y que, en realidad, es simplemente el nombre de la "ciudad alta" para diferenciarla de la otra, la "baja", que, con el correr de los siglos, fue creciendo a los pies de esa colina.

En la época micénica sobre la Acrópolis hubiéramos encontrado, rodeados por una muralla, al palacio real, con sus dependencias y algún modesto templo. Con el correr de los siglos esto cambió y la Acrópolis se convirtió en un lugar público, con importantes funciones religiosas y políticas.

Actualmente se accede a la Acrópolis por el Oeste, por los Propileos, un edificio constituido por una nave central y dos alas. Las paredes del ala norte originalmente tenían frescos por lo que esta parte de la construcción es conocida como la Pinacoteca. Al Sur de los Propileos podemos encontrar esa pequeña joya arquitectónica que es el templo de Atenea Nike, con sus columnas jónicas y sus dos pórticos.

De entre los monumentos clásicos del lugar, el templo de la diosa Palas Atenea — el Partenón — es el más antiguo. Fue construido por los arquitectos Ictinos y Callícrates entre los años 447 y 432 AC por iniciativa de Pericles, en parte para reemplazar a los edificios perdidos en el 479 AC cuando los persas incendiaron a la Acrópolis.

El Partenón es un templo dórico, construido en mármol blanco, con ocho columnas en los extremos y diecisiete a los costados. Originariamente, todas las partes superiores del edificio estaban decoradas. Los dos frontones

tenían escenas relacionadas con la diosa Atenea. En el frontón Este, estaba representado el nacimiento de la diosa en presencia de los demás dioses mientras que el frontón Oeste mostraba la lucha de Atenea con Poseidón en la disputa por lograr el patronato de la ciudad.

En el lado Norte de la colina podemos encontrar el hermoso Templo de Erecteion, construido en el 420 AC. Es un edificio algo complejo pero, quizás su parte más bella es el porche Sur, otra de las joyas arquitectónicas del lugar, con su techo sostenido por las estatuas de seis doncellas: las Cariátides.

El Ágora, se extiende sobre la ladera noroeste de la Acrópolis. Aquí se encuentra el corazón de la antigua Atenas donde se reunía la asamblea política y tenían lugar los debates, las elecciones, las celebraciones religiosas, las actividades comerciales, los espectáculos teatrales y las competencias atléticas.

El país

Atenas se ubica en la región del Ática que forma una pequeña península triangular de muy modesto aspecto. En la antigüedad la superficie estaba cubierta de colinas estériles que separaban algunas llanuras de mediocres condiciones para la agricultura, regadas por ríos, uno solo de los cuales, el Cefiso, tenía agua todo el año.

Estas llanuras, sin embargo, presentaban algunas propiedades nada despreciables en la Grecia Antigua. Las llanuras de Maratón, Cefiso y Eleusis producían vino, aceite y trigo de excelente calidad. En el monte Pentélico había canteras de un mármol muy preciado. El Laurio poseía ricas vetas de plata y en las laderas del Himeto las abejas se encargaban de fabricar una miel deliciosa.

Las costas del Ática poseían las cómodas radas del Pireo y el Falero, lo que hacía la situación de Atenas respecto de islas del Egeo y costas del Asia Menor, muy favorable para el desarrollo del comercio y la expansión.

Las dimensiones

Una de las cuestiones que más llama la atención en la Grecia Antigua — y una de las que a veces más cuesta comprender del todo — es la relativa a los tamaños y a las proporciones. Grecia era pequeña. En realidad toda Europa da una impresión de pequeñez vista con los ojos del habitante del Continente Americano, acostumbrado a la enormidad de los espacios del Nuevo Continente y, sobre todo, acostumbrado a la gigantomanía cultural norteamericana para la cual, si algo ha de ser importante, por fuerza debe ser grande, nuevo, caro y aparatoso.

Pero Grecia era pequeña realmente. Las dos unidades políticas más grandes del mundo griego — al menos hasta el advenimiento de la hegemonía macedónica y el fugaz Imperio de Alejandro Magno — fueron, sin duda Atenas y Esparta. La Laconia espartana, aún añadiéndole el área de Mesenia, no ocupó mucho más de 8.500 Km.² con toda seguridad. El Ática ateniense representa algo así como 2.500 Km.². En total, ambas unidades políticas ocuparon, pues, una superficie de alrededor de 11.000 Km.² En la República Argentina, Atenas y Esparta juntas hubieran cabido cómodamente — y no una sino dos veces — en la superficie de la Provincia de Tucumán [3].

En ese espacio vivían en la época anterior a la Guerra del Peloponeso unas 550.000 personas. Aproximadamente 300.000 o algo más en el área de influencia ateniense y unas 250.000 en la espartana. Si consideramos a los ciudadanos — y no a la población total — las cifras se hacen todavía mucho más exiguas. Atenas, en la época de su mayor desarrollo y esplendor, no llegó a tener mucho más de 40.000 ciudadanos. Esta cifra, comparándola con las demás ciudades, representaba para la época un enorme conglomerado urbano. Esparta, en su mejor momento, habrá llegado a tener 9.000 y después, durante mucho tiempo, osciló alrededor de la cifra de 2.000, al igual que Egina. Corinto habrá podido tener unos 10.000 ciudadanos, poco más o menos.

El resto estaba formado por esclavos y ciudadanos de segunda categoría, sin derecho a intervenir en la vida de la polis.

[3] La Provincia de Tucumán en la República Argentina tiene una superficie de 22.524 Km.²

Los habitantes

Las oleadas inmigratorias

Sobre los primitivos habitantes de la Grecia Continental sabemos relativamente poco. A comienzos del segundo milenio AC comienzan a llegar los aqueos — es decir: los jonios y los eolios — desde el Norte. Se establecen en la zona y crean lo que se conoce como la civilización micénica; por Micenas, la ciudad más importante de la época.

Cerca de ochocientos años más tarde, hacia el 1.200 AC aproximadamente, llegan, también procedentes del Norte, los dorios. Temibles guerreros, portadores de las primeras armas de hierro, conquistan a la civilización micénica obligando a muchos jonios a abandonar el continente y a emigrar hacia las costas del Asia Menor que bordean el Mar Egeo. Sin embargo, no todos los jonios emigraron hacia el Este. Una parte de ellos quedó en el Ática continental. Allí se desplegó la ciudad de Atenas mientras los dorios, más al sur, fundaban la ciudad de Esparta, prácticamente en el centro del Peloponeso.

El desarrollo de Atenas

Es posible que, en un principio, a los dorios no les interesó demasiado el Ática desde el momento en que la región posee un suelo bastante poco generoso y, por lo tanto, relativamente mezquino para la agricultura. Este hecho, por su parte, impulsó a los atenienses hacia la única dirección en que podían expandirse económicamente: hacia el mar. Es decir: hacia el comercio. Con ello los atenienses le dieron a su desarrollo una nueva orientación, distinta de la tradicional.

En efecto, los griegos, en principio, no fueron comerciantes. En los poemas de Homero los comerciantes no son griegos sino fenicios. Pero los atenienses y, sobre todo, sus hermanos jonios establecidos en las costas egeas del Asia Menor, desarrollaron una gran sentido comercial y terminaron convirtiéndose, hacia los siglos VII y VI AC en la potencia económica del mundo griego. Sobre la base de este bienestar económico en

ciudades como Mileto, Samos o Efeso, surgieron los primeros grandes filósofos.

Aparte de ello, después de las guerras contra los persas y en el último tercio del siglo V, Atenas emerge como potencia colonialista y hasta podríamos decir que imperialista si es que tiene sentido usar el término en este contexto.

La razón de esto está en el mar.

La tierra y el mar

En Grecia, al igual que en buena parte del Mediterráneo, usted no se encuentra con el mar. Lo que hará es llevárselo por delante. Tropezará con él a cada rato. El mar no es un elemento que se va a buscar; es un fenómeno que aparece por todas partes, lo busque usted o no; le guste a usted o no; lo disfrute usted o no. En las grandes estepas rusas, por ejemplo, allí en donde el horizonte se encuentra con el cielo, el hombre sabe que lo que sigue es otra tierra. En Grecia, el hombre sabe que más allá del horizonte lo que hay es la costa de enfrente. En los tiempos de Sócrates, sobre las estepas la opción al caballo era una carreta con una yunta de bueyes. En Grecia la opción a cabalgar o caminar era navegar.

Así y todo, los pueblos que en su momento invadieron y conquistaron el territorio de Grecia tuvieron actitudes bastante diferentes frente al mar. Todos navegaron, por supuesto. Hubiera sido casi imposible no hacerlo en Grecia. Pero no todos navegaron con la misma convicción, ni con el mismo entusiasmo, ni con la misma habilidad, ni mucho menos con la misma intensidad.

Los dorios espartanos, por ejemplo, nunca llegaron a ser realmente buenos navegantes. Medidos en términos griegos quedaron siendo más bien ratas de tierra que navegaron a regañadientes, más por necesidad estratégica, militar y comercial que por convicción o entusiasmo. Esparta queda en medio del Peloponeso. Es una ciudad terrestre. No tiene puerto. Sus habitantes fueron hombres de la tierra. Hombres arraigados, apegados al terruño. Para esta clase de personas la palabra "patria" siempre significó y siempre significará

la tierra de los antepasados y el mar nunca será mucho más que una vía de comunicación y un muy incómodo campo de batalla.

Los jonios atenienses en cambio fueron aparentemente mucho más ambivalentes al respecto. Atenas, por ejemplo, probablemente no nació como una ciudad portuaria. Pero siempre fue una ciudad con un puerto: el Pireo. Con el correr de los siglos el puerto y la ciudad quedaron intercomunicados y la comunicación incluso quedó defendida por muros de protección. En Atenas, la tensión entre el mar y la tierra firme se puede observar hasta en el diseño mismo de la ciudad.

Hay un hecho, quizás algo simbólico pero harto significativo y que con mucha frecuencia se ha pasado por alto a pesar de que caracteriza a toda esta situación de un modo casi perfecto. Cuando en el 403 AC, después de la derrota de Atenas por los espartanos, una autocracia terrateniente desplaza a los demócratas y accede por poco tiempo al poder un gobierno que será conocido como el de Los Treinta Tiranos, una de las primeras medidas que se toman es hacer que las tribunas de la Asamblea, que miraban hacia el mar, fuesen dadas vuelta para que miraran otra vez hacia la tierra firme.

Una forma algo drástica pero muy elocuente de hacerles recordar a los ciudadanos donde quedaba su verdadera patria, tan frecuentemente sacrificada en el altar de los buenos negocios, las ambiciosas aventuras y las relaciones internacionales.

Hinterland vs. *Foreland*

Esa tensión tuvo también su equivalente social y, a partir de esa equivalencia, también su correlato político. Las más antiguas y nobles familias atenienses — esas que en forma bastante nebulosa constituyeron lo que los autores en general denominan la "oligarquía", el "partido conservador" o la "aristocracia" de Atenas — eran básicamente terratenientes. Con una mentalidad y un *ethos* no demasiado diferente del de los espartanos. Fueron los que le dieron a Atenas su ejército, con sus hoplitas y su caballería. Y fueron los que le dieron a Atenas también la enorme mayoría de sus hombres famosos, la mayoría de los más democráticos incluidos. Más aún: una cantidad bastante notoria de estos

hombres procedía de — o estaba relacionada con — una misma familia como por ejemplo la de los Alcmeónidas.

Pero este amplio núcleo social de patricios, eupátridas, hidalgos, aristócratas, o como queramos llamarlos, no fue un núcleo políticamente homogéneo. Como buenos griegos que eran, se pasaron la vida peleándose entre sí. Si vamos al caso, buena parte de la Historia de Grecia, desapasionadamente considerada, es la historia de una larga, sangrienta, bastante estúpida y realmente aburrida guerra civil. Uno se harta de leer sobre batallas, alianzas, conflictos, traiciones, escaramuzas, tratados de paz entre griegos que se firman por cincuenta años y que duran apenas seis (y con refriegas intermedias) o acuerdos que están prácticamente traicionados aun antes de ser negociados. Y esto que es válido para el contexto general, sin duda alguna es válido también para el contexto interno de las estructuras sociales.

El equiparar liviana y directamente estratos sociales con partidos políticos es, en relación con la Grecia Antigua, una construcción intelectual *a posteriori* de más que dudosa validez. Del mismo modo, en nuestras sociedades actuales también sería muy poco serio equiparar directamente, por ejemplo, a la burguesía con un partido conservador y al proletariado con un partido socialista. El grueso de la dirigencia socialista proviene de familias burguesas y la lista de los proletarios que se aburguesaron una vez que llegaron al poder — o a la posesión de una mediana fortuna — sería increíblemente larga.

Con todo, no es imposible establecer alguna tendencia, muy genérica y amplia, a condición de tener muy en claro que estamos hablando aquí de generalizaciones que, dado el caso concreto y puntual, muy fácilmente se convierten en abusivas. Porque al amplio contexto de los eupátridas terrestres no sería del todo incorrecto oponerle el otro contexto igualmente amplio — o quizás más amplio todavía — de comerciantes marítimos constituido por un amplio espectro de navegantes, armadores, mercaderes, marineros y artesanos preindustriales volcados principal aunque no exclusivamente a operaciones de importación y exportación.

Éstos fueron los que le dieron a Atenas su flota, su dominio de los mares; su poderío marítimo. De este sector provenía gran parte del dinero de Atenas (una buena proporción de la otra parte provenía de las minas de plata que la

ciudad tenía en el Laurio). Éstas eran las personas relacionadas con el resto del mundo. Eran los que más viajaban, los que más conexiones y conocidos tenían por todas partes. Eran, en todo caso, los realmente ricos; los poseedores de esa riqueza líquida, fácilmente intercambiable y realizable que es el dinero, en contraposición con aquella otra riqueza pesada, sólida, difícilmente realizable, que son las tierras, el ganado, las cosechas y, en general, los bienes de una nobleza terrateniente.

La historia política de Atenas se comprende bastante bien si se tiene presente esta tensión de poderes e intereses. Sobre todo si uno no cae en la trampa de establecer artificialmente bandos tajantemente separados para adscribir cada bando a una clase social. Por más esfuerzos que hayan hecho los marxistas al respecto, la teoría de la lucha de clases no ha servido demasiado para explicar la Historia. Menos todavía la Historia de Grecia.

El desarrollo social y político de Atenas, por lo menos, es casi imposible de explicar a partir de dicotomías dogmáticas. Tenemos eupátridas bastante democráticos como Solón y filósofos muy poco democráticos pero bastante plebeyos como, por ejemplo, el mismo Sócrates. Tenemos pacifistas eupátridas como Nicias y sanguinarios belicistas plebeyos de un curtidor de oficio como Cleón. Por todos lados las personas concretas cruzan sin ningún remordimiento de conciencia esas fronteras imaginarias que inventan los intelectuales. El agresivo imperialismo colonialista ateniense es, en gran parte, obra de los mercaderes marítimos. La delicada y amable estética arquitectónica de Atenas es, en gran medida, iniciativa de la nobleza terrateniente.

Lo único concreto que tenemos en Grecia es la tensión entre la tierra y el mar. La oposición, más conceptual y cultural que económica, entre aristocracia y plutocracia; entre los arraigados a la tierra y los arraigados al dinero. Es un antagonismo, básicamente cultural, entre "nacionales" e "internacionales" entendiendo ambos términos en sentido muy figurado. Es la ciudad con su *hinterland* terrestre disputándole el poder al puerto con su *foreland* marítimo [4] . Si quisiéramos reducirlo a una fórmula artificial fácil de recordar, quizá podríamos llegar a decir que es Atenas en conflicto dialéctico con el Pireo.

[4])— Para usar la terminología acuñada por el inglés George G. Chisholm (Cf. Handbook of Commercial Geography, 1888)

Y esto explica bastante bien la larga hegemonía ateniense por sobre Esparta, a pesar de la superioridad militar y táctica de los lacedemonios. Hay que tener presente que, en general, cuando todavía no se habían inventado las fuerzas aéreas, los misiles intercontinentales y la vigilancia satelital, las potencias marítimas siempre prevalecieron por sobre las terrestres. Ésa fue, por ejemplo, la maldición que constantemente pesó sobre Alemania en su rivalidad con Inglaterra. Desde este punto de vista los espartanos vendrían a ser algo así como los alemanes de la Grecia Antigua mientras que los atenienses estarían más bien haciendo el papel de los ingleses. Aunque por favor, no tomen estas semejanzas demasiado en serio.

Pero esto, al mismo tiempo explica de un modo razonablemente satisfactorio también el gran predominio que con el tiempo fue adquiriendo en la política ateniense el estrato plutocrático de los mercaderes del Pireo y toda su esfera de influencia dentro de las familias eupátridas. Atenas fue potencia gracias a su flota. La batalla decisiva contra los persas en Salamina fue una batalla naval aún cuando la batalla terrestre de Platea la consolidara después.

Más tarde, la superioridad de Atenas en la Guerra del Peloponeso contra Esparta estuvo dada por las múltiples flotas que Atenas pudo poner en el mar. Repasen un poco la historia de esta guerra y verán un mismo ciclo repetido hasta casi el cansancio: cada vez que a Atenas le destruyen una flota su estrella declina y, al cabo de bastante poco tiempo, Atenas se las arregla para armar otra flota y vuelve a la carga. En Atenas, la reina de las batallas no fue la infantería sino la marina. Esto se reflejó muy marcadamente en la política interna ateniense en donde — a pesar de las rivalidades y las guerras — los círculos del *hinterland* estuvieron, por regla, cultural y espiritualmente siempre bastante más cerca de los espartanos que los círculos del *foreland*.

La clerucía y el imperialismo

Por último, esta configuración de factores explica también un rasgo adicional del poderío ateniense: su marcada tendencia al colonialismo y al imperialismo económico.

En parte esto se manifestó a través de la práctica de la "clerucía" y en parte a través de la costumbre de exprimir — y ocasionalmente hasta de robar — a los aliados.

Cuando las fuerzas armadas atenienses conquistaban un territorio, con frecuencia expropiaban un área para colonizarla con ciudadanos atenienses. Estos colonos — los "clerucos" — retenían plenamente su condición de ciudadanos atenienses, incluyendo el derecho al voto, la obligación del pago de impuestos y el servicio militar. Con ello quedaban política y socialmente segregados de los pueblos conquistados ya que, además de lo mencionado, gobernaban sus ciudades según el modelo ateniense y, al menos en teoría y en principio, representaban los intereses de Atenas en la región. De todas formas, los territorios ocupados por los clerucos solían ser, por supuesto, los más fértiles para la agricultura y estos asentamientos servían también, obviamente, como bases militares que facilitaban en alto grado el control de los pueblos sojuzgados.

La clerucía de Salamina, conquistada a Megara hacia el Siglo VI AC, fue probablemente una de las primeras en establecerse. Cuando, después de las guerras contra los persas, durante los Siglos V y IV, se constituyen las alianzas, principalmente marítimas, que unen política y económicamente a distintas ciudades bajo la égida de Atenas, la clerucía se convierte en una práctica habitual del colonialismo ateniense.

En general, estas colonias de clerucos se fueron construyendo a lo largo de las principales vías de comunicación marítima y sirvieron de bases para la armada ateniense. Tal es el caso, por ejemplo, de la estratégica clerucía de Sestos sobre el Helesponto (actualmente Estrecho de los Dardanelos) que guardaba la ruta hacia el Mar Negro, y de otras como Samos o Naxos entre las muchas que podrían mencionarse.

Además de su función militar y económica, las clerucías cumplieron también una importante función demográfica: permitieron descomprimir el conglomerado urbano ateniense y exportar hacia las colonias el exceso de población. En forma recíproca, sin embargo, esta política produjo en el largo plazo un reflujo de influencias que trajo consigo una marcada cosmopolitización en la vida y en la cultura de Atenas. Es curioso y notable pero cierto: Esparta, que siempre fue una ciudad abierta, vivió básicamente concentrada en sí misma mientras Atenas, que durante mucho tiempo

estuvo amurallada y protegida por fortificaciones, dispersó su exceso de población por todo el Mar Egeo y se convirtió en una urbe casi internacional.

La diferencia está en el puerto. El Pireo, indudablemente, marcó el destino de Atenas.

El colonialismo, sin embargo, no lo explica todo. Paralelamente a las clerucías, Atenas desarrolló un comportamiento que muchos hoy no dudarían en catalogar de imperialista.

La Liga de Delos

En el 478 AC, apenas un año después de vencidos los persas en la batalla de Platea y por iniciativa de Atenas, se establece una confederación de ciudades griegas que en los libros de Historia figura con el nombre de Liga de Delos aun cuando los participantes no le pusieron ese nombre. Si uno estudia un poco a fondo las circunstancias de esta alianza, muy pronto queda meridianamente claro que lo de "confederación" o "liga" es sólo una forma de decir. Es una linda denominación para una situación de hecho en la cual la mayoría de los participantes no tuvieron mucho para elegir.

Por de pronto, Atenas estaba en la cumbre de su gloria después de haber vencido a los persas. Pero la victoria se había dado en la Grecia continental y eso no quería decir, para nada, que en el Siglo V las ciudades griegas del Asia Menor estuviesen libres de la amenaza persa. Tengamos presente que el poderío persa se quebrará definitivamente recién luego de las campañas de Alejandro Magno, algo que sucederá en el Siglo IV AC, es decir: poco más o menos cien años más tarde. De modo que estas ciudades necesitaban del respaldo de la Grecia continental y Atenas, con su flota y su orientación marítima, estaba en las mejores condiciones de darla. O por lo menos, de prometerla. Por otra parte, Atenas tenía sumo interés en expandir su radio de influencia — sobre todo aprovechando el hecho de que los espartanos no demostraban mayor interés en avanzar demasiado más allá de su posición continental — y esto tampoco venía sin un interés bastante específico en materia de recolección de impuestos y tributos, amén de la concreta posibilidad de ganancias por la vía del comercio y el intercambio.

La Liga de Delos se organizó así alrededor de Atenas como epicentro político, económico y militar. Fue Atenas la que se reservó el derecho de designar a los jefes militares de la Liga. Fue Atenas la que estableció el monto de las contribuciones a aportar o, en su defecto, la cantidad de naves a poner a disposición de la alianza. Fue Atenas la que, nada casualmente, manejó el dinero para lo cual nombró a 10 tesoreros atenienses aún cuando, al principio, el tesoro en sí estuviese físicamente depositado en el Templo de Apolo en Delos. A pesar de que, en teoría, todos los miembros participantes tuviesen un voto cada uno en la asamblea anual que debía reunirse precisamente en Delos, no es muy difícil establecer, en términos políticos prácticos, quién tomaba las decisiones importantes en última instancia. Si tengo el músculo militar, manejo el dinero, dispongo de una posición geopolítica favorable y encima gozo de cierto prestigio, bien puedo darme el lujo de concederle a los demás eso de "un hombre — un voto". En las Naciones Unidas las cosas no se manejan de un modo muy diferente hasta hoy en día. Y díganme si en un conflicto entre Haití y los EE.UU. resultaría demasiado difícil adivinar cual de los dos prevalecerá.

Pues los trámites tampoco fueron muy diferentes en la Liga de Delos. Hubo, es cierto, acciones contra Persia pero la relativamente larga lista de escaramuzas y batallas no debería confundirnos. En primer lugar, muchas de estas acciones favorecieron más a Atenas que a las ciudades que teóricamente debieron haber defendido. En segundo lugar, tampoco fueron tantas si consideramos que la Liga estuvo vigente aproximadamente durante 74 años, desde su constitución en el 478 AC hasta la victoria de Esparta sobre Atenas en el 404 AC. Además, el tesoro de la Liga fue transferido de Delos a Atenas en el 454 AC, luego de que la flota de los aliados fuese destruida en una fracasada campaña a Egipto.

Y no sólo eso: buena parte del dinero de la Liga fue usada por los atenienses para el embellecimiento y la construcción de su propia ciudad. Pericles, por ejemplo, usó generosamente el dinero ajeno para financiar su más que ambicioso programa de obras públicas. A lo cual todavía tendríamos que agregar que, con el correr del tiempo, la participación en la alianza se hizo cualquier cosa menos voluntaria.

Desde algo así como el 448 AC en adelante, la Liga de Delos no es más que una estructura formal para institucionalizar la hegemonía ateniense. Pero la tendencia ya venía desde mucho antes. Por ejemplo, alrededor del 472 AC

Caristo fue obligada a integrarse a la alianza y Naxos, que no estaba nada entusiasmada al respecto, terminó integrada a la fuerza. Hacia mediados del Siglo V AC los atenienses aplastaron sin mucho remordimiento los independentismos demasiado activos de Tasios, Mileto, Eritrea y Colofón. Y hacia fines del mencionado siglo pulverizaron las revueltas de Mitilene y Calcídice, amén de varias otras que siguieron a la derrota ateniense en Sicilia. No creamos que en aquella época la situación era muy distinta a la de hoy. La libertad es algo muy lindo y muy bueno cuando los que gozamos de ella somos nosotros. Eso de concedérsela también a los demás ya es harina de otro costal. En esta materia los atenienses no pensaban de un modo muy diferente al de los diplomáticos de las grandes potencias actuales.

Atenas, por supuesto, también hizo uso y abuso de su posición hegemónica dentro de la Liga durante la Guerra del Peloponeso, esa demencial guerra fratricida que enfrentó a Atenas y a Esparta, que significó la ruina de la Grecia Clásica y que, con distintas alternativas, se prolongó durante 27 largos años (431—404 AC). No obstante, durante los 33 años de relativa supremacía espartana (404 — 371) Atenas volvió por sus fueros y todavía intentó revivir una segunda Liga formando una alianza con Rodas, Bizancio, Mitilene, Metimna y Cos como núcleo básico (377 AC). Esta nueva Liga llegó a abarcar unas 50 ciudades en total pero fue de corta vida. Cuando en el 371 los espartanos resultan derrotados por los beocios, la alianza se fue desbandando y por último terminó siendo desmantelada definitivamente por Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno.

Por más que el empleo del término puede resultar discutible, la existencia del "imperialismo" ateniense está tan bien documentada que no hay forma de barrerla bajo la alfombra de la Historia. Atenas no fue la idílica ciudad democráticamente amante de la paz, dedicada a la filosofía, a las ciencias, a las bellas artes y a las bellas obras que nos pintan los autores convencionales. Fue la capital de una potencia marítima y mercantil, con ínfulas colonialistas y expansionistas. Y la verdad es que no fue demasiado amada en su zona de influencia. Ni siquiera por sus hermanos jonios que, en la mayoría enorme de los casos, la acompañaron más por necesidad, por obligación y hasta por coerción que por entusiasmo patriótico o ideológico.

Y esto es lamentable porque, en realidad, la idea original de la Liga de Delos no fue una mala idea. Para quienes han leído mi pequeño ejercicio anterior sobre *Los Espartanos*: ¿quieren que les cuente algo interesante? La idea

original fue de Arístides. El que la armó y la puso en marcha en el 478 AC fue él. Previó que, luego de Platea, ni Grecia Continental — ni mucho menos Atenas por sí misma — tenían seguridad alguna contra los persas que mantenían su imperio intacto aun a pesar de la circunstancial derrota. Hacía realmente falta una alianza entre los griegos para enfrentar a los persas y Arístides se puso a construirla con la misma minuciosidad y casi con el mismo criterio estratégico con el que, muchísimo tiempo más tarde, Bismarck trataría de armar un cerco protector alrededor de Alemania.

Sin la habilidad de Arístides "*El Justo*" y, sobre todo, sin su prestigio universalmente reconocido, Atenas nunca hubiera podido concretar esa alianza a su alrededor. Arístides fue el primer tesorero de la Liga y no sólo manejó a satisfacción de todos la gruesa suma de dinero formada por los aportes de los confederados sino que, incluso, fue él quien estableció al principio los aportes de cada uno de ellos de un modo justo y equitativo, para lo cual tomó como base los impuestos que esas mismas ciudades le habían tenido que pagar a los persas después del 493 AC. De este modo construyó un argumento prácticamente irrebatible: "¿Quieren defenderse de los persas? Muy bien. Para esa defensa, aporten anualmente a una caja común lo mismo que le han venido pagando en concepto de impuestos al rey de Persia durante los últimos 15 años." ¡Brillante!

Quizás ahora se entienda un poco mejor la simpatía personal que le tengo a la figura de Arístides y que no hice ningún esfuerzo por disimular en *Los Espartanos* (ni pienso hacer ahora aquí). Es que de verdad fue un gran hombre. Uno de los muy pocos auténticamente grandes que podemos contabilizar en nuestra Historia.

Admito que, quizás, lo estoy magnificando o glorificando un poco. Pero ¿qué quieren que le haga? El tipo me cae bien. Es capaz, es inteligente, es leal y — por favor, no lo olviden — después de manejar todo ese montón de plata, el hombre murió en tal pobreza que sus funerales tuvieron que ser pagados por el Estado.

¿Me podría alguno de ustedes mencionar a alguien así entre los políticos de hoy?

Y no pretendo varios nombres. Me conformaría con apenas uno.

Uno solo.

Los esclavos

Si echamos ahora una mirada a la estructura social de Atenas, hay algo que quisiera mencionar de entrada, antes de ir a otras cosas.

La enorme mayoría de los que nos han estado hablando de Grecia — y especialmente de la democracia ateniense — esquivan olímpicamente la cuestión. Cuando la mencionan, si es que la mencionan, lo hacen con alguna vaga indicación perdida en el contexto de alguna frase subordinada que menciona la esclavitud, principalmente para que nadie pueda decir después que los esclavos de Grecia ni se mencionaron en la obra. La idea tácita o implícitamente aceptada parecería ser la de que, en comparación con el Partenón, la Venus de Milo, la filosofía de Platón y los discursos de Pericles, el asunto de los esclavos en Atenas es un asunto menor por lo que, pasemos rápido a otra cosa; no vale la pena detenerse en ello.

Lo lamento: vale la pena detenerse en los esclavos. Y ¿saben por qué? Para empezar, porque eran muchos. Y, además de eso, todas las hermosas cosas antecitadas difícilmente hubieran sido posibles sin ellos. De modo que, aunque más no sea por decencia intelectual y algo de gratitud histórica (la gratitud histórica es generalmente la única gratitud que consiguen los esclavos), no estaría mal que les prestemos un poco de atención.

Si repasamos toda la Historia de la humanidad, el fenómeno de la esclavitud aparece con sorprendente frecuencia. Al punto en que, si lo tomamos con un mínimo de elasticidad conceptual, incluso podríamos comprobar que no ha desaparecido hasta el día de hoy. Pero no hilemos tan fino. Mantengámonos en el ámbito de las épocas pasadas.

La existencia de esclavos en varias sociedades históricas es bien conocida. Sin embargo, ya no tan sabido es que se puede hacer una diferenciación — quizás algo sutil pero creo que bastante importante desde el punto de vista humano — entre las sociedades que han tenido esclavos. En efecto: podemos distinguir bastante bien entre "*sociedades esclavistas*" por un lado y "*sociedades con esclavos*" por el otro. Y la diferencia fundamental está en si toda la actividad productiva de una sociedad — o al menos su mayor parte —

está basada en el trabajo de esclavos humanos o si este trabajo cautivo es importante pero, en última instancia, tan sólo un factor más entre varios otros de igual o mayor relevancia.

Las ópticas para juzgar esto, por supuesto, pueden variar. Pero, en términos genéricos se obtienen resultados bastante confiables aplicando un triple criterio diferenciador. Por un lado, el criterio cuantitativo: cuando la población esclava constituye más de, digamos, el 20% de la población podemos empezar a sospechar que probablemente se trata de una sociedad esclavista. Por el otro lado, tenemos el criterio cualitativo: en las sociedades típicamente esclavistas los esclavos no están a cargo de tareas menores — como, por ejemplo, en el Buenos Aires de la época de la colonia — sino, todo lo contrario, desempeñan un papel importante y a veces hasta esencial en los principales procesos de producción. Y finalmente, el criterio extensivo: muy probablemente estamos ante una sociedad esclavista cuando el concepto de "esclavo" se puede aplicar, no tan sólo al hecho explícito en sí sino que, además, ese concepto se ajusta bastante bien también a toda una gama adicional de formas de dependencia laboral o social.

Aplicando estos tres criterios en forma simultánea, encontraremos que hay solamente cinco sociedades en toda la Historia Universal sobre las cuales existe amplio consenso en cuanto a que fueron "sociedades esclavistas": Grecia, Roma, Brasil, el Caribe y los Estados Unidos de Norteamérica.

Curiosamente, el Egipto teocrático, por ejemplo, fue así una "sociedad con esclavos" y no una "sociedad esclavista" como sí lo fue, por ejemplo, la Atenas democrática. Según toda la evidencia recolectada por los arqueólogos y los antropólogos, difícilmente los esclavos en el Egipto antiguo hayan representado mucho más del 10% de la población total.

Hacia el Siglo V AC Atenas contaba con unos 100.000 esclavos y esto representaba entre el 33% y el 50% de la población [5]. La mayoría de los atenienses poseía al menos un esclavo. Platón, por ejemplo, supo tener 50

[5]) Los porcentajes varían mucho y son imprecisos porque, obviamente, es difícil calcular el volumen poblacional total con absoluta exactitud sobre la base de los datos concretos disponibles. Con todo, el mínimo del 33% indicado debe ser considerado como la proporción más optimista imaginable si tenemos en cuenta que había solamente algo así como 40.000 ciudadanos y que, por lo tanto, al menos 260.000 personas sobre unas 300.000 estaban excluidas de un modo u otro. Esto, por supuesto, incluye mujeres, niños, artesanos, comerciantes, extranjeros y esclavos propiamente dichos.

esclavos a su servicio y se conoce el caso de un ciudadano de Atenas que poseía mil esclavos a los cuales alquilaba.

Esta proporción es bastante representativa de toda la Grecia antigua, excepto en Lacedemonia en donde es muchísimo mayor porque los "helotas", que realizaban todas las tareas agrícolas, fueron unas 10 veces más numerosos que los propios espartanos.

No obstante, también es cierto y también debe ser dicho que Grecia trató a sus esclavos ciertamente mucho mejor que Roma. Por ejemplo, durante buena parte de la Historia de Atenas los esclavos de esta ciudad:

- Podían iniciar un juicio civil
- Podían percibir un ingreso
- Trabajaban en varios oficios. Podían, por ejemplo, regentear el negocio de un mercader o de un artesano en beneficio de su propietario.
- No era práctica común el castigarlos físicamente
- No se los podía matar, excepto por expreso permiso del Estado.
- No obstante, podían ser torturados para obtener su testimonio legal.
- Podían liberarse, aunque no accedían al status de una "persona libre" sino al status de un "liberto" con menos derechos que una persona "libre". Los libertos no podían ocupar cargos públicos y debían pagar un impuesto especial. Con todo, los libertos poseían los mismos derechos que un extranjero residente (es decir: un "*meteco*"). De hecho, los esclavos eran extranjeros por norma general, convertidos en tales por haber sido prisioneros de guerra o por haber sido adquiridos a extranjeros.
- Los hijos de un liberto seguían siendo libertos
- Un ciudadano ateniense no podía ser esclavizado.

Los griegos en general creían en la condición natural del esclavo aunque es muy significativo que no dejaran de considerar la existencia de una comunidad de intereses vitales entre el esclavo y su amo. Aristóteles, por ejemplo, sostenía que:

"*La naturaleza, teniendo en cuenta la necesidad de la conservación, ha creado a unos seres para mandar y a otros para obedecer. Ha querido que el ser dotado de razón y de previsión mande como dueño, así como también que el ser capaz por sus facultades corporales de ejecutar las órdenes,*

obedezca como esclavo, y de esta suerte el interés del señor y el del esclavo se confunden." [6]

El esclavo en Grecia no constituyó, pues, una excepción. Fue parte integral y constitutiva de la sociedad y el derecho de una persona a poseer otra persona fue cuestionado en muy escasas oportunidades; y esto no sólo en Grecia sino en todo el mundo civilizado de la época. Una persona distinguida simplemente consideraba impropio el realizar tareas para las cuales existían personas de menor nivel, específicamente: extranjeros y esclavos.

La participación del "pueblo" en las decisiones políticas debe entenderse, así, de un modo muy restringido. Por de pronto, la mayor parte de la población (esclavos, extranjeros y mujeres) estaba completamente excluida. De esta forma no es de extrañar que el número de los ciudadanos con plenos derechos resultase lo suficientemente reducido como para poder reunirse en un lugar físico determinado para discutir los asuntos públicos. Además, la estructura esclavista de la sociedad, también explica cómo estos ciudadanos tenían tiempo en absoluto para dedicarse a esos menesteres. Ciertamente, los ciudadanos atenienses no trabajaban entre 9 y 12 horas por día para dedicarse a la política en sus horas libres.

Además, la democracia ateniense no era representativa sino directa. Los ciudadanos tenían que asistir a un promedio de unas 40 asambleas por año; algo que no hubiera sido posible si el sistema político no hubiera tenido el carácter específicamente urbano que tuvo. Imagínenese que en nuestro país tuviésemos 40 elecciones por año. No trabajaría nadie. Pues, en Atenas pasaba algo parecido: una capa, minoritaria, de la población se dedicaba a hacer política y a discutir de filosofía. La otra, mayoritaria, trabajaba para hacerlo posible.

El suelo pobre del Ática obligó a Atenas a depender fuertemente de la importación de granos. Consecuentemente, los atenienses se hicieron más comerciantes que agricultores. La ciudad y su población crecieron a medida en que la riqueza de estos comerciantes crecía, con un constante flujo de extranjeros a la ciudad que buscaban en ella un mejor lugar bajo el sol. El hecho de que la casi totalidad de los ciudadanos eran urbanos permitió que

[6]) Aristóteles — Política — Cap. I

los mismos concurriesen a las asambleas sin tener que realizar largos viajes. La centralización urbana y poblacional contribuyó, simultáneamente, a un elevado sentido comunitario y a un considerable sentimiento de pertenencia y espíritu de grupo.

La esclavitud contribuyó sustancialmente a todo ello, a tal punto que la democracia ateniense — y, de hecho, toda la democracia griega — descansó, en última instancia, sobre las espaldas de una masa de esclavos y ciudadanos de segunda categoría. Fue la existencia de esclavos lo que permitió la acumulación de riqueza y lo que permitió a los relativamente escasos ciudadanos de pleno derecho abandonar la agricultura de subsistencia (como la que se siguió practicando en Esparta) y a dedicarse a otras empresas más lucrativas aunque menos productivas.

Atenas, en buena medida, fue una democracia de mercaderes. Hasta la propia ciudad, es decir: el Estado mismo, poseía esclavos (los *hieroduloi*) encargados de gran parte de la burocracia administrativa e incluso de tareas policiales, porque, por ejemplo, Los Once que hemos mencionado en el capítulo anterior y que atendían al servicio penitenciario, estaban asistidos por esclavos. Es fácil de ver que el relativamente muy bajo costo de esta administración favoreció en buena medida la viabilidad de la democracia ateniense, acelerando la urbanización tanto de Atenas como de otras ciudades.

El pagarle poco a los policías y a los empleados públicos no es una costumbre tan moderna como se cree comúnmente.

Otro aspecto, muy estrechamente relacionado con lo que venimos viendo, es el concepto fundamentalmente aristocrático que el griego tenía respecto del trabajo manual y de la producción de bienes y servicios.

De la aristocracia hablaremos luego, pero es sabido, por ejemplo, que la discusión acerca de la naturaleza de un "buen" gobierno tuvo gran importancia entre los intelectuales griegos. Platón y Aristóteles alimentaron la discusión política con ideas que han perdurado durante más de dos mil quinientos años y, curiosamente, ambos propusieron sistemas básica y fuertemente construidos sobre criterios elitistas. Además, más allá de Platón y Aristóteles, otros filósofos también propusieron modelos de la ciudad—estado "perfecta".

Estudiados en detalle, sin embargo, todos estos sistemas confluyen en última instancia en versiones más o menos dispares de un sistema básicamente aristocrático aunque más no sea por el hecho de que solamente una determinada y minoritaria clase de personas podían considerarse verdaderos ciudadanos y solamente estas personas tenían derecho a voto en absoluto. Como lo dice Robert Flaceliere: "*Una democracia con tantos y significativos prejuicios acerca del trabajo manual y del comercio; una democracia que le otorga derechos ciudadanos a una minoría tan reducida de la población — una democracia así ¿no posee una extraña semejanza con un régimen aristocrático?*" [7]

En última instancia, incluso la filosofía griega tiene aún una deuda impaga con la esclavitud. Gracias a ella los ciudadanos libres quedaron exentos de los desgastantes trabajos requeridos por la supervivencia cotidiana y así, una pequeña porción de la población quedó en libertad para pensar en otras cosas. En lugar de preocuparse por el próximo almuerzo o por el próximo desayuno, algunos griegos tuvieron de este modo el privilegio de poder preocuparse por la próxima teoría ética, moral, metafísica; o bien y dado el caso, por la próxima teoría política.

De este modo, no es de extrañar que este tipo — considerablemente restringido — de democracia se extendiese con relativa rapidez. Las decisiones colegiadas abarcaron campos cada vez más amplios: de la elección de los funcionarios públicos principales se pasó pronto a los referéndum sobre las cuestiones más diversas y se llegó hasta a los jurados masivos que debían dirimir las cuestiones de los procedimientos criminales. En Atenas, para mediados del Siglo V AC todos los ciudadanos varones adultos tenían derecho a participar de la Asamblea y, por lo tanto, de la elección de los principales funcionarios públicos. Los poderes del Areópago fueron disminuyendo hasta que después del 462 AC quedó reducido al papel de una corte judicial con jurisdicción sobre ciertos crímenes solamente.

En los demás cuerpos colegiados, por otra parte, a partir de Pericles se instituyó la práctica de remunerar la participación en ellos, con lo que la integración de unos cuantos ciudadanos a las cuestiones públicas no debe haber sido para nada tan desinteresada y altruista como se nos quiere hacer

[7])— Flaceliere, Robert. "Daily Life in Greece at the Time of Pericles". New York, Macmillan, 1966

creer desde la escuela primaria. Si bien es cierto que estos pagos no implicaban sumas exorbitantes, ilustra bastante bien el trasfondo de la ética política ateniense el sólo hecho de que se remunerara "el tiempo perdido" a ciudadanos que de todos modos no tenían mucho más que hacer que perder el tiempo de un modo aproximadamente elegante.

Con todo, ni esto hubiera permitido los alcances logrados en materia de participación ciudadana de no haber tenido aquellos egregios ciudadanos la posibilidad de dejar prácticamente todos los asuntos cotidianos en manos de esclavos. Mientras los democráticos señores atenienses discutían de política en los lugares públicos, una masa de esclavos seguía trabajando para mantenerlos.

Se me dirá que esto se aplica igualmente y más todavía a Esparta. Es cierto. Pero hay una diferencia: Esparta no tuvo jamás pretensión alguna de ser democrática. Y por si alguien sigue sin percibir todavía la diferencia, quizás no esté de más puntualizar exactamente en qué consiste.

Pues, por si hace falta señalarlo, la diferencia está en la hipocresía.

Sea como fuere, tampoco debemos perder de vista que un sistema complejo, como lo es todo sistema político, no depende nunca exclusivamente de un solo factor. Sería una tremenda exageración deducir de lo antedicho que la democracia ateniense — y la democracia griega así como toda la política griega en general — fue un producto de las condiciones de producción económicas dadas por la esclavitud. Una interpretación materialista de la Historia siempre es posible ya que, por desgracia, no hay nada en este mundo que impida hasta las más extrañas especulaciones intelectuales. Pero una interpretación de esta clase siempre me ha parecido más la versión de la Historia desde la óptica de un contador público que el intento de una interpretación integral de los hechos desde el punto de vista de un ser humano que trata de entender las acciones y las motivaciones de los otros seres humanos que lo precedieron.

La democracia griega no es un "producto" de la esclavitud. Pero le debe bastante. Le debe por lo menos tanto como todos los demás sistemas de gobierno de aquella época. De cualquier modo que sea, la democracia griega y la esclavitud son dos hechos inseparables y sólo la hipocresía — la de

entonces y la de hoy — hace posible afirmar la una tratando de ignorar a la otra.

La de antaño es disculpable. De hecho, en la Grecia de los Siglos V y IV AC a nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido pensar que la esclavitud es algo moralmente condenable. Era el orden natural de las cosas. Uno tenía una mujer, tenía hijos, tenía una casa, tenía animales domésticos y tenía esclavos. Puede sonar incomprensible considerándolo con nuestros criterios actuales pero, ante una objeción al sistema, en aquella época cualquier griego hubiera preguntado "¿Y qué hay de malo en ello?". A ningún ateniense se le hubiese ocurrido que los esclavos y los extranjeros formaban parte del "pueblo" de Atenas. Para ellos Atenas era una democracia puesto que en su gobierno participaban todos los ciudadanos. Y objetivamente era cierto: de hecho participaban. Que no todos eran ciudadanos y más aún, que la mayoría no lo fuese, no le habría causado ningún conflicto de conciencia a ningún ateniense.

No. La hipocresía de antaño consistía en otra cosa. Consistió en presentar a la democracia ateniense como algo casi perfecto o, por lo menos, como la forma de organización política más excelsa de toda Grecia, negándole esa calificación a las otras ciudades—estado, cuando en muchas de esas demás ciudades el sistema no era para nada tan diferente. Pericles nos mintió al respecto: su famoso discurso fúnebre, analizado en detalle y puesto en contexto, no es más que una bastante buena pieza de propaganda política dirigida al consumo interno de sus propios partidarios y a la consolidación de su propia posición política ante la opinión pública. Lo veremos en detalle más adelante.

La hipocresía actual es mucho menos justificable. Deberíamos saber — y mejor aún: deberíamos admitir — que lo que llamamos democracia es, en rigor, una construcción intelectual "*a posteriori*" que tiene muy poco que ver con el sistema político que gobernó realmente a los griegos, fuesen estos atenienses, espartanos, tebanos o corintios. La democracia heredada de los griegos es un mito. La democracia moderna, no solamente no es un desarrollo evolutivo de la democracia ateniense. Ni siquiera es parecida.

La democracia ateniense era esclavista y aristocrática. Con nuestros criterios actuales ni siquiera la llamaríamos democracia. En el mejor de los casos, la definiríamos como una especie de oligarquía, más o menos permisiva y más

o menos comunitaria. Las normas sociales en Atenas se basaban en gran parte sobre la esclavitud, y presuponían en gran medida tanto esa esclavitud como un bastante rígido sistema de castas. Fue la esclavitud la que permitió a los ciudadanos asistir asiduamente a las asambleas. Fue la esclavitud la que le permitió a los filósofos dedicarse a la especulación sobre problemas abstractos, entre ellos la política. Fue la esclavitud la que aceleró la urbanización de las ciudades—estado como Atenas. Y fue la esclavitud la que permitió a los relativamente bien posicionados en la escala social el dedicarse a la política.

No fue, por supuesto, **lo único** que permitió todo ello. Pero lo fue en gran medida y es casi impensable que la democracia griega surgiese de los demás factores si éstos no hubiesen tenido el sustrato común de la esclavitud para viabilizarlos y sostenerlos en el tiempo.

* * * * * * * * * * * * * * *

Bien. Hemos hablado ya bastante de los atenienses y, como no podía ser de otro modo, hemos desembocado en su famoso sistema político. Sin embargo, antes de tratar este sistema con más detalle y para comprenderlo bien, lo que tenemos que hacer es detenernos y ver un poco el cuadro general.

Para ello les propongo que hagamos una muy breve y muy rápida excursión para sobrevolar desde bastante altura la Historia de Grecia. No para entrar en esos miles de aburridos detalles de batallas, expediciones y nombres propios con que nos atosigaron nuestros queridos profesores de Historia sino más bien para tener las referencias indispensables que nos permitirán poner en su debido contexto todo lo que seguirá después.

Sócrates aún sigue en la cárcel y no teman: prometió no escaparse de allí y no lo hará. Volveremos a él cuando tengamos en la mano todos los elementos para entender por qué tuvo que beber la cicuta.

Historia a vuelo de pájaro



Toda división de la Historia en "Edades", "Eras" o "Épocas" es una operación altamente arbitraria. No hubo una sola persona sobre todo el planeta que exclamara: "¡Que lindo! ¡Ahora entramos en la Edad de Piedra!" en el momento en que a aquél ignoto antepasado nuestro se le ocurrió agarrar una piedra y usarla como herramienta. Tampoco alguno dijo algo parecido después de la toma de Constantinopla por los turcos o luego de la caída del Imperio Romano en el Siglo V DC.

Las "Edades" y las "Eras" son subdivisiones artificiosas de nuestro devenir, cuya única justificación es que sirven para ordenar el material y los datos que tenemos a disposición para tratar de entender nuestro pasado. Por otra parte, tampoco es cuestión de ser demasiado despectivos con esta tarea de clasificación y ordenamiento. Todo lo que sirva para entender y comprender es útil. Desde la clasificación taxonómica de las especies biológicas hasta la subdivisión de la Historia en eras o edades. Si no perdemos de vista su

básica artificialidad, resultan prácticas y convenientes para tener un cuadro mental claro del panorama general.

De modo que, hechas las salvedades del caso, vayamos a la Historia de Grecia. Tenemos, muy a grandes (y, como dijimos, artificiales) rasgos, cinco "capítulos" en esta Historia.

I. Los comienzos

El primero de ellos es la época Micénica. Abarca unos 250 años y transcurre aproximadamente entre el Siglo XV AC y mediados del XII AC. Es la época de Homero, la invasión de los jonios y la Guerra de Troya que, en general, se ubica hacia el 1185 AC.

Le sigue una "época oscura", llamada así por algunos historiadores por la sencilla razón de que no sabemos gran cosa acerca de ella. No deja de ser curiosa nuestra tendencia a catalogar de "*oscuro*" todo lo que ignoramos; pero no importa. Sigamos. Este lapso abarca unos cuatrocientos años, desde el Siglo XIII al IX AC. Son los tiempos de la invasión de los dorios y la generalización del empleo del hierro. Por esta época comienza también la colonización jonia, verosímilmente impulsada por la presión de los dorios que empujaron a los jonios hacia el mar y, consecuentemente, los incitaron a fundar colonias sobre las costas del Mar Egeo.

II. Los eupátridas

Aproximadamente entre principios o mediados del Siglo VIII AC comienza la época en que ya podemos hablar de una civilización o cultura griega por derecho propio. La época de los eupátridas — el término significa poco más o menos "bien nacido" o "de buena cuna" — es un tiempo de nobles y patricios entre quienes figura Dracón, más tarde famoso por la rigidez y dureza de las leyes que promulgó hacia el 621 AC. El período dura unos doscientos años — años más, años menos — abarcando los siglos VIII y VII hasta probablemente principios del VI AC.

Es por esta época que tienen lugar los primeros Juegos Olímpicos (776 AC). Hacia mediados del S. VIII se establecen las primeras colonias griegas en Italia. Se desarrollan la música y las artes. Aparece la arquitectura en piedra

suplantando a la de madera. A partir del S.VII Se generaliza el empleo de dinero acuñado en monedas y aparecen las grandes estatuas.

Son los tiempos en que Hesíodo escribe su *Teogonía* en donde se relatan los mitos sobre los dioses y también su *Los Trabajos y Los Días* gracias al cual conocemos la vida agraria de aquellos tiempos. Pero es también la época de la poesía de Safo y hacia el final de este período, ya entrado el Siglo VI AC aparece Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios — o *Sophoi* — de Grecia que se imagina una cosmología basada en el agua, con una tierra flotando sobre un enorme océano y cuyos trabajos serán continuados por Anaximandro en quien probablemente podemos ver al fundador de la astronomía griega y, en todo caso, al primer pensador que desarrolló una cosmovisión sistemática del universo.

III. Los Tiranos atenienses

¿Cómo? ¿Tiranos en Atenas? Pues sí, lo siento mucho, pero durante por lo menos un siglo — el VI AC — Atenas estuvo gobernada por tiranos. Aunque, eso de "tiranos" no deja de ser una forma de decir, probablemente inventada por algunas personas para darle más brillo y aceptación al régimen político que se construyó después.

La realidad es que en esta época cae nada menos que la reforma de Solón (hacia el 570 AC) por medio de la cual el rígido código de Dracón se suaviza y se "liberaliza" en gran medida. Son los tiempos de Pisístrato, que es quien, en realidad, implementa las reformas "liberales" de Solón, y cuya posición de poder político heredará su hijo Hipias. Pero Hipias terminará derrocado por Clístenes y con este último, ahora ya sí, podemos decir que entramos en lo que convencionalmente se ha dado en llamar la era democrática de Atenas que se extenderá por todo el Siglo V AC siguiente.

IV. El extraño Siglo V AC

Aunque sorprenda a muchos, la dura realidad es que la era democrática de Atenas es una era bélica. La democracia ateniense está indisolublemente ligada a guerras. En realidad, todo el siglo V AC está marcado por la guerra.

Apenas 18 años después de que Clístenes consigue reformar la arquitectura política de Atenas (508 AC) estalla la guerra contra los persas con su primera gran batalla en Maratón (490 AC) siguiendo luego con las Termópilas y Salamina (480 AC) para terminar con la de Platea (479 AC). Pero esto no es todo. A la guerra internacional le seguirá la guerra civil.

En el 478 AC Atenas inicia su expansión imperial con la Liga de Delos que ya hemos comentado. Las tensiones y rivalidades entre Atenas y Esparta, que ya son muy serias hacia el 459 AC, terminan en un tratado de paz por 30 años firmado en el 445 AC. La Paz de los Treinta Años, sin embargo, dura exactamente tan sólo catorce. En el 431 estalla la Guerra del Peloponeso que, luego de varias alternativas, terminará en el 404 AC con la rendición de Atenas.

Curiosamente, este mismo siglo V de batallas, guerras y conflictos, salpicados aquí y allá por algunos años de paz, es el que, por lo común, se considera como "El Siglo de Oro de Atenas". Ni hablemos de quienes mencionan la época como el "Siglo de Oro de Pericles", un "siglo" que, en todo caso, vendría a ser aritméticamente algo extraño si tenemos en cuenta que la estrella política de Pericles brilló solamente unos 30 años (del 459 al 429 AC).

Al margen de estas incongruencias no deja de ser cierto sin, embargo, que el Siglo V AC es tremendamente interesante desde muchos puntos de vista. Es la época del teatro griego con nada menos que Esquilo, Sófocles, Aristófanes y Eurípides. Es cuando surge la medicina con Hipócrates. Es cuando se construye el Partenón y se termina el templo de Zeus en Olimpia. Es el siglo en el que enseñaron Parménides, Zenón de Elea, Anaxágoras, Demócrito, Sócrates y tantos otros.

A principios de este siglo es cuando Píndaro compone algunas de las más famosas odas de la música griega y nace Heródoto, prácticamente el primer gran historiador de Occidente. Fidias, aparte de dirigir los trabajos de Ictinos y Callícrates en el Partenón, esculpió sus estatuas en este siglo. Los ingenieros griegos inventaron la catapulta. A finales del siglo tiene lugar la batalla de Cunaxa que dará comienzo a la formidable odisea de los diez mil mercenarios griegos conducidos por Jenofonte.

Pero fíjense ustedes en que también es el siglo en que muere Confucio — en el 479 AC, es decir: el mismo año de la batalla de Platea. Incluso es, muy probablemente, el siglo de la consolidación de las enseñanzas de Gautama Buda en la India. De hecho, en el 483 AC tuvo lugar el Segundo Consejo budista de Vaishali que fortaleció la disciplina monástica terminando con los sectarismos internos. Por estos tiempos, además, se establecieron hospitales brahmánicos en Sri Lanka y se compuso la primera versión del Mahabharata, que es la gran saga épica de los hindúes.

Algún día se tendrá que escribir la Historia del Siglo V AC expurgándola en gran medida de la multitud de batallas y carnicerías que, al final de cuentas, no hacen más que agregarle ruido al relato. Nunca terminé de entender muy bien por qué la Historia, la llamada "verdadera" Historia, tiene que ser esa exposición monótona, aburrida y latosa de batallas, peleas, derrocamientos, conspiraciones, asesinatos, ejecuciones y muertes varias. Nunca me quedó demasiado claro por qué las demás Historias se relegan a una especie de estante secundario de la biblioteca donde figuran la Historia del Arte al lado de La Historia de la Ciencia, la Historia de la Filosofía y la Historia de la Medicina. Es como la afirmación tácita de que la Historia de la Astronomía, esa ciencia que nos ha permitido comprender un poco mejor nuestra ubicación en todo el enorme universo que nos rodea, es menos importante que la Historia convencional de la que difícilmente se puede aprender mucho más que las mil y una formas de matar, derrocar o jorobar a alguien.

Vista desde una perspectiva más generosa, la Historia del Siglo V AC es realmente fascinante. Es uno de esos momentos que parecen estar al final de una especie de embudo. Como si la enorme mayoría de las cosas que sucedieron antes hubiese tenido que confluir y desembocar — casi estaría tentado a decir: fatalmente — en ese momento. Hay varios momentos así en los 10.000 años que llevamos registrados y más o menos conocidos de nuestro pasado.

Es algo parecido a los inventos. Rara vez un invento nació de la cabeza de una sola persona. La regla general es que se van produciendo varios descubrimientos, se van adquiriendo conocimientos, van apareciendo muchas pequeñas innovaciones, hasta que por fin, en algún momento, un hombre talentoso junta todo ello en un solo invento que consiste en todo lo anterior más alguna chispa de genialidad adicional. Si quieren un ejemplo de esto, repasen un poco la historia de la máquina de vapor. Quizás se

sorprendan al descubrir que ya Herón de Alejandría la conocía como curiosidad científica allá por el Siglo I AC. Pero, en todo caso, en 1698 un caballero inglés llamado Thomas Savery inventó una bomba a vapor para bombear agua; en 1712 su compatriota Thomas Newcomen la perfeccionó y el gran James Watt le agregó la genialidad del cigüeñal en 1765 convirtiendo el movimiento de vaivén en un movimiento rotativo. Cuatro años después Cugnot intentó hacer funcionar un automóvil a vapor sobre los caminos de Francia, Richard Trevithick lo intentó con otro vehículo sobre las vías de un ferrocarril inglés en 1804 y sólo recién después de todo esto es que, en 1829, aparece en escena la tradicional locomotora a vapor inventada por el famoso George Stevenson.

Con la Historia pasa algo parecido. Se ha discutido muchísimo sobre si hemos de imaginarla como una línea recta orientada hacia el Progreso; o como una sinusoide irregular determinada esencialmente por el azar; o bien si vendría a ser una especie de espiral que gira alrededor de más o menos las mismas cuestiones sólo que a niveles cada vez mayores. Personalmente me inclinaría más por la teoría de la espiral. Pero el movimiento, en todo caso, no parece ser continuo. Es como si durante determinados lapsos de tiempo se fuese acumulando energía para que, alcanzada cierta masa crítica, se produzca una de esas explosiones que impulsan el carro de la Historia otro trecho hacia delante. Es como si la Historia tuviese pulsaciones. Como si respondiese, en última instancia, a los latidos de un gran corazón.

Quizás durante el Siglo V AC el corazón de la Historia del planeta Tierra dio un latido. ¿No se animarían a investigarlo?

En fin; creo que me fui un poco por las ramas. Perdónenme el desvío pero esta cuestión me ha apasionado desde hace años. Es muy posible que, en algún momento, me descuelgue con algo sobre el Siglo V AC. Pero volvamos a Grecia.

El "Siglo de Oro" terminó en el 404 AC con la derrota de Atenas por los espartanos.

El oro del siglo quedó manchado con mucha sangre. Pero no nos extrañemos. Eso es algo que con bastante frecuencia pasa con el oro.

V. Los Macedonios

Si Atenas, a pesar de sus guerras, fracasó en la tarea de unir a toda Grecia en un solo gran imperio, habrá que decir en honor a la verdad que, luego de derrotarla, Esparta tampoco lo hizo mucho mejor.

Para principios del Siglo IV AC Grecia estaba desangrada. Habrá todavía toda una serie de luchas intestinas y batallas entre las distintas ciudades pero tanto Esparta como Atenas se encuentran ya al final de su energía política.

En el 359 AC Filipo II de Macedonia accede al trono. A partir de este momento, los destinos de Grecia pasarán a manos de los macedonios, esos primos hermanos del norte que tuvieron los griegos y que llegaron quizás un poco tarde a la cultura griega pero que, curiosamente, fueron los que probablemente más hicieron por difundirla y expandirla. Quizás un poco hasta sin querer.

En el 342 AC Aristóteles se traslada a Macedonia para servir de maestro a Alejandro, el hijo de Filipo II, y cuatro años más tarde los macedonios derrotan a atenienses y tebanos en la batalla de Queronea constituyéndose en los árbitros de la Grecia Continental. En el 336 AC Alejandro sucede a su padre y en escasos 13 años hasta su muerte en el 323 AC conquista un enorme territorio que incluyó a Persia y Egipto llegando hasta la India.

Este formidable imperio es efímero en cuanto a su duración política y militar. Desde el punto de vista cultural, sin embargo, la cultura griega se difunde por todo el mundo conocido de la época y llegará a inspirar a Roma que conquistará a Grecia por las armas pero que, a su vez, será conquistada por ella en lo cultural.

Pero la de Roma ya es otra historia.

El sistema y sus hombres



El Ágora de Atenas en la actualidad

El régimen político ateniense

Una cuna inestable

Atenas es la cuna de nuestra democracia.

Difícilmente hoy en día encontraríamos, tanto entre las personas cultas como entre las apenas mediáticamente informadas, persona alguna que se atreva a poner en duda esta afirmación.

Lo que sucede es que esta especie de postulado intelectual tiene sus corolarios. Por un lado está aquél que sugiere que, puesto que la democracia es el más perfecto de los regímenes políticos, los atenienses debieron haber sido unos verdaderos genios al inventarla hace ya más de 2500 años. Y, por supuesto, también está la recíproca; ésa que dice que, puesto que los atenienses fueron admirables y consiguieron crear una hermosa civilización que aún hoy fotografían, embobados, millones de turistas, su democracia forzosamente tiene que haber sido algo realmente estupendo.

El pensamiento político alrededor de la democracia se convierte así en perfectamente circular. Puesto que la democracia es un régimen político casi perfecto, los atenienses fueron genios y puesto que los atenienses fueron genios la democracia es el régimen más perfecto que uno puede llegar a imaginar. Como diría Vladimir Volkoff: ¡Luminoso!. ¡Imbatible! [8]

Estas peticiones de principio serían realmente brillantes si no descansaran tanto sobre una mitificación abusiva de hechos reales y serían bastante sencillas de destruir si estos hechos fuesen lo suficientemente numerosos, sólidos y verificables como para impedir su eterna relativización y "reinterpretación" casi *a piacere*. Desgraciadamente, la mitificación de hechos reales es tan antigua como el andar de a pié y hasta resulta necesaria porque sin ella toda poesía es imposible. Y desgraciadamente también, la documentación de los hechos de hace más de dos mil años atrás está lejos de ser completa, más lejos aún de ser unívoca y más lejos todavía de ser absolutamente objetiva y veraz. Sobre todo considerando a los griegos entre quienes la mentira y la traición fueron siempre costumbres tan extendidas que, prácticamente, pueden concebirse como una especie de deporte nacional.

No obstante el hecho es que, así y todo, hay documentos, hay testimonios y hay hechos verificables sobre los cuales se puede trabajar. El problema con estos elementos de análisis es que, generalmente, se los procesa con criterios muy dispares. El mundo ateniense — como el mundo de cualquier otra cultura — puede ser analizado desde muchos puntos de vista. Podemos enfocarlo desde una óptica estrictamente historiográfica, podemos verlo desde un ángulo estético, podemos incursionar en él desde la filosofía o desde la historia de la ciencia y el conocimiento, podemos hacer una evaluación de sus factores económicos, y así sucesivamente. Podemos, de este modo, encontrar en cualquier biblioteca gruesos volúmenes dedicados a la Historia de Grecia, al arte griego, a la filosofía griega, a la estrategia militar de la falange griega, a las biografías de los prohombres de Grecia y hasta a la arquitectura en Atenas.

Lo que ya es muchísimo más difícil de encontrar es una obra dedicada a la política griega. Y no me refiero aquí a los innumerables tratados, ensayos,

[8]) Cf. Vladimir Volkoff "Por qué soy medianamente democrático" — Cap. VII

artículos y panfletos que hablan de la *polis*, los *polites* y la *politeia* con mayor o menor detalle. Me refiero a la ausencia bastante notoria de análisis de la política griega realizados con un criterio específicamente **político**. A lo que me gustaría llamar la atención es a que tenemos cuantiosas evaluaciones de la política griega hechas por historiadores, esteticistas, filósofos, abogados, sociólogos y hasta economistas. Lo que tenemos muchísimo menos son evaluaciones de la política griega hechas por verdaderos políticos.

En verdad, no deja de ser sorprendente; pero siempre ha sido bastante raro que un político escriba un libro sobre Política. Los políticos, en general, cuando se ponen a escribir libros, escriben Memorias. Y tampoco deja de ser cierto que, considerando el calibre intelectual de la enorme mayoría de todos ellos, quizás hasta es una suerte que no hayan escrito absolutamente nada. Sea como fuere, no es demasiado exagerado decir que los políticos, cuando escriben, o bien se abocan a un ejercicio de autojustificación, o bien inmortalizan sobre el papel aquellos argumentos que no se les ocurrieron en su momento, cuando estaban en medio de la polémica cotidiana.

Y es una lástima. Porque la política griega y especialmente la ateniense, vistas desde una óptica estrictamente política, adquieren muy pronto una dimensión completamente diferente a la que nos tienen acostumbrados los sesudos académicos que normalmente la tratan. Por de pronto, se vuelve mucho más creíble y realista. Además, aún con las lagunas que tiene la documentación y la información disponible, esa política de pronto se vuelve mucho más humana y comprensible. Podemos relacionarla mucho mejor con lo que hoy es nuestra política y con lo que ha sido la política de todos los tiempos, tal como la hemos conocido en Occidente. Por desgracia en muchos casos.

Por supuesto: al enfocarla de esta manera, gran parte del mito de la democracia griega se cae del pedestal catedrático y ejemplarizador en el que lo ha colocado el dogma de lo "políticamente correcto". De pronto nos encontramos en una maraña de traiciones múltiples y recíprocas, con sobornos y ambiciones personales, corrupciones, peculados, demagogias y discursos *pour la galerie* en medio de guerras, matanzas, saqueos, asesinatos, ejecuciones, encarcelamientos y ostracismos. Nada tan demasiado brillante para un régimen que alardea de ser "el menos malo de todos los regímenes", con ese *understatement* tan típicamente británico que,

en realidad, no significa nada y que, al final de cuentas, no es sino un eufemismo por no decir, con fingido pudor, que es el mejor de todos sin discusión permitida.

Resultará difícil de asimilar por parte de los dogmáticos de la democracia, ese espécimen político que gustosamente convierte a la democracia en la tiranía de los demócratas, pero la verdad es que Atenas, como cuna histórica del régimen político actual es exactamente tan poco brillante como ese mismo régimen político lo es en la actualidad. Considerada con criterios políticos, el sistema democrático ateniense es por lo menos tan endeble y criticable como lo son las democracias actuales.

En un sentido muy amplio y genérico es posible que Atenas pueda ser considerada como la cuna de nuestra democracia. El problema es tan sólo que, evaluada según categorías políticas, no resulta ser una cuna demasiado sólida. Créanme: no depositaríamos con entera confianza a ninguno de nuestros hijos en ella. Sus vaivenes son demasiado abruptos y su base demasiado poco sólida. En realidad, si las cunas tuviesen pies, sería una cuna con pies de barro.

Y sería bueno que lo pensemos un poco. Porque desde el momento en que no depositaríamos a nuestros hijos en la cuna de la democracia ateniense, no estaría de más preguntarnos si está bien que los dejemos tan despreocupadamente en las manos de la democracia actual.

Los factores de Poder

Para entender a la democracia griega — así como, en realidad, para entender la dinámica de cualquier régimen político — es absolutamente imprescindible entender primero a la política y, dentro de ella, al poder político. Difícilmente entendamos la política de cualquier cultura, civilización, nación o pueblo si no entendemos que la política es actividad en relación con el poder; si no entendemos que el ejercicio del poder consiste esencialmente en tomar y hacer cumplir decisiones que afectan a la totalidad del organismo político (o, al menos, a una parte sustancial del mismo); y si no entendemos, además, los factores que hacen a la efectividad y a la eficacia de ese poder.

En Occidente al menos, tradicionalmente los factores de poder han sido siempre cuatro.

Por un lado la fuerza. Podrá molestar enormemente a los románticos y sentimentales de las utopías políticas, pero el hecho concreto es que nunca existió gran cosa para oponerle a un ejército numeroso, bien disciplinado, armado hasta los dientes, compuesto por hombres valientes y conducido por un buen estratega. Se ha dicho y repetido hasta el cansancio, por supuesto, aquello de que la fuerza es el derecho de las bestias. Es un error. La fuerza en política no da derechos. En todo caso se los conquista. Pero, en realidad, la fuerza en política no se emplea en relación a un derecho sino para hacer cumplir una decisión que alguien se resiste a acatar. Es cierto que la ley del más fuerte se compadece bastante poco con la idea que generalmente tenemos de la convivencia civilizada. Pero no olvidemos, por favor, que eso que llamamos "nuestra convivencia civilizada" es, en gran medida, una construcción completamente artificial que hemos creado al margen de la naturaleza. La ley de la selva podrá repugnarnos intelectualmente pero, nos guste o no, es la ley que rige el mundo desde su creación. Madre Natura no conoce convivencias civilizadas. Conoce solamente distintas adaptaciones posibles a una constante lucha por la supervivencia en la cual los perdedores, por regla general, se convierten en el alimento de los ganadores.

Por el otro lado tenemos el conocimiento. Lo que sucede es que la ley de la selva, estrictamente hablando, no es exactamente la ley del más fuerte. O, por lo menos, no consiste solamente en la ley del más fuerte. Esto es algo que muchos se olvidan de tener en cuenta. Los enormes saurios fueron indudablemente muchísimo más fuertes que los primeros lemúridos. Y sin embargo, para ver un dinosaurio tenemos que ir a algún museo de Historia Natural porque, como bien sabemos, los dinosaurios se extinguieron. Y no deja de ser algo irónico que — al menos según los discípulos de Darwin — los descendientes de aquellos débiles lemúridos sean precisamente los que hoy pagan entrada para ver el esqueleto de alguno de aquellos monstruos de quienes huían, despavoridos, sus remotos antepasados. El hecho es que en la lucha por la supervivencia — es decir: bajo el imperio de la ley de la selva — no solamente sobreviven los más fuertes. También sobreviven generalmente los más inteligentes, los más rápidos, los más astutos, los más previsores y — en no pocos casos, no hay por qué ocultarlo — también los más cobardes. Pero, en cualquier caso, no los estúpidos, ni tampoco los lentos, pesados e

imbéciles ignorantes. El saber es poder. Y esto va mucho más allá de un mero dicho popular.

Como tercer factor de poder político tenemos el dinero. Pocos se animarán a discutir su poderío. Don Francisco de Quevedo y Villegas acuñó aquel conocido "Poderoso caballero es don Dinero", pero probablemente Góngora es el que mejor ilustró el punto para nuestra exposición cuando ya a principios del Siglo XVII de nuestra era decía:

Todo se vende este día,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría
Vende la Universidad

El dinero no sólo ha comprado ejércitos y armadas. También ha comprado coronas, tecnología, arte, vicios, rescates, recompensas, títulos, premios y castigos. Y lo más importante de todo para la política es que ha comprado y sigue comprando voluntades. Nuevamente: podemos deplorarlo hasta rasgarnos las vestiduras por ello. Podemos perorar todo lo que queramos acerca de que la política hecha con dinero no es "verdadera" política; porque ésta se hace por patriotismo, por solidaridad, por generosidad o por heroísmo pero nunca por plata. Todo eso es muy bello, por cierto, y servirá, sin duda, para armar hermosos discursos. Pero aún hoy, si después queremos convertir esos discursos en hechos, tendremos que ver cómo hacemos para acceder a un puesto político de relevancia. Y para eso necesitaremos hacer una buena campaña. Y, si quieren intentarlo, vayan y traten ustedes de hacer una buena campaña política en la actualidad sin dinero.

Así que no nos engañemos: en la época de Pericles las cosas no eran tan distintas. En absoluto. Los espartanos se las arreglaron bastante bien sin demasiado dinero y pudieron hacerlo porque tenían ejércitos formidables. Los atenienses, por su parte, tenían sus propias minas de plata en el Laurio. Y cuando la necesidad apretó, tanto unos como otros, aceptaron sin demasiados remordimientos de conciencia la plata ajena. Respecto de la cual más vale que no preguntemos demasiado cómo la obtenían porque muy pronto descubriríamos que los atenienses esquilmaban a sus propios aliados

de la Liga de Delos con impuestos y los espartanos más de una vez se financiaron con dinero persa.

Y por último, tenemos el cuarto factor del poder político que es el consenso. Aquí, por supuesto, nos encontramos con el que, para muchos, es el factor político por excelencia; prácticamente el único que se dignan aceptar los ideólogos contractualistas para quienes la democracia se basa en el Contrato Social, siendo que este contrato se basa en el consenso. Nadie que haya estudiado o practicado la política por más de diez minutos seguidos se atrevería a negar que el consenso es un factor importante. El problema con el consenso está, en primer lugar, en su magnitud y, en segundo lugar, en su origen.

Por de pronto ¿cuánto consenso hace falta para que un sistema político sea estable? Rousseau, el inventor del Contrato Social en la versión que *a posteriori* se hizo liberal, era de la opinión que "*la voluntad general, o es general, o no es*" queriendo señalar — con bastante buena lógica — que el consenso, para ser general, debe ser unánime. Con lo cual sus seguidores terminaron hablando de un consenso que jamás existió y jamás existirá por la sencilla razón de que los consensos unánimes en política constituyen una quimera. Si ya es difícil lograr que dos personas medianamente inteligentes se pongan de acuerdo sobre cuestiones realmente importantes, no es necesario hacer un esfuerzo sobrehumano de imaginación para ver que el consenso de, pongamos por caso, trescientos veinte millones de norteamericanos es una fantasía irrealizable. No es ningún milagro que, en la práctica, estos consensos jamás se produzcan y se mantengan en la esfera de esas entelequias que sencillamente contradicen lo más básico de la naturaleza humana.

La solución al problema no ha sido tan variada como se cree. Una buena cantidad de dictadores y tiranos han gobernado regímenes bastante estables, durante bastante tiempo, con consensos que no han ido mucho más allá del 10% de la población. Por otra parte, presidentes democráticos, como por ejemplo los norteamericanos, han resultado electos por el 51% de los votos, en elecciones de las que participó apenas el 36% de la ciudadanía, puesto que en los EE.UU. el voto no es obligatorio. Lo cual, si la cuenta no me falla, equivale a un consenso explícito del 18.36% del total de la población. No tan alejado del 10% que Stalin decía que necesitaba para gobernar. La conclusión es que, miremos las estadísticas como las miremos y hagamos los

cálculos que se nos ocurra hacer, la cantidad de consenso necesaria para estabilizar un régimen político ha sido siempre, y sigue siendo, sorprendentemente pequeña en relación con el total de la población gobernada. Muy posiblemente ningún régimen se las pueda arreglar por mucho tiempo con menos de un 10% y muy probablemente nadie necesite en realidad mucho más del 20 o 25% de consenso para gobernar relativamente tranquilo.

El otro problema del consenso es su origen, es decir: su fuente. Dejémonos de teorías y vayamos a los papeles: ¿cómo surge el consenso? Pretender, como pretenden ciertos demócratas, que surge del libre debate de las ideas es una estupidez colosal. Peor que eso: es mentira. En primer lugar porque cuarenta, cincuenta o — como en el caso de los chinos — mil cuatrocientos millones de personas no pueden debatir entre sí. Es un imposible físico. Un debate entre tres, cinco y digamos que hasta diez personas es imaginable; aunque para el caso de las diez ya tengamos que presuponer ciertas normas de urbanidad, cortesía y honestidad intelectual que no siempre se dan. Un debate de más de diez personas ya requiere reglas de juego y un moderador que las haga respetar. Un debate entre más de cincuenta ya precisa de un ámbito adecuado, reglas de procedimiento, protocolo, registros y toda la parafernalia de infraestructura que poseen nuestros actuales congresos y parlamentos. Un debate libre entre miles de personas es un aquelarre. Y entre millones es sencillamente un absurdo.

De modo que los consensos políticos — a nivel masivo — no surgen del libre debate de ideas. ¿Cómo surgen, pues? El secreto está en que no surgen: se construyen. Como señalan bastante bien algunos intelectuales norteamericanos [9] que están en inmejorable posición para analizar el fenómeno: el consenso se "manufactura". Se "fabrica". Una minoría muy pequeña puede establecerlo por debate hasta cierto punto. Pero después, el logro del consenso masivo — vale decir: el logro de ese consenso que es el que importa en política — se obtiene por comunicación, por contagio, por difusión, por reiteración, promoción y saturación propagandística, por "adoctrinamiento" y persuasión unilateral, entendiendo por esto último esa clase de persuasión en la cual quien persuade, habla, y todos los demás se limitan a escuchar y mirar sin llegar jamás a tener una auténtica y verdadera

[9]) Noam Chomsky — Edward S. Herman "Manufacturing Consent", Panteon Books, New York, 2002

posibilidad de debatir con el orador. El consenso masivo no es más que, lisa y llanamente, el producto final de la propaganda política.

Consenso y disenso

La "fábrica" del consenso ha operado con distintas herramientas a lo largo de los siglos. Desde la tribuna griega de antaño hasta los medios masivos de difusión actuales. El denominador común, sin embargo, ha sido siempre la palabra. Sea la palabra de la oratoria pura, sea la palabra escrita de los libros, periódicos y panfletos del iluminismo, el anarquismo, el socialismo o el fascismo, sea la palabra transmitida por radiofonía o la palabra acompañada de — y frecuentemente reforzada por — las imágenes de la televisión de hoy. Siempre ha sido la palabra.

Pero la palabra constructora del consenso político masivo, como hemos visto, es una palabra algo especial. Es una palabra de una vía sola. Una palabra que va del orador al auditorio y que este último podrá guardar o desechar pero casi nunca devolver. Por eso es que los libros, los diarios, los panfletos, los folletos, la radio, la televisión y hasta el cine se han prestado y se siguen prestando tan admirablemente bien a la propaganda política. Los grandes medios se llaman medios de comunicación pero comunican en un solo sentido: del medio a la audiencia.

Las cartas de lectores y las llamadas telefónicas del público, bastante populares en los últimos tiempos, no engañan a nadie. Por un lado, por alguna misteriosa razón, parecería ser que hay algo así como una oscura conspiración entre los más ignorantes, los más engreídos y hasta los más estúpidos para monopolizar los llamados telefónicos. Además, cuando un movilero le pone el micrófono bajo la nariz a algún transeúnte, tengan ustedes la casi total seguridad que la pregunta — ya de por sí no demasiado brillante — será respondida con alguna reverenda idiotez, si es que consigue ser respondida en absoluto. No sé exactamente por qué esto es así. Quizás los medios masivos de difusión coleccionan imbéciles con alguna especial predilección. Quizás las personas medianamente capaces se resisten a prestarse a esta clase de circo y los idiotas de desviven por ponerse delante del micrófono. No lo sé. Realmente no lo sé. Lo único que sé es que la "opinión pública del público", por regla general, da vergüenza ajena en la enorme mayoría de los casos y ciertamente no pasa de ser una nota de color,

irrelevante en el contexto de un sistema científica y técnicamente dispuesto para fabricar ciertas, determinadas y muy bien definidas opiniones perfectamente establecidas de antemano.

Ahora ustedes preguntarán qué tiene que ver la democracia griega con todo esto. Pues, aunque les parezca mentira, bastante.

El monopolio de la palabra unilateral estuvo bastante de moda en Atenas, justamente en la época del mayor esplendor de la democracia. Por supuesto, esa unilateralidad no era todavía tan marcada como lo es hoy, pero es a lo que tendían los sofistas que le enseñaban a los jóvenes aspirantes a políticos a hilvanar sus discursos. Es cierto que resulta bastante injusto meter a todos los sofistas en una misma bolsa y es indudable que habría más de cuatro cosas positivas para decir de hombres como Protágoras, Hipias, Gorgias, Prodico y aun Antifón. Pero la sofística en general y sobre todo los sofistas de menor cuantía, que hicieron de la enseñanza de oratoria en Atenas una profesión bastante lucrativa, tenían la mira puesta en adiestrar personas para defender cualquier tesis, sin importar su naturaleza o su contenido. Lo importante con este criterio no era conocer la verdad sino ganar la discusión. La meta era armar un discurso con argumentos real o aparentemente irrebatibles. Y es tan sólo más que obvio que, incluso aún antes de los sofistas, en aquellas Asambleas de cinco o seis mil personas, tan sólo una escasa minoría pudo haber llegado a hacerse oír en absoluto. Saquen una cuenta simple: si cada una de las cinco mil personas hubiera hablado durante solamente tres minutos, dedicando 12 horas por día al debate se hubieran necesitado más de veinte días para escucharlos a todos.

En este contexto se puede comprender con bastante facilidad lo políticamente peligroso que resultaba el método de Sócrates. Sus discípulos no aprendían oratoria; aprendían a pensar. Sócrates no daba clases, no dictaba cátedra, no escribía libros. Hacía preguntas. Sus método predilecto era la *mayéutica* que consistía en dialogar con la otra persona y, mediante preguntas y razonamientos, la obligaba a "sacar las conclusiones desde adentro". Algo muy diferente al alumno que espera sentado a recibirlo todo desde afuera, de los labios del Maestro. Los discípulos de Sócrates aprendían a sacar conclusiones. A "sacarlas" de su propio cerebro en un sentido casi literal de la palabra. En contrapartida, la enorme mayoría de los sofistas sólo enseñaba a defender proposiciones en público con mayor o menor habilidad.

En un ambiente político dominado por la oratoria, el método de Sócrates necesariamente debe haber parecido extremadamente peligroso. Ningún aparato propagandístico, de ningún régimen, ha tolerado con demasiada simpatía a quienes insisten en pensar con el cerebro propio y se resisten a aceptar bovinamente las conclusiones paridas por cerebros ajenos. Ningún régimen político ha visto jamás con benevolencia el adiestramiento sistemático de posibles contestatarios. Ni siquiera la democracia.

Es más: posiblemente a la democracia el pensamiento analítico y la palabra auténticamente dialogada le molesta más que a ningún otro régimen. Los sistemas autoritarios, por regla, poseen un dogma establecido por medio del cual es siempre relativamente sencillo establecer la línea que separa a amigos de enemigos. Las democracias, por el contrario, parten de la promesa de tolerar el disenso y se sienten terriblemente incómodas cuando deben violar su promesa al encontrarse frente a un disenso que compite con ellas por el poder político.

Los sistemas autoritarios exigen adhesión porque más allá de los límites tolerados por el dogma vigente, el disenso se convierte en enemistad política. Consecuentemente, en un sistema autoritario se puede ser partidario o se puede ser enemigo del sistema. Cada posición tiene sus ventajas y, por supuesto, sus riesgos. En un sistema democrático sólo se puede ser democrático porque, en teoría, la democracia incorpora el disenso. Lo que sucede es que, en la práctica, la democracia le pone — porque le tiene que poner — límites al disenso, y más allá de estos límites el disenso se convierte en herejía.

Y para cualquier sistema político los herejes son siempre mucho, muchísimo más peligrosos que los enemigos declarados.

La élite

Aparte de la conjugación más o menos equilibrada de los factores de poder, el otro gran problema que deben resolver los regímenes políticos — y en especial aquellos que presumen de democráticos, como la democracia ateniense e incluso la actual — es el problema de la igualdad.

Para empezar, los griegos no hablaban exactamente de igualdad. Hemos sido nosotros los que hemos agrupado por lo menos dos conceptos diferentes bajo el mismo término de "igualdad" desde que la palabreja ingresara al léxico de la propaganda política de la Revolución Francesa dentro de esa famosa fórmula de "Libertad, Igualdad y Fraternidad".

En la jerga política de su época, los atenienses planteaban dos cuestiones diferentes: la "*isonomía*" por un lado y la "*isegoría*" por el otro. El primer término significa igualdad ante las "*nomoi*", ante las normas, es decir: igualdad ante la ley. El segundo término, a su vez, significa igualdad ante el Ágora; vale decir: igualdad de derechos para participar en el Ágora en la discusión sobre las cuestiones políticas.

Así planteadas las cosas, puede apreciarse con bastante claridad que, en el fondo y a los efectos políticos prácticos, lo que se está discutiendo aquí es más una cuestión de principios que una cuestión de técnica estatal. La cuestión es muchísimo más cualitativa que cuantitativa. Es mucho más una cuestión de **cómo** se gobierna que una cuestión de **cuántos** son los que gobiernan.

Porque, de hecho, fíjense ustedes en un detalle para nada intrascendente: la discusión acerca de cuantos gobiernan (uno, pocos, muchos) es bastante ociosa. **Siempre** gobiernan los pocos. En realidad, solamente podríamos llegar a discutir si es mejor que estos pocos sean "algunos" o "uno solo". Y aún así la discusión continuaría siendo en gran medida bastante bizantina.

Sea por delegación, por imposición o por mandato, las decisiones políticas **siempre** terminan en manos de unos pocos por la elemental y simple razón de que el gobierno de una multitud es fácticamente imposible. Las asambleas podrán servir, dado el caso, para discutir y debatir pero no sirven para gobernar. Las decisiones colegiadas son una ficción en la cual la decisión personal es suplantada por una opinión mayoritaria. Y el resultado es toda la diferencia que media entre una opinión y una decisión.

Por el otro lado, el gobierno de "uno solo" es también una ficción bastante evidente. Una sola persona sencillamente no puede concentrar en sus manos absolutamente todas las cuestiones que se suscitan en una sociedad o en una comunidad. **Nadie** gobierna solo. Todos los gobernantes, aún los tiranos más egocéntricos, necesitan de una cohorte de secuaces para imponerse y

para mantenerse. Stalin no podría haber gobernado a Rusia sin sus *apparatchiki*, del mismo modo en que Calígula no hubiera podido ser emperador sin el soporte de las legiones y sin la aquiescencia del aparato burocrático—administrativo del Imperio. Por más que un individuo consiga una fuerte concentración del Poder político en su persona, la tarea práctica y concreta de gobernar exige, al menos y como mínimo, un cuerpo de esbirros encargados de ejecutar y de supervisar la ejecución de las decisiones unipersonales tomadas. En la realidad concreta de los hechos y como ya dijimos, la cantidad de decisiones a tomar resulta ser siempre de tal magnitud y diversidad que es físicamente imposible para una sola persona el tomar absolutamente todas las decisiones.

De modo que, sea como fuere, el hecho concreto y real es que siempre son pocos los que gobiernan. En la realidad política que está más allá de todas las teorías sólo existe, cuantitativamente hablando, una única forma de gobierno: la de los pocos.

La gran cuestión que se plantea, no obstante, es doble. Por un lado, habrá que ver si estos pocos son los mejores, los peores o simplemente los mediocres. Y por el otro lado, habrá que ver, también, si estos pocos gobiernan defendiendo y promoviendo un interés personal, un interés particular o el interés de toda la comunidad. Esas son la dos cuestiones que realmente importan.

El resto es una cuestión formal que puede depender de muchísimos factores: historia, coyuntura, tradiciones, costumbres, cosmovisión general, valores establecidos, posición geopolítica, composición socioeconómica de la sociedad, y por lo menos una docena de factores más. Pero, por más relevantes que sean estos factores en cuanto a lo particular, no deberíamos perder nunca de vista que, en cuanto a lo general, constituyen solamente eso que llamamos "*la realidad formal*", la cual — en la enorme mayoría de los casos y casi me animaría a decir que por regla — se opone bastante abiertamente a la "*realidad real*" emergente de las dos cuestiones de A)— la calidad de las personas intervinientes y B)— la naturaleza y el alcance de los intereses que estas personas representan, defienden y promueven.

La discusión entre las formas de gobierno es, en el fondo, sumamente ociosa y estéril. Discutir acerca de la monarquía, la tiranía, la dictadura, la timocracia, la plutocracia, la oligarquía, la república o la democracia es, en

última instancia, una discusión bizantina. Es una especulación sobre una realidad formal que, en la generalidad de los casos, se vuelve fuertemente estéril porque desemboca en un discurso que prescinde de lo esencial que es, justamente, el **contenido** de las formas. Al fin y al cabo en 10.000 años hemos inventado solamente dos sistemas políticos auténticos: la monarquía y la república.

En la realidad de los hechos, bajo cualquier forma de gobierno que se quiera considerar, siempre terminará gobernando una élite. De este modo, la gran cuestión a establecer es, por un lado, el criterio de selección de esa élite y, por el otro, los objetivos políticos que dicha élite tenderá a alcanzar en el ejercicio del Poder.

Composición e intencionalidad de la élite gobernante son, así, las cuestiones políticas decisivas. Las formas de gobierno y la arquitectura formal de las instituciones pueden ser importantes, pero siempre están *de facto* en un segundo plano. Aunque más no sea porque las élites políticas, siempre y en todos los tiempos, a la corta o a la larga, terminan construyendo las instituciones que mejor se amoldan a su peculiar estilo y a su particular modo de ejercer el Poder.

La selección de la élite

Hay un importantísimo detalle que muchas veces se pasa por alto: la selección de la élite gobernante no es un proceso específicamente político. Es por esto que resulta cierta aquella tesis de Gramsci en cuanto a que la revolución cultural siempre precede a la revolución política. La selección de las élites dirigentes de una sociedad se produce en virtud de un proceso cultural, no en función de un procedimiento político.

Una élite dirigente no se convierte en tal por el hecho de acceder al Poder político. Es a la inversa: a la corta o a la larga, de un modo u otro, sea bajo un régimen o bajo otro, termina accediendo al Poder político precisamente porque es la élite dirigente. Porque de este grupo de personas es de donde surgen aquellos a quienes la sociedad está dispuesta a seguir, a respetar, a acatar o, por lo menos, a tolerar en funciones de gobierno.

Aristóteles coleccionó 158 constituciones o "*politeias*" de su época y sopesó con bastante cuidado y esmero las ventajas y desventajas de cada una. Lo que se le pasó por alto (o por lo menos pasó por alto la mayoría de sus lectores posteriores) es que todas esas constituciones descansaban, en lo esencial, sobre un mismo trasfondo cultural común, sobre una misma cosmovisión y sobre una misma arquitectura social. Por supuesto que siempre podrán argumentarse mil cuestiones de detalle, sobre todo cuando la atomización **política** es tan notoria como lo fue en Grecia. En lo fundamental, sin embargo, difícilmente podrá discutirse la coherencia **cultural** básica del mundo griego. Coherencia que queda demostrada por esa unidad de concepción ética, estética, axiológica e incluso religiosa de la que participaron en común hasta "*poleis*" aparentemente tan irreconciliables como las de los atenienses y los espartanos. Sin este acervo cultural compartido, Esparta y Atenas jamás hubieran enfrentado juntas al invasor persa. Más aún: sin esta cosmovisión compartida ni siquiera la discrepancia entre ellas hubiera sido posible de la forma y de la manera en que esta discrepancia se produjo.

La guerra contra el persa se concibió como la guerra contra un "*polemios*" y no contra un "*echtros*". Platón incluso establece una clarísima diferencia entre lo que es una "*polemos*", es decir: una guerra en el sentido estricto de la palabra y que sólo es posible entre helenos y bárbaros ya que ambos son "*enemigos por naturaleza*" — y lo que él llama "*stasis*", algo que Otto Apelt tradujo por "discordia" y que es el equivalente de lo que hoy llamamos "guerra civil". La distinción reaparecerá, más tarde, entre los romanos quienes distinguían muy claramente entre el "*hostis*" es decir: el enemigo de toda la comunidad contra el cual se conduce una "guerra pública" (*publice bellum*) y el "*inmicus*" que es el enemigo personal a quien sencillamente le tenemos una inquina privada (*privata odia*). De esta manera, según la precisa definición de Forcellini: "*inmicus*" es quien nos odia en el ámbito privado y "*hostis*" es quien nos enfrenta en el ámbito público (*inimicus sit qui nos odit; hostis qui oppugnat*). [10]. El sustrato cultural común estaba pues dado, ya que de otro modo sería por completo incomprensible el que se establecieran esta clase de diferencias.

Las 158 constituciones de Aristóteles no son sino variaciones sobre un mismo tema. La arquitectura de la sociedad griega de su época — excepto,

[10]) "Inmicus es quien nos odia; hostis es quien se nos opone". Cf. Carl Schmitt "El Concepto de lo Político" — Nota 17

obviamente, por sus variaciones locales — era prácticamente la misma para toda la Hélade. Y se asentaba sobre valores compartidos, criterios estéticos y artísticos compartidos, una ética con sus principios morales (y hasta inmorales) compartidos, una cosmogonía mitológica compartida, una tecnología de producción compartida y hasta un mismo idioma compartido, salvo claro está y de nuevo, las diferenciaciones que pueden hacerse entre los diferentes dialectos locales. Aún a pesar de sus constantes guerras, reyertas y trifulcas, había bastante menos diferencia entre atenienses y espartanos de la que jamás hubo entre franceses y alemanes.

En este contexto cultural común y compartido es imposible imaginar que la escala de valores generalmente aceptada no generase criterios igualmente generalizados acerca del mérito personal y social. El reconocimiento social ha descansado siempre sobre la noción del mérito y éste, a su vez, descansa sobre aquellos valores que la sociedad comparte. Las nociones de mérito, virtud, decoro, justicia, *status* social, equidad, imparcialidad o legalidad, no descienden sobre las sociedades humanas provenientes de una nebulosa intelectual cósmica. Se basan en valores o, mejor dicho, en jerarquías o escalas de valores que la sociedad va desarrollando y asumiendo a lo largo de su desarrollo cultural.

El mérito, por su parte, es una de las componentes principales del reconocimiento social y, por último, este reconocimiento es uno de los factores más importantes — acaso por lejos el más importante — del liderazgo. ¿Podríamos imaginar un verdadero líder sin reconocimiento social, sin méritos y por lo tanto desarraigado de la cultura compartida por aquellos a quienes debe liderar? ¿Y quién aceptaría el liderazgo de una persona a la cual no se le reconocen méritos suficientes como para liderar y conducir?

Siempre está la coerción por supuesto, pero la coerción es un atributo del cargo o de la posición de Poder, no de la persona. Se puede llegar a obedecer a quien no se le reconocen méritos a condición de que tenga suficiente Poder como para hacer cumplir sus decisiones. Sin embargo la Historia demuestra que ese tipo de obediencia es circunstancial y, por norma, no dura demasiado tiempo. Los tiranos difícilmente fundan dinastías y, si lo consiguen, no es irracional suponer que es porque sus pueblos, en última instancia, consienten esa clase de tiranía.

De modo que en toda sociedad siempre están "los pocos" que lideran y conducen, en última instancia, porque hay en la sociedad un consentimiento explícito o tácito — o bien, si ustedes quieren, incluso una resignación — en cuanto a que son ellos quienes tienen méritos suficientes para liderar y conducir.

La situación puede variar, por supuesto, de una época a la otra o de una circunstancia a la otra. El liderazgo no es independiente ni de su entorno ni de sus propios valores. El mérito adquirido y reconocido por una generación no perdura por toda la eternidad. El mérito reconocido para una situación dada puede no serlo ya en el contexto de otra situación por completo diferente. El mérito es algo que hay que demostrar; el reconocimiento es algo que hay que ganarse todos los días. No es algo que las personas conceden gratis o automáticamente. Y, por el otro lado, lo meritorio de hoy puede no seguir teniendo el mismo valor mañana, ya que las circunstancias pueden cambiar, los peligros pueden cambiar, los riesgos pueden cambiar y hasta las costumbres y las tradiciones van evolucionando con el tiempo.

Por eso es que el liderazgo social no es algo estático, definido de una vez y para siempre, y por eso es que se produce de tanto en tanto eso que hemos dado en llamar una revolución. Cuando una aristocracia dirigente ya no posee suficientes méritos para gobernar, la Historia demuestra que es prácticamente inevitable que tarde o temprano resulte suplantada por otra. La nueva aristocracia puede surgir como resultado de una guerra exterior — como en el caso de la conquista de un organismo político por otro — o puede surgir del seno mismo del propio organismo a través de una guerra interna o Guerra Civil más (o menos) sangrienta — como ha sucedido en todas las revoluciones políticas que conoce la Historia.

Pero el hecho concreto es que siempre hubo, siempre hay y siempre habrá una aristocracia social cuyos méritos, reconocidos en forma tácita o explícita, la habilitan para aspirar a convertirse en aristocracia política. Y esos son "los pocos" que, de una forma u otra, siempre gobiernan porque el gobierno de "uno solo" es tan *de facto* imposible como lo es *de facto* el gobierno de "los muchos".

La cuestión política, pues, no es si el gobierno debe estar en manos de uno, de unos pocos, o de muchos. Esa cuestión es insustancial porque está resuelta de antemano: siempre serán unos pocos simplemente porque es

imposible que sea de otra manera. La cuestión política importante en este aspecto es con qué criterio se seleccionan esos pocos, qué méritos se les exigen, qué cualidades y virtudes deben tener para despertar el reconocimiento de los demás.

Discutir sobre tiranías, oligarquías o democracias es, en una medida muy grande, perder el tiempo con interesantes abstracciones intelectuales. A la hora de las realidades siempre gobiernan las aristocracias. Lo que queda por ver en cada caso puntual, claro está, es qué clase de aristocracia estaríamos dispuestos a tolerar, reconocer y, dado el caso, seguir.

Los objetivos de la aristocracia

La otra gran cuestión está en establecer cuales son los objetivos perseguidos por la aristocracia gobernante.

Hay aristocracias que se cierran sobre sí mismas para defender su posición y sus privilegios como lo hizo buena parte de los eupátridas atenienses y hay aristocracias que se ponen al servicio de la comunidad para gobernarla y defenderla como lo hizo la espartana.

Por otra parte, sería un error en muchos casos imaginar a la aristocracia como un grupo social homogéneo y compacto, dotado de una comunidad coherente de intereses. Solamente desde la óptica de un materialismo dialéctico clasista es posible concebirla de esta manera, adscribiéndole una consistencia y una conciencia de clase que rara vez tiene en la realidad.

En Esparta éste pudo muy bien haber sido el caso, pero la homogeneidad de la aristocracia espartana fue el producto deliberado y buscado de una férrea disciplina que se impusieron los guerreros de una Orden. En Atenas no existió esa disciplina y la aristocracia ateniense se fue cristalizando alrededor de los dos polos bastante disímiles que ya hemos mencionado. Por un lado tenemos a los terratenientes arraigados a su suelo para quienes el Ática era la patria a defender. Por el otro lado, sin embargo, estaba la aristocracia jonia fuertemente orientada hacia fuera, hacia el comercio marítimo, hacia el Oriente y específicamente hacia las colonias griegas de la costa oriental del Egeo.

Es relativamente sencillo ver por los documentos que nos han quedado de aquella época cómo la élite ateniense se hallaba solicitada hasta el desgarro por esas dos fuerzas cardinales geopolíticas de la tierra y el mar que, de una forma u otra, han marcado el destino de casi todos los pueblos del Mediterráneo. Así como fenicios y cartagineses fueron principalmente potencias navegantes, egipcios y romanos fueron principalmente potencias terrestres. Los griegos en este contexto son, hasta cierto punto, algo especial: fueron habitantes de núcleos urbanos esencialmente terrestres que se hicieron a la mar. Algunos entre ellos, como los de Egina, llegaron a ser excelentes navegantes y grandes marineros. Otros, como los de Esparta, nunca se terminaron de acostumbrar del todo al mar. Y, finalmente algunos, como los de Atenas, vieron en el mar la puerta abierta al comercio y a la posibilidad de exportar hacia otros lugares tanto el exceso de población que la dura tierra del Ática ya no podía sostener, como también ciertos productos — el aceite de oliva, por ejemplo — con cuyo intercambio podían enriquecerse y prosperar económicamente.

De este modo, gran parte del criterio de la aristocracia ateniense quedó desgarrada por dos concepciones casi diametralmente opuestas: la de quienes miraban "hacia adentro", hacia el "*hinterland*", hacia la Acrópolis y las tierras circundantes donde se hundían los cimientos de la ciudad y donde habían echado raíces las tradiciones centenarias que le habían dado vida; y la de quienes miraban "hacia fuera", hacia el "*foreland*", hacia el resto del mundo, hacia el Asia, Egipto, Creta, Chipre, Sicilia y los demás centros culturales y comerciales del Mediterráneo y hasta del Mar Negro, para terminar — al menos algunos de ellos — considerándose más "ciudadanos del mundo" que de la propia Atenas como sucedió con los filósofos cínicos y, específicamente, con por ejemplo Diógenes, quien se consideraba a sí mismo un "*kosmopolites*" es decir: el ciudadano de una "*kosmópolis*" ideal y abstracta, ubicada más allá y por encima de la "*polis*" real. No es nada casual que la idea del cosmopolitismo haya tenido su antecedente en Atenas.

La Historia de Atenas es, en buena parte, la historia del choque y de las derivaciones políticas de estas dos concepciones casi opuestas de la aristocracia ateniense. De estas concepciones se desprendieron, en forma nada sorprendente, propuestas y objetivos políticos muy diferentes. Por un lado la aristocracia terrateniente buscó, cerrar la ciudad al menos hasta cierto punto, consolidar las posiciones de Poder adquiridas y mantuvo su mirada más bien orientada hacia el "*hinterland*" que tradicionalmente le

había dado de comer — involucrando en ello muchas veces una manifiesta simpatía, cuando no una alianza directa, con Esparta. Por el otro lado la aristocracia comerciante mantuvo su mirada más orientada hacia el Pireo, hacia el puerto de Atenas, hacia el "*foreland*", abriendo la ciudad al influjo de extranjeros, buscando la expansión del prestigio de la *polis* y cultivando relaciones y reciprocidades con el resto del mundo conocido para acrecentar las posibilidades de hacer buenos negocios y ventajosos intercambios.

De este modo, mientras la aristocracia terrateniente se replegó sobre sí misma y sobre su orgullo tradicional cerrándose en gran medida a la posibilidad de darle importancia al mar, la aristocracia comerciante se replegó igualmente sobre su codicia y su entusiasmo emprendedor, cerrándose a la posibilidad de darle importancia a la tierra.

Atenas quedó desgarrada por esta polarización. Su élite dirigente no supo formular para la política de la ciudad una proyección clara, válida, equilibrada, viable y compartida. Como resultado de ello Atenas se destacó por la belleza de su arquitectura y de sus artes, por el gran dinamismo y por la amplitud de su vida intelectual y de su filosofía, y a veces también — como en Maratón y en Platea — por su patriotismo y su heroísmo guerrero. Pero, a la larga, terminó diluyendo sus mejores talentos en el cosmopolitismo desarraigado de una intelectualidad carente de sustento concreto. Esparta desapareció por extinción. Atenas lo hizo por dilución. El espíritu que la había animado poco a poco se diluyó en el individualismo de la especulación intelectual por un lado — como por ejemplo la de los estoicos — o bien en un utilitarismo hedonista no menos egocéntrico por el otro — como por ejemplo el de los epicúreos.

Cuando Macedonia comienza a ser, en un último enorme esfuerzo y con Alejandro Magno, la verdadera fuerza motriz de Grecia, Atenas ya no tiene mucho más para ofrecer que la brillante oratoria de un Demóstenes. Y cuando llegan los romanos, Grecia entera se diluye en el nuevo imperio brindándole a Roma maestros, educadores, filósofos, artistas, artesanos y navegantes que servirán a una nueva aristocracia que se había iniciado, a su vez, como la casta guerrera de los Hombres del Lacio y que culminaría siendo la élite dirigente de todo un Imperio.

De modo y manera que no deberíamos preocuparnos tanto de cuántos son los que nos gobiernan porque siempre, inevitablemente, serán unos pocos.

Deberíamos preocuparnos mucho más de que esos pocos realmente sean los mejores. Y, además, deberíamos exigir que esos mejores trabajen por el bien común de todos y no exclusiva ni principalmente para su propio provecho.

Pero eso — y 10.000 años de Historia lo demuestran — eso, casi siempre, es mucho pedir.

Los precursores

Los reyes

En el principio fue la monarquía.

En sus orígenes Atenas estuvo gobernada por un rey hereditario, secundado por sus nobles. Con el tiempo, sin embargo, sucedió lo que sucede siempre cuando el monarca, o bien es más débil que sus nobles, o bien no es más que un *primus inter pares* siendo que a estos pares no los distingue precisamente la lealtad: el rey quedó relegado a un segundo plano ya que a los nobles pares les entraron unos irresistibles deseos de pasar al primero.

Los Arcontes

De esta manera surgió la segunda gran institución ateniense: el arcontazgo. Los nobles eupátridas, como buenos Padres de la Patria, demostraron su patriotismo creando un cuerpo colegiado de nueve magistrados a los cuales llamaron *arcontes*. Al principio el cargo fue vitalicio. Luego se redujo a 10 años y finalmente, hacia el 682 AC, se estableció que los arcontes durarían solamente un año en el ejercicio de sus funciones, lo cual por supuesto le hacía vislumbrar a todos los eupátridas al menos la posibilidad de dedicarse por una temporada al fascinante y no necesariamente gratuito pasatiempo de administrar la cosa pública y regir los destinos de la nación. No sin ciertos riesgos, sin embargo, porque al final de su mandato debían enfrentar un Juicio de Residencia — *la eutyna* — que, por supuesto, ponía el acento sobre los aspectos financieros de la gestión.

El cargo de Presidente del Ejecutivo estaba en manos del Arconte Epónimo que era el jefe de gobierno. De los asuntos del Ministerio de Culto se

encargaba el Arconte Rey. En virtud de una especie de premio consuelo y cuando el cargo era todavía vitalicio, al rey destronado se le encargó de esta forma la celebración y supervisión de las ceremonias religiosas. Un puesto desde el cual difícilmente podía causar mucho daño. Al menos no sin la aquiescencia y la complicidad de los dioses que, como todos sabemos, es bastante difícil de conseguir.

El Ministerio de Guerra quedó a cargo del Arconte Polemarco que comandaba al ejército. Y los restantes seis Arcontes Tesmotetes o "determinadores de las costumbres" se encargaban del Ministerio de Justicia presidiendo los tribunales. Con lo cual, considerando lo altamente litigiosos que siempre fueron los atenienses, probablemente fueron los que más — y en épocas normales hasta posiblemente los únicos — que realmente trabajaban en serio.

La institución del arcontazgo fue variando con el tiempo. Llegó un momento en que a los arcontes se los eligió por sorteo — es decir: al azar — de entre 500 candidatos previamente elegidos. Por el Siglo V AC la autoridad de los arcontes empezó a decaer y después del 457 se hicieron elegibles los ciudadanos de la 3ª categoría y, hacia el final, aunque fuesen teóricamente inelegibles se admitió hasta a los ciudadanos de la 4ª. Hacia el 450 AC ya ni siquiera emitían sus propias sentencias sino que conducían las audiencias preliminares o *anakrisis*, para luego llevar el caso ante los jueces, presidiendo las sesiones, pero sin ninguna responsabilidad por dirigirlos en materia legal.

Con todo, al principio y después de instituido, este arreglo de los arcontes anuales funcionó de un modo aceptablemente satisfactorio por algo así como medio siglo. Después, la cosa se complicó. Es decir: se vino complicando progresivamente y la situación explotó por primera vez allá por el año 621 AC en donde terminó de descontrolarse hasta el punto de requerir medidas draconianas.

Dracón

Esas medidas las tomó, por supuesto, Dracón. Admitamos que le tocó un trabajo duro y no muy agradable. La hegemonía de los eupátridas no resultaba realmente muy fácil de tolerar por parte de todos aquellos que no

tenían la suerte de haber nacido eupátridas y quienes, como sucede generalmente, constituían la gran mayoría. El principal problema con las leyes atenienses en aquél tiempo es que no estaban escritas. Los eupátridas podían, por lo tanto, interpretarlas en gran medida como se les daba la gana y, en forma nada sorprendente, casi siempre se les daba la gana interpretarlas como más les convenía. Lo cual, por supuesto, no contribuyó precisamente a fomentar la complacencia entre la mayor parte de la población.

Viendo que la situación se ponía peligrosa, los eupátridas decidieron tomar el toro por las astas. ¿El pueblo quiere leyes escritas? Ningún problema: démosle leyes escritas. Lo llamaron a Dracón y el buen hombre produjo una maravilla de legislación tan bien armada que, al final, nadie la pudo hacer cumplir. Para hacerlo se hubieran tenido que contratar verdugos al por mayor. Parece una exageración, pero la verdad es que en dicho código cuesta trabajo encontrar un delito que no esté castigado con la pena de muerte.

Con todo, las draconianas leyes del buen Dracón rigieron los destinos de Atenas durante los siguientes 27 años, hasta que la situación se hizo realmente insostenible y los atenienses decidieron encargarle la solución del serio problema económico, social y político por el que atravesaba la comunidad a una persona realmente capacitada para resolver estas cuestiones.

Esa persona resultó ser un poeta.

A veces la política tiene este tipo de caprichos.

Solón

La primera vez que Solón se hizo notar fue allá por el año 600 AC en un momento en el que los atenienses estaban bastante bajos de moral después de una serie de reveses militares en su disputa con sus vecinos de Megara por la posesión de Salamina. En esa oportunidad Solón se levantó y recitó públicamente un poema que le insufló tanto ardor patriótico y guerrero a los alicaídos espíritus que, al final, los atenienses terminaron ganando esa guerra.

Por lo menos, eso es lo que cuenta la leyenda. Lo cierto es que seis años más tarde lo hicieron arconte y terminaron dándole plenos poderes para reformar todo el sistema político de la ciudad. Es decir, hablando en términos romanos, lo nombraron dictador.

La situación que le tocó manejar no fue nada simple. La oligarquía eupátrida no solamente dominaba al resto de la población sino que, además, se hallaba dividida en facciones rivales. Los agricultores medios y pequeños estaban endeudados hasta la coronilla y el estar en esa situación en aquella época no era nada agradable: uno podía quedar como vasallo de su acreedor y, con muy poco de mala suerte, hasta podía terminar vendido como esclavo. La burguesía media, constituida por artesanos, mercaderes y pequeños agricultores bufaba, resentida por el hecho de que nadie la dejaba participar en política y no tenían nada que decir a la hora de tomar decisiones. Y esto tenía sus bemoles porque buena parte de la riqueza del país provenía precisamente del comercio de ultramar y de la actividad de los comerciantes, con lo que el dinero no encontraba un punto de aplicación para su palanca de ambiciones y esto, en todos los regímenes, en todos los tiempos y en todas las latitudes ha demostrado ser una fuente garantizada de innumerables *lobbies* y conspiraciones. De modo que a la camándula de los eupátridas se le sumaba ahora la de los comerciantes.

La mezcla amenazaba con volverse explosiva.

Solón, aparte de ser poeta, provenía de una familia noble pero probablemente más volcada a lo comercial que a lo agrícola. Sin embargo, como todo buen poeta, poseía una enorme dosis de sentido común. No se puede tener un buen sentido de la armonía y de las proporciones si no se posee un sano y sólido sentido común. Ese es uno de los secretos de los realmente buenos poetas.

Consecuentemente, como la "Tolerancia Cero" de Dracón había fallado estrepitosamente, Solón llegó a la sabia conclusión de que había llegado la hora de la moderación y el equilibrio. Solucionó el problema de las deudas y liberó a todos los ciudadanos que habían sido esclavizados. De allí en más, prohibió toda deuda que tuviese a la persona del deudor como garantía. En vista de que la codicia de los mercaderes había impulsado la exportación de granos a tal punto que con frecuencia resultaba imposible abastecer al mercado interno, Solón prohibió dicha exportación y permitió solamente la

del aceite de oliva que, además de abundar, presentaba la ventaja adicional de fomentar la fabricación de vasijas.

Estableció un nuevo y más controlado sistema de pesas y medidas. Y por fin, pero no en último término, creó e hizo acuñar una moneda ateniense propia ya que hasta ese momento el comercio se había llevado a cabo con las monedas de las regiones y ciudades vecinas.

Hay que decir que las medidas económicas de Solón resultaron efectivas. Lo confirma la arqueología. La dispersión de la moneda y de las vasijas atenienses por todo el mundo comercial del Mediterráneo durante los siglos siguientes son un testimonio elocuente de que las reformas y las innovaciones principales no sólo tuvieron éxito sino que se mantuvieron en el tiempo.

En materia política, el poeta Solón se manejó también partiendo de un criterio básicamente económico. Su idea central consistió en efectuar un censo de la población discriminándola por propiedades e ingresos, es decir: por su riqueza. Estableció así, 4 categorías de ciudadanos en función de su fortuna. Con ello montó una estructura básicamente idéntica a la que establecería Federico Guillermo IV de Prusia unos 2.444 años más tarde. [11] Por qué Solón figura entre los precursores de la democracia y el pobre Federico Guillermo IV sigue en la lista negra de los autócratas es algo que todavía me sigo preguntando. Pero no importa. Hay preguntas estúpidas que son estúpidas porque las respuestas pueden ser más estúpidas todavía.

La cuestión es que, gracias a la reforma de Solón, todos los ciudadanos tuvieron derecho de asistir a una Asamblea General — la *Ecclesia* o "reunión de los convocados" — la cual, al menos teóricamente, oficiaba de órgano supremo y soberano en todas las cuestiones relativas a normas jurídicas, designación de funcionarios y sentencias judiciales de última instancia.

Paralelamente a la Ecclesia, Solón creó (o por lo menos fortaleció) otra asamblea, la *Boule* o Consejo de los Cuatrocientos, a la que podían acceder

[11]) Cf. El decreto de Federico Guillermo IV de Prusia, de Febrero de 1850. Por medio del mismo se instituyó un Parlamento bicameral constituido por una Cámara Alta reservada a los nobles y una Cámara Baja cuyos miembros eran elegidos por todos los contribuyentes divididos en tres clases, de acuerdo al monto de sus impuestos.

400 ciudadanos de todas las categorías excepto la cuarta y cuya función consistió en preparar y guiar las cuestiones a ser tratadas por la Ecclesia.

Por otra parte, continuó en funciones el Consejo del Areópago, una de las instituciones más antiguas de Atenas, al cual se accedía en forma vitalicia después de haber servido como arconte. Solón abrió este club privado de ex—arcontes a los ciudadanos de las categorías superiores y, con ello el Areópago perdió automáticamente una parte considerable de su poder. No obstante y a pesar de la rivalidad institucional establecida con la *Boule* , continuó funcionando como "guardiana de las normas", entendiendo en casos de disputas constitucionales y, específicamente, bajo la presidencia del Arconte Rey, en casos de homicidio.

A todo esto se agregaban todavía los arcontes y una serie de magistrados menores cuyo detalle sería realmente tedioso exponer.

Hubo, pues, foros suficientes para discutir, hablar, perorar y lanzar grandes discursos. El intrincado sistema institucional de Atenas terminó brindando así toda una serie de válvulas de escape. Si bien no necesariamente constituyó una herramienta legal y establecida para ejercer concretamente el poder — algo que en gran medida siguió transitando por carriles informales y sustentado por la cuota de poder real de cada protagonista — aún así, brindó ámbitos adecuados para ejercer el derecho a protestar por las injusticias más patentes.

Con lo cual quedó demostrado, una vez más, que en muchos casos el derecho al pataleo ha resultado ser, por lo menos para una gran cantidad de personas, un sucedáneo aceptable al derecho de gobernar.

Por último, seguía vigente el tema de la codificación de las leyes. Las de Dracón del año 621 AC todavía estaban — técnicamente — vigentes. De modo que Solón puso por escrito todas sus reformas, las mandó grabar sobre tablas de madera y se convino en que tendrían vigencia por los próximos 100 años.

Después de eso, el hombre hizo algo sorprendentemente inteligente: renunció a su cargo, se despidió de sus conciudadanos y se mandó a mudar por 10 años para recorrer el mundo y dedicarse a escribir sus poesías.

Pero, al cabo de esos 10 años cometió un grave error: volvió a Atenas.

Se encontró con el triste espectáculo de una ciudad dividida en facciones rivales, con prominentes eupátridas peleándose entre ellos con gran entusiasmo. Halló que su amigo y pariente Pisístrato tenía todas las intenciones de terminar con el desorden por medios drásticos y Solón advirtió a los atenienses de los propósitos dictatoriales de su amigo. Pero los atenienses no solamente no lo escucharon sino que lo trataron de loco.

Lo cual, por supuesto, no impidió que después de su muerte lo consideraran uno de los Siete Sabios de Grecia. Pero eso ha sido siempre así. Los hombres sabios, especialmente si se dedican a la política, siempre tienen que morir para que la muchedumbre los reconozca.

Los hechos se encargaron de demostrar que Solón no estaba loco. Falleció en el 560 AC. Exactamente ese mismo año Pisístrato se convirtió en el *tyrannos* de Atenas por primera vez.

La obra de Solón fue un razonable, sabio y balanceado paquete de reformas. Su reforma fue la reforma políticamente posible, dadas las circunstancias. El único problema residió en que quedó mal con todo el mundo y no satisfizo a nadie. Los eupátridas supusieron que haría solamente una operación cosmética sobre la constitución de Dracón. Los ciudadanos plebeyos especularon con que confiscaría las tierras de los nobles y tendría el simpático y demagógico gesto de distribuir esas tierras entre todo el mundo; incluso entre los que no se las merecían. La cuestión es que nadie quedó realmente conforme. Los eupátridas porque consideraron que había ido demasiado lejos. Los plebeyos porque lo acusaban de haberse quedado corto.

Según las propias palabras de Solón:

"Al pueblo le di toda la parte que le era debida,
sin privarle de honor ni exagerar en su estima.
Y de los que tenían el poder y destacaban por ricos,
también de éstos me cuidé que no sufrieran afrenta.
Me alcé enarbolando mi escudo entre unos y otros
y no permití que ninguno venciera injustamente.
... En asuntos tan grandes es difícil contentar a todos".

Siempre pasa eso. La única manera de quedar parejo con todo el mundo es quedando mal. Quedar bien con todos es imposible. Y cuando, en política, uno opta por el aristotélico dorado término medio, el resultado inevitable es que no se conforma a nadie.

La política no se hace con términos medios.

Pisístrato

El que no tuvo ninguna dificultad en entender eso fue Pisístrato. Generalmente no lo encontramos en un lugar demasiado destacado en los manuales de Historia porque el hombre tuvo un pequeño gran defecto: no era para nada democrático y aún a pesar de eso, créanlo ustedes o no, gobernó aceptablemente bien. Lo primero sería tolerable; pero las dos cosas juntas ya resultan algo inaceptable para la gran mayoría de los que escribieron nuestra actual versión de la Historia.

Pariente de Solón por parte de su madre, Pisístrato se destaca por primera vez hacia el 565 AC cuando captura el puerto de Megara. Hasta ese momento las facciones rivales más importantes en Atenas habían sido dos: la de "la planicie" y la de "la costa". Pisístrato decidió que no puede haber dos sin tres y con algunas familias nobles de su propio distrito del Ática oriental y una considerable cantidad de la población urbana de la ciudad creó su propia facción: la de "los montañeses".

Hacia el 560 AC decidió que podía intentarlo. Después de hacerse herir a sí mismo y a los animales de su carruaje, apareció en el Ágora pretendiendo que sus enemigos lo habían atacado. La ciudad, horrorizada, le concedió una guardia personal y, con ella, muy poco tiempo después, organizó un golpe de Estado y tomó el poder en Atenas.

Esa vez no duró mucho. En consecuencia, después de que lo corrieran del poder y viendo que todavía no tenía suficiente base de sustentación, intentó por la vía marital lo que no le había salido demasiado bien por la vía marcial. Se casó con la hija del líder de la facción de la costa. Intentó otro golpe de Estado hacia el 556 AC pero su estadía en el poder duró tan poco como su matrimonio. Tanto su suegro como el líder de la facción adversaria de la planicie, se unieron en su contra y lo echaron.

La desventaja de ser el tercero en discordia es que los otros dos siempre pueden unirse. Además, convengamos en algo: un golpe de Estado ciertamente no es la mejor forma de tratar a un suegro.

La cuestión es que, como es obvio, tuvo que alejarse de Atenas por un tiempo. Lo invirtió en algo bastante productivo: la explotación de las minas de oro y plata del Monte Pangeo, una actividad que le posibilitó disponer de dinero; una herramienta que siempre ha sido muy conveniente tener en política. Pero, como bien sabemos, el dinero no lo es todo. Complementariamente, pues, se aseguró una alianza con círculos de otras ciudades como, por ejemplo, Naxos, Tebas y Argos.

Así, en el 546 AC, diez años después de su fallida segunda intentona, se dijo a sí mismo que la tercera tenía que ser la vencida y se fue a Eubea. Desde esta base, con una respetable fuerza militar propia, invadió el Ática. Atacó al ejército ateniense en Pallene, en medio del tórrido calor del mediodía cuando los atenienses estaban descansando o durmiendo la siesta y, por supuesto, obtuvo una resonante victoria sobre sus algo somnolientos adversarios.

Aunque sus enemigos argumentaran más tarde que los había agarrado dormidos, la cuestión es que la tercera fue, de hecho, la vencida. Gobernó a Atenas durante 19 años y después todavía le sucedió su hijo Hipias.

Pisístrato accedió al poder, evidentemente, por la fuerza y al margen de los procedimientos legalmente admitidos. En consecuencia, los griegos lo denominaron *tyrannos* — tirano. La palabra, sin embargo es engañosa ya que hoy tiene connotaciones que en aquella época no tenía o, por lo menos, no tenía por qué tenerlas. Por supuesto que no se trata de negar lo drástico y expeditivo de muchos de sus procedimientos. Se rodeó de una guardia de mercenarios, en parte constituida por temibles arqueros escitas. Le quitó las armas a varios ciudadanos potencialmente díscolos. Tomó rehenes de las familias más importantes y los confinó en Naxos. En una palabra: no se anduvo con demasiadas vueltas ni miramientos.

Pero, por de pronto, no destruyó la obra de Solón. Simplemente la hizo funcionar.

No alteró la estructura institucional básica. Los arcontes siguieron funcionando. Las asambleas siguieron debatiendo. Hasta tuvo que aparecer una vez ante la corte, acusado de homicidio. Claro, es cierto que fue un caso un poco extraño. Porque cuando el mismo Pisístrato en persona se presentó para hacer frente a la imputación, su acusador aparentemente lo pensó mejor, concluyó que era preferible desistir y retiró los cargos.

Darwin lo hubiera llamado instinto de conservación.

Pero los tribunales continuaron, las asambleas continuaron, el consejo continuó, las leyes de Solón no fueron derogadas.

En donde se mostró curiosamente activo y emprendedor fue en materia religiosa. Hacia la segunda mitad del Siglo VI AC la religiosidad griega todavía no había sido socavada por los sofistas que se harían notorios recién unos cien años después. Para varios de los cultos que se practicaban fuera de Atenas — como por ejemplo el de Artemisa —organizó ceremonias dentro de la ciudad e hizo construir los edificios adecuados. Con lo cual, los dioses que vivían fuera de Atenas se mudaron a su interior. Un detalle no menor para la época.

El hecho es que los festivales y la literatura florecieron. Pisístrato fue el que más impulsó y resaltó el culto de Atenea como patrona protectora de la ciudad. Las *panateneas* que eran festivales anuales en honor a la diosa se vieron aumentadas con la Gran Panatenea, celebrada cada 4 años, donde hubo desde competencias atléticas, hasta premios a los poetas. El culto a Dionisio se puso bajo protección estatal. Después del 534 AC se concedieron premios anuales en la fiesta a este dios no solamente a los poetas y juglares sino también a los dramaturgos y sus tragedias.

En materia de obras públicas y medidas concretas tampoco se quedó quieto. Hizo construir el acueducto que alimentó la principal fuente del Ágora a la cual remodeló y mejoró. Fomentó la producción del olivo y la vid para impulsar la exportación. Otorgó préstamos a pequeños agricultores para ayudarlos a equiparse. Instituyó un sistema de jueces que recorrían la campiña para facilitar la administración de justicia rápidamente y en el mismo lugar de los hechos.

Y todo esto lo hizo sin endeudar al Estado. Para financiarse contaba con varios recursos genuinos. Por de pronto tenía sus propias minas privadas en el Monte Pangeo y, créanlo ustedes o no, fue un "tirano" tan extraño que hasta estuvo dispuesto a poner plata de su propio bolsillo para darse el lujo de seguirlo siendo. Por el otro lado disponía de las minas de plata estatales del Laurio y las tasas cobradas a la actividad del puerto.

También instituyó un impuesto a la actividad agrícola pero parece ser que lo manejó con bastante elasticidad. Se cuenta de él que con frecuencia hacía giras de inspección por el interior del Ática. En una de esas oportunidades vio de pronto cómo un pobre campesino sudaba a más y mejor tratando de labrar un campo casi completamente lleno de piedras. Pisístrato, sin darse a conocer, se aproximó al labrador y le preguntó cuánto obtenía por su actividad. "Sólo un montón de dolores y penurias" — fue la respuesta — "y de eso, Pisístrato todavía se lleva el diez por ciento".

El tirano sonrió y no dijo nada. Pero una vez de regreso en Atenas ordenó que se le devolvieran al campesino todos los impuestos que había pagado. ¿Demagogia? Puede ser. Pero ¡cuantos demagogos jamás se dieron una vuelta por ahí para ver qué hace y cómo vive la gente que trabaja!

Por último, podrá sorprender a algunos pero en materia de política exterior la tiranía de Pisístrato se caracteriza por un prolongado período de paz. No hubo guerras con salvajes enfrentamientos ni demenciales proyectos de grandes conquistas. Hubo, eso sí, expediciones ambiciosas y exitosas hacia la región del Mar Negro de donde provenía gran parte de los granos que Atenas importaba.

Al final de su vida Pisístrato seguramente habrá podido sentirse razonablemente satisfecho. La Atenas que le entregó a la posteridad fue, sin duda alguna, muy diferente a la Atenas que tomó en sus manos. Todavía no era una Atenas famosa y prestigiosa. Militarmente seguía siendo bastante menos importante que Esparta. Cultural y comercialmente competía todavía con varias otras ciudades como Mileto o Corinto. Pero es totalmente innegable y desde todo punto de vista demostrado que la ciudad experimentó un tremendo desarrollo bajo su gobierno y que su época fue, en lo esencial, una época de paz y de prosperidad.

No en vano Aristóteles nos cuenta que muchos terminaron considerando los tiempos de Pisístrato como la Época de Oro de Atenas.

Aunque eso de las épocas doradas es siempre algo muy relativo. Generalmente se las designa según el color del cristal de quien las bautiza con ese nombre. En realidad, si uno rastrea un poco los documentos, se da cuenta de que hay muchas "Epocas de Oro" o "Siglos de Oro" dando vueltas por ahí, cada una de ellas bautizada así por un criterio diferente.

Pisístrato logró imponer un orden razonable en Atenas y, por sobre todo, consiguió hacer funcionar lo esencial del sistema político creado por Solón.

Murió en el 527 AC

Siempre he pensado que fue una verdadera lástima que Solón no viviese lo suficiente como para poder convencerse de que no estaba tan rematadamente loco como los atenienses lo acusaron de estarlo.

Aunque, claro. Lo de la locura fue antes de ponerlo entre los Siete Sabios de Grecia.

De Hipias a Clístenes

Después de la muerte de Pisístrato el poder quedó en manos de su hijo Hipias.

No fue un mal gobernante. Pero, por un lado, la cosa se le complicó en el frente interno; por el otro lado la situación internacional debido a la expansión persa comenzó a cambiar drásticamente; probablemente el hombre no tenía toda la energía y la determinación de su padre y, por último, también es posible que simplemente haya tenido bastante mala suerte en algunos casos.

Bajo su gobierno Atenas siguió prosperando y durante 13 años, aparte de las bataholas y los embrollos políticos usuales, la vida en la ciudad se desarrolló de un modo bastante normal. La cuestión se complicó mucho hacia el 514 AC cuando mataron a su hermano menor Hiparco.

El hecho fue realmente deplorable. La historia que nos cuenta Tucídides al respecto es un relato no demasiado edificante en el cual se entremezcla un crimen pasional entre homosexuales con una serie de motivaciones políticas como trasfondo. Aparentemente un tal Aristogitón estaba en pareja con otro joven de nombre Harmodio y ambos se ofendieron mortalmente cuando Hiparco cometió la torpeza de hacerle proposiciones no demasiado honestas a Harmodio. La cosa es que, para vengarse, la pareja reunió una pequeña patota y se urdió un complot para asesinar a los dos hijos de Pisístrato. Y la cosa salió mal. Consiguieron asesinar solamente a Hiparco. Los complotados fueron detenidos y tanto Aristogitón como su querido Harmodio terminaron ejecutados.

A pesar de estos episodios más bien sórdidos, Aristogitón y Harmodio pasaron más tarde a la leyenda democrática de Atenas como los *tyrannoktonoi* o "tiranicidas". La democracia ateniense les erigió dos estatuas en el Ágora y se los celebró en varios poemas como grandes libertadores.

No obstante, a partir de ese momento y nada sorprendentemente, Hipias endureció su posición. Era absolutamente obvio y transparente que el asunto, en el fondo, iba mucho más allá de una ardiente reyerta pasional.

El hecho es que, durante los primeros años de su gobierno, Hipias había tratado de hacer las paces con varios de los eupátridas que su padre había apartado, por las buenas y por las malas, de la vida política. Entre estas personas estaba la familia de los alcmeónidas, una estirpe oligárquica muy antigua que bastante tiempo atrás había tenido graves problemas en Atenas y a la cual pertenecía un buen hombre, de nombre Clístenes, quien dentro de poco desempeñará un papel muy importante en nuestro relato.

La cosa databa de alrededor del 632 AC cuando un tal Cilón había tratado de tomar el poder en Atenas para convertirse en tirano. No tuvo suerte. El bisabuelo de Clístenes desbarató el complot y los conspiradores se refugiaron en un templo. Los bandos negociaron. Al final, a los sediciosos se les prometió que, si salían, se les respetaría la vida. Pero hay promesas y promesas. El buen bisabuelo alcmeónida decidió que la suya no tenía por qué ser tomada tan al pie de la letra y los mató a todos ni bien los tuvo a mano.

Le erró al cálculo porque, si bien la traición no era para nada algo raro en la vida política normal de Grecia, había, con todo, ciertos límites que no se podían pasar. Y uno de esos límites era la santidad de los templos, especialmente los de Apolo que estaban bajo la protección de Delfos que, a su vez, era algo así como el Vaticano de la época. A raíz de lo acontecido y por indicación del Oráculo de Delfos, se pronunció una maldición sobre toda la familia y los alcmeónidas tuvieron que desaparecer de Atenas.

Volvieron recién en la época de Solón al que apoyaron con entusiasmo en todas sus reformas y el abuelo de Clístenes hasta participó luego, con tropas atenienses, en una "guerra santa" para proteger a Delfos del tirano de Sición. Una manera de quedar bien con los sacerdotes de Apolo y de convencerlos de que, bueno, lo de la maldición podía llegar a ser un ítem negociable a cambio de ciertos favores. La cuestión es que por lo visto, entre una cosa y otra, todo se arregló bastante amigablemente porque Delfos pasó lo de la maldición al archivo de los asuntos concluidos y Agariste, la hija del tirano de Sición terminó casándose con el padre de Clístenes.

Los alcmeónidas siguieron teniendo mala suerte, sin embargo. Si bien habían sido partidarios de Solón, no consiguieron colocarse en el bando adecuado cuando Pisístrato accedió al poder y, consecuentemente, Clístenes y su familia tuvieron que abandonar Atenas. Otra vez. Pero a la muerte de su padre, Hipias, como ya dijimos, quiso hacer las paces con sus ex—enemigos y no sólo permitió que la familia volviese a Atenas sino que hasta toleró que Clístenes fuese nombrado arconte en el 525 AC.

De este modo cuando trece años más tarde, luego del asesinato de su hermano, Hipias empieza a endurecer su gobierno, Clístenes y varios otros eupátridas consideran que ya no tiene mucho sentido mostrar un exagerado agradecimiento por pasados gestos de buena voluntad y tolerancia. Con la ayuda de Delfos y una muy conveniente alianza con Esparta, al final los eupátridas más recalcitrantes desalojaron del Poder a Hipias.

Pero los alcmeónidas realmente eran una familia con mala suerte. Si calcularon — como seguramente habrán calculado — que luego del derrocamiento de Hipias podrían encaramarse inmediatamente en el poder, pues, se equivocaron. Los golpistas más reaccionarios tejieron su propia conspiración, traicionaron a la conspiración original, e impusieron a un tal Iságoras como arconte principal.

A Clístenes no le quedó, así, más remedio que traicionar a los traidores y pasarse a la oposición. Y como el oficialismo de la hora era oligárquico y reaccionario, pasarse a la oposición significó tomar la posición contraria.

Por lo tanto, Clístenes se hizo democrático.

Desde el momento en que sintió arder en su pecho el fuego de esta nueva vocación política, tuvo más suerte. Consiguió construir una posición de poder y, hacia el 508 AC, decidió consolidarla reformando la reforma de Solón. Para ello, destruyó lo que había sido hasta ese momento el pilar de la organización social y política de los atenienses: la estirpe.

En efecto, hasta ese momento, la sociedad ateniense había estado organizada de acuerdo con lazos de sangre. La unidad política, social y económica de Atenas había sido la familia y los lazos familiares, como lo demuestra la propia historia de los alcmeónidas. La medida que Clístenes tomó fue la de suplantar, en lo político, esa organización tradicional por una organización de base territorial. A partir de su reforma, la representatividad política ya no estuvo basada en la pertenencia a un núcleo humano unido por lazos de sangre y una tradición común sino simplemente por el lugar de residencia. Trazó sobre el mapa de Atenas y sus alrededores algo prácticamente equivalente a lo que hoy son las circunscripciones electorales y organizó todo el resto de las instituciones políticas alrededor de esta nueva forma de representatividad.

Atenas fue dividida así en 10 "*phylae*" territoriales, cuya delimitación se estableció cuidando especialmente que en ellas los distintos estratos sociales quedaran convenientemente entremezclados. Cada una de estas circunscripciones eligió luego 50 representantes a la *Boule* que pasó a tener 500 miembros, cien más que el original Consejo de los Cuatrocientos establecido por Solón.

Aunque los arcontes siguieron existiendo — designados por la *Ecclesia* — el mando militar, antes confiado al Arconte Polermarco, fue entregado a 10 *strategoi* o estrategas designados por elección directa, normalmente a razón de uno por cada circunscripción electoral. Y para completar el cuadro, cada uno de los 10 distritos fue, a su vez, subdividido en *trittyes* o "tercios", uno interior, uno costero y uno urbano.

El corazón de toda esta complicada arquitectura política fue el *demos*. La palabra significa simplemente "la gente" y, por extensión, designa también el lugar en donde esa gente vive, es decir: el pueblo, la aldea, el barrio. Consecuentemente, cada uno de los 140 *demos* que componían el conjunto de Atenas y su radio de influencia terminó perteneciendo a una circunscripción y a un "tercio".

Y todo el sistema pasó a la posteridad con el nombre de democracia.

No deja de ser una de las grandes ironías de la Historia que esta construcción política fuese creada nada menos que por Clístenes, el descendiente de una rancia familia eupátrida de oligarcas, motivado en buena medida por el hecho de que los demás oligarcas le ganaron de mano cuando intentó conquistar el poder por otros medios.

Los demócratas

Temístocles

El gran inconveniente fue que, así como los alcmeónidas habían sido una familia con bastante mala suerte, la democracia fundada por uno de sus miembros tampoco nació bajo una estrella demasiado favorable. Porque ya estamos en el Siglo V AC y, como hemos señalado, este siglo es una época de tremendos conflictos: primero las Guerras Médicas entre griegos y persas, y luego la Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta.

El personaje que domina el escenario ateniense durante la primera parte de esta época es Temístocles.

Desde el principio, Temístocles tuvo un problema: su padre pertenecía a la aristocrática familia de los Licomidas, pero su madre no era una esposa legítima sino una concubina y, para colmo, parece ser que no solamente no era ateniense sino que posiblemente ni siquiera fue griega. La verdad es que Temístocles pudo ser considerado ciudadano ateniense solamente gracias a las reformas de Clístenes merced a las cuales todos los hombres libres de Atenas — es decir: no esclavos ni libertos — terminaron siendo ciudadanos. El ser hijo de un padre noble y de una madre de origen dudoso, hecho

ciudadano sólo gracias a una disposición legal, lo convirtió en esa especie bastardo social que no tiene una posición asignada por nacimiento sino que tiene que conquistársela a fuerza de tesón, méritos, ambición, suerte o intrigas. O bien, como sucedió con él, con una mezcla heterogénea de todo eso a la vez.

El hecho es que durante toda su adolescencia y juventud, su mayor preocupación fue la de destacarse, imponerse, y ser aceptado por sus compañeros eupátridas. En las afueras de la ciudad, existía un campo de deportes llamado de los Cinosargos. Sistemáticamente Temístocles instó a sus amigos aristócratas, cuya amistad procuraba y cultivaba en forma insistente, que fuesen a dicho campo para practicar deportes juntos.

Muy probablemente de esta época es que nace su amistad y rivalidad con Arístides. Una amistad juvenil surgida de las calaveradas propias de muchachos que no tienen mucho que hacer pero sí mucho tiempo para hacerlo. Y una rivalidad que pudo haber nacido, muy probablemente por algo de envidia por la nobleza auténtica de Arístides y, si hemos de creer a Plutarco, algo también por una competencia romántica tendiente a obtener los favores de Stesileo de Ceos, aparentemente un jovenzuelo de extraordinaria belleza.

Con tesón, dedicación, terquedad, obstinación, tenacidad y una buena dosis de arribismo Temístocles se hizo un lugar entre la *jeunesse doré* de lo mejorcito de la sociedad ateniense. Su compulsiva ambición de ser aceptado y admirado se hizo notar ya desde su juventud. Su maestro le dijo una vez: "*Tú, hijo mío, no serás nunca algo pequeño. Serás grande, de un modo o de otro; sea para bien o para mal*". Probablemente ese maestro fue Mnesifilo, uno de los primeros sofistas, y sus palabras resultaron proféticas. En ambos sentidos.

Siempre fue ávido de distinciones y de honores de una manera obsesiva, sin despreciar, por supuesto, el dinero que podía llegar a comprar una buena posición social. Pero le gustaba mezclarse con la gente, saludar a todo el mundo, presumir con su riqueza y hacerse popular a toda costa. El bastardo social buscó, con desesperación y durante toda su vida, ser aceptado y admirado

Con el tiempo, su ambición se vio favorecida por la situación internacional. El archienemigo de Grecia era Persia pero el gran problema residía en que elegir la mejor estrategia para enfrentar a los persas no era nada fácil. Y la decisión se complicaba más aún por la eterna dicotomía entre la tierra y el mar que, como vimos, tanto dividió siempre los criterios en Atenas. En efecto; la ciudad podía optar por construir un poderoso ejército o bien, por el contrario, desarrollarse como una gran potencia naval. Los eupátridas en general eran partidarios de la primer opción. El ejército era lo ancestral. Era lo que siglos de tradición habían consagrado.

Pero el Pireo, con sus ricos mercaderes, sus armadores, sus marineros y sus comerciantes fue de otra opinión. Según ellos, el eje del poderío estratégico no pasaba por la tierra sino por el mar. Allí estaban las rutas de comunicación, allí estaba el dinero, allí estaba lo que todos ambicionaban, por allí pasaba el grano proveniente de las regiones del Mar Negro que una población ateniense en constante crecimiento tanto necesitaba para alimentarse y sobrevivir. El rey persa no querría, en realidad, adueñarse de las pobres y bastante estériles tierras del Ática. No le hubieran servido prácticamente para nada útil. Lo que seguramente buscaría era lograr el dominio del mar para, así, controlar a todo el Egeo.

Temístocles consideró que la razón y, no en última instancia, también el dinero estaban de parte del Pireo. En consecuencia, se jugó por la apuesta naval y no es imposible que también lo hiciera porque todos sus competidores, su amigo Arístides inclusive, se jugarían por la alternativa terrestre y el demostrar que ellos estaban equivocados y que él tenía razón sería la mejor y más definitiva manera de impresionarlos.

En el 493 AC, habiendo sido nombrado arconte, impulsó la fortificación del Pireo convirtiendo al puerto de Atenas en una plaza militarmente defendible. Sorprendió y es probable que hasta escandalizó a varios de sus conciudadanos presentando su teoría de que Atenas debía abandonar su mentalidad terrestre para — según sus propias palabras, que nos han llegado gracias a Tucídides — "*hacer del mar su dominio*".

Pero cuando los persas llegaron, los dados de la diosa Fortuna rodaron en su contra; al menos al principio. Maratón fue una batalla terrestre y los atenienses la ganaron incluso sin la ayuda de los espartanos que llegaron demasiado tarde a la cita.

Así, no es de extrañar que después de Maratón, Temístocles rugía de rabia. Se dice que se puso tan verde de envidia a causa de la fama ganada por Miltíades que se pasó noches enteras sin dormir y de día deambulaba por ahí haciendo gala de un humor de los mil demonios. Cuando le preguntaron qué le pasaba respondió: "*el trofeo de Miltíades no me deja dormir*".

En consecuencia, una de las formas de disminuir y rebajar el triunfo de Miltíades habrá sido argumentando que, al fin y al cabo, Maratón no había sido más que una batalla; que era solamente el principio de la guerra y que lo peor todavía estaba por verse. Lo irónico es que, aún nacida de la más negra de las envidias, el argumento resultó correcto.

Hay que concederle a Temístocles que, más allá de sus ambiciones y motivaciones personales, fue uno de los pocos con suficiente lucidez como para ver que Maratón no significaría el fin de la guerra con Persia. En parte porque, por más que los persas habían sido derrotados, la contienda hasta ese momento había tenido lugar sobre el territorio de la Grecia Continental y el Imperio Persa estaba incólume. En parte porque, con eso, las colonias jónicas en el Asia Menor seguirían estando demasiado al alcance del poderío persa. Y en parte también porque la victoria de Maratón, digamos la verdad, había sido más bien el resultado de la buena suerte de Miltíades que había conseguido sortear con un ardid las flechas de los arqueros persas y no tanto la consecuencia de una auténtica superioridad militar por parte de Atenas.

Cuando los persas, diez años después de Maratón, volvieron a la carga, Temístocles ya había conseguido que los atenienses aceptaran la idea de construir una poderosa flota. Por supuesto que, para ello, necesitó dinero. En parte lo consiguió de los ricos mercaderes del Pireo. Pero propuso también que se invirtiese en armar la flota el producto de las minas de plata que Atenas tenía en el Laurio y que se solía repartir entre los ciudadanos cuando no había inversiones más urgentes para hacer. No es difícil imaginar que a muchos, especialmente a los partidarios del ejército, la idea no les gustó para nada. Según los testimonios de la época, muchos orgullosos hoplitas, acostumbrados a pelear a campo abierto, con sus escudos, sus espadas, sus lanzas y con los pies bien firmemente puestos sobre la tierra bufaban iracundos: "*nos ha quitado el escudo y la lanza para atarnos al banco y al remo*". Temístocles solucionó la cuestión, por lo menos en parte, otorgándole la ciudadanía a todos los marineros que necesitaba con lo que

muchos hoplitas quedaron liberados de servir en la armada. Eso es probable que acallara a los más refunfuñones. Pero aumentó todavía más la tensión político—social que tironeaba la estrategia ateniense entre la tierra y el mar.

Para colmo, las primeras alternativas de la segunda invasión persa no fueron nada favorables a los atenienses. La flota griega, construida en realidad entre gallos y medianoche a fuerza de discusiones y dinero, no podía compararse con la poderosa armada imperial persa. En las aguas relativamente abiertas de Artemisión no llegó a ser empleada porque pronto se hizo evidente que, de presentar batalla en ese lugar, sería pulverizada sin remedio. Los espartanos, por su parte, se batieron heroicamente en las Termópilas escribiendo allí una de las páginas más gloriosas de la Historia de Grecia y, acaso, de toda la Historia Universal. Pero no pudieron detener al enorme ejército persa conducido por Jerjes y la maquinaria bélica terrestre del imperio siguió avanzando.

Después de las Termópilas y por un buen rato la cosa fue de mal en peor. Los persas finalmente atacaron a la flota griega y en la escaramuza, si bien no hubo victorias decisivas para nadie, ambos bandos perdieron una buena cantidad de barcos. Mientras tanto, el ejército de Jerjes — con la ayuda de unos cuantos griegos del norte que traicionaron a sus coterráneos y se le unieron — marchó hacia el sur. Atenas tuvo que ser evacuada y su flota quedó estacionada en Salamina. Que era justamente el lugar en el que Temístocles quería tenerla. Pero, antes de poder librar la batalla decisiva que destrozaría el poderío naval persa, las tropas de Jerjes ocuparon Atenas y la incendiaron.

No obstante, de algún modo la victoria naval de Salamina terminó reivindicando a la marina y después, Platea terminó hinchando el orgullo de la gloriosa infantería de modo que al final, todos tuvieron razonablemente lo suyo. Temístocles se convirtió en el hombre del día y hasta terminó haciendo las paces con Arístides quien acabó por reconocer la importancia del poderío naval y se puso a construir la Liga de Delos.

Después de la guerra Temístocles se encontró en la cúspide de su gloria. Hasta los espartanos le rindieron honores. En las olimpíadas siguientes el público lo aplaudió a rabiar. Su ego, que ya de entrada era de un tamaño considerable, debe haber crecido hasta tomar dimensiones bastante insoportables durante esos días. Cuando un extranjero de la ciudad de Serifo

le sugirió que debía su fama más a la grandeza de Atenas que a sí mismo, le respondió: "*Absolutamente cierto. No hubiera sido jamás famoso si hubiese nacido en Serifo. Como que tú tampoco hubieses alcanzado mi fama de haber nacido en Atenas*".

Pero, a pesar de su egolatría y su vanidad, parece ser que el hombre no carecía tampoco de sentido del humor. A su hijo le solía decir, por ejemplo, que era el hombre más poderoso de Grecia y el argumento para probarlo resultaba poco menos que impecable: "*Porque los atenienses comandan al resto de los griegos, yo gobierno a los atenienses, tu madre me manda a mi y tú dominas a tu madre*".

Fue un hombre hábil y un buen estratega. Vio claramente las potencialidades marítimas de Atenas y lanzó a sus conciudadanos hacia el mar. Consiguió frustrar, incluso, a los espartanos con quienes ya empezaban las primeras rivalidades que luego desembocarían en la Guerra del Peloponeso. Los lacedemonios, que nunca habían fortificado a Esparta y que nunca la fortificarían porque eran de la idea que unos cuantos buenos guerreros serían siempre algo mejor que "un montón de ladrillos", no tenían ningún interés en que Atenas se rodeara de muros y defensas. Eso de hablar en forma despectiva del "montón de ladrillos" está muy bien pero, aun así, no es bueno ver que los potenciales adversarios se fortalecen al punto de volverse inexpugnables.

Sin embargo, Temístocles consiguió maniobrar hasta que logró fortificar a Atenas de la misma manera en que antes lo había hecho con el Pireo. Más todavía: no solo hizo eso sino que unió a Atenas con el Pireo y le dio al puerto tanta importancia que Atenas se convirtió en un puerto con una ciudad y dejó de ser una ciudad con un puerto.

Si hemos de creerle a Plutarco — y no tenemos muchos motivos para dudar de su palabra en esto — el peso político de Atenas "*pasó así a manos de marineros, armadores y capitanes*".

A partir de esta época, si alguien les habla de democracia en Atenas, antes de creer todo lo que dice vayan y échenle una mirada a lo que pasaba en el puerto. En la enorme mayoría de los casos encontrarán allí la explicación de por lo menos buena parte de lo que sucedió. Al igual que en nuestras democracias actuales, en el Ágora se discutía de todo y se hablaba de todo en

todos los tonos. Pero, con demasiada frecuencia, las verdaderas decisiones se tomaban en otra parte.

En cuanto a Temístocles, lo que lo perdió fue la vanidad y, no en última instancia, su bastante manifiesto amor por los lujos, las ostentaciones y, en última instancia, el dinero. Es un hecho que recolectó con mano de hierro el dinero de sus confederados. Por ejemplo, cuando arribó a la isla de Andros para colectar el tributo les dijo a los isleños que había traído consigo a dos diosas que garantizarían el pago: Persuasión y Fuerza. Lo que ayudó a los de Andros fue que ellos también habían hecho sus deberes teológicos y le contestaron que no podían pagarle porque, a su vez, tenían dos diosas que lo impedían: Pobreza e Imposibilidad.

No sé si eso impresionó demasiado a Temístocles. Pero el argumento es bueno.

Aún recolectando dinero para Atenas — y con seguridad, no sólo para Atenas — Temístocles terminó enfrentando las pretensiones políticas de los espartanos, lo cual hizo que éstos apoyaran a un tal Cimón en contra suya y en la batahola política que se armó alrededor de todo ello, los atenienses, en parte cansados de su obsesiva arrogancia y en parte quizás instigados por Cimón, lo mandaron al ostracismo. Es decir: hicieron con él lo mismo que él había hecho mucho antes con Arístides, cuando éste lo estorbó en sus planes para construir una flota. La vida tiene muchas vueltas.

Se fue a Argos.

Y empezó su mala suerte. Porque mientras estaba allí, se descubrieron las trapisondas de Pausanias. El héroe de Platea y regente de Esparta a causa de la minoría de edad del hijo de Leónidas, había decidido encarar algunas aventuras después de la guerra con los persas. Se fue hacia el norte y capturó Bizancio en el 478 AC. Allí, después de la dura frugalidad espartana, se acostumbró con nada sorprendente rapidez a la buena vida y a los lujos orientales y estalló tal escándalo que fue llamado de regreso a Esparta para enfrentar la acusación de traición. Consiguió que lo absolvieran. Pero no le restituyeron el cargo.

Cuando los atenienses se separaron de los espartanos después de formada la Liga de Delos, Pausanias volvió en forma privada a Bizancio y empezó a ver

la forma de quedarse allí para siempre. Convengamos que es un poco difícil volver a un campamento espartano después de haber gozado las delicias de un palacio bizantino, de modo que hasta aquí, yo no le echaría mucho en cara al hombre. El error feo lo cometió cuando, entre una cosa y otra, decidió comprometerse con los persas y hasta conspirar con ellos. Cimón aprovechó la excusa que se le ofrecía en bandeja, montó una expedición a Bizancio y echó a Pausanias de allí. Después de eso no es ningún milagro que volviese a ser acusado de traición por los espartanos. Conspirar con los persas y encima perder Bizancio a manos de los atenienses fue más de lo que cualquier estómago espartano podía soportar.

Pausanias, perseguido, se refugió en un templo. Sus perseguidores no eran alcmeónidas así que no lo mataron cuando salió. Los espartanos simple y limpiamente clausuraron el templo por todos lados y lo dejaron morir de hambre. La verdad: un triste final para el héroe de Platea.

Pero el de Temístocles, el héroe de Salamina, tampoco fue mucho mejor. Aparentemente, todo el *affaire* de Pausanias reveló una serie de documentos y cartas en las que el buen ex—hombre fuerte de Atenas tampoco quedaba demasiado bien parado. Tuvo que seguir huyendo. Se fue a la isla de Corcira y de allí siguió huyendo hacia Epiro; pero tenía tanto a los atenienses como a los espartanos sobre sus talones, así que terminó en el Asia Menor.

Allí él también se pasó a los persas, deambuló por diversas cortes ofreciendo generosamente traicionar a sus compatriotas a cambio de un poco de hospitalidad, aduló y se arrastró ante los soberanos de Persia hasta que al final consiguió que lo nombraran gobernador de la ciudad de Magnesia en donde el imperio le otorgó numerosos privilegios y donde terminó muriendo a la edad de 65 años.

Sus bienes fueron confiscados en Atenas, aunque sus amigos salvaron buena parte de su fortuna. Aún así, la parte confiscada fue una suma muy considerable. Y esto es significativo si tenemos en cuenta el testimonio de Teopompo según quien Temístocles no valía ni tres talentos antes de dedicarse a la política.

Decididamente, el hombre no hubiera sobrellevado con éxito un juicio de residencia.

¿Qué quieren que les diga? Insisto en que me quedo con Arístides. Por lejos.

Cimón

Y la verdad es que, entre el Pericles de la Guerra del Peloponeso y Cimón, también me quedaría con Cimón. Declaro mis simpatías de antemano para que nadie me acuse de estar queriendo engañar a alguien aquí. Aunque quizás la enorme mayoría de todos ustedes jamás escuchó hablar de él, pienso que fue una gran persona. Más aún: creo que fue el único en su época que entendió realmente lo suicida que resultaría en el largo plazo fomentar y atizar el enfrentamiento entre Atenas y Esparta.

Pero está visto que, para destacarse en política, no es suficiente con ser una gran persona. Y especialmente no lo es cuando uno tiene que lidiar con sujetos de la talla de un Temístocles y de un Pericles que podrán no ser todo lo trigo limpio que uno quisiera pero a los cuales tampoco se les puede negar una fenomenal dosis de auténtico talento. Un talento empleado no demasiado honestamente a veces, pero talento al fin.

Cimón es el hijo de Miltíades.

Su padre, el héroe de Maratón, terminó mal. Después de esa batalla se metió en una serie de aventuras disparatadas con final desastroso. Lo hirieron. Volvió a Atenas herido. Los atenienses le agradecieron los servicios prestados metiéndolo preso e imponiéndole una multa por un monto sideral. No llegó a pagarla. Murió de sus heridas en la prisión.

Antes de eso, por supuesto, se había casado con Hegesipila una princesa de Tracia, como correspondía a su status y posición social ya que su familia siempre había sido considerablemente rica, llegando incluso a ser rival de los alcmeónidas. El hijo de esta unión es Cimón, también llamado Cimón el Joven, para diferenciarlo de su abuelo paterno, una legendaria figura que en su tiempo había ganado tres veces la carrera de carros en las Olimpíadas.

Según los testimonios y la leyenda, Cimón era alto, apuesto, abierto, afable y muy directo; en una palabra: un tipo realmente simpático. Pero eso es según la leyenda. Según los bastante más áridos manuales de Historia Militar fue, con gran probabilidad, el mejor estratega que Atenas jamás tuvo.

Por de pronto, una de las áreas en donde reveló un fino sentido de estrategia fue en el de las relaciones familiares. Tanto como para limar asperezas y rivalidades, eligió por segunda mujer a Isodice, una alcmeónida. Y, además de eso, arregló el casamiento de su hermana con el hombre más rico de Atenas, después de lo cual pagó la multa que la ciudad había impuesto a su padre. Nada mal.

De cualquier forma que sea, su currículum militar es sencillamente impresionante. Después de un destacado comportamiento en Salamina lo eligieron estratega y lo continuaron reeligiendo anualmente. En el 478 AC, junto con Arístides, participa en la creación de la Liga de Delos, convirtiéndose en su principal comandante. Después de eso echa a Pausanias de Bizancio. Desaloja a los persas de las costas de Tracia. Destruye el nido de piratas de la isla de Esciro y trae en triunfo a Atenas los restos mortales de Teseo, el legendario rey de la ciudad. En 466 obtiene su mayor victoria: al mando de 200 barcos vence a la flota fenicia en la desembocadura del río Eurimedón y luego también a las tropas persas por tierra. Con ello el control persa sobre el Mediterráneo oriental queda fuertemente debilitado. Continúa limpiando a Tracia de persas. Impide la secesión de la isla de Thasos de la Liga bloqueándola por dos años hasta su rendición en 463 AC.

Antes que me olvide: una pequeña acotación. En el ínterin, hacia el 470 AC un marmolero de Atenas y una partera tuvieron un hijo. Lo llamaron Sócrates. Pero volveremos a él más adelante; por ahora sigamos con Cimón.

Después de semejante desempeño, a su regreso a Atenas, Pericles no tiene mejor idea que acusarlo de haber aceptado sobornos del rey de Macedonia. Fue absuelto, por supuesto, pero, en los turbios enredos políticos que promovió la acusación, su prestigio quedó herido ante la opinión pública. Que era exactamente lo único que con toda seguridad buscaban Pericles y sus seguidores. Cuando uno tiene la ambición de convertirse en primera figura no tiene mucho sentido dejar crecer demasiado a quienes le pueden hacer sombra. Y, de última, una zancadilla es un recurso bastante admitido en política.

Y la zancadilla tenía sentido porque el sustento político principal de Cimón, a pesar de su brillante desempeño naval, estaba entre los miembros de la infantería pesada, los hoplitas, desde el momento en que estos guerreros

provenían mayormente de — o se relacionaban con — las principales familias eupátridas. Y todo este sector de la sociedad ateniense no veía para nada con buenos ojos a quienes atizaban, fomentaban y promovían un constante enfrentamiento con Esparta. En esa línea de acción política anti-espartana, estaban comprometidos precisamente hombres como Efialtes y Pericles quienes se apoyaban en el dinero del Pireo, en el respaldo de los mercaderes y en el apoyo de las tripulaciones de los barcos como palanca política demagógica.

Así las cosas, en el 462 AC los espartanos se complicaron en el sofocamiento de una rebelión de ilotas en Mesenia. No pudiendo dominar la situación, pidieron ayuda. En contra de la opinión de Efialtes, Cimón consiguió imponer su criterio de ayudar a los espartanos. Es justamente el argumento que utilizó en esta ocasión lo que me ha convencido de que fue el único que, en medio de un belicismo interesado y un patrioterismo barato, vio claro y tuvo un cuadro geopolíticamente coherente de la situación. En contra de la opinión de Pericles y de todos los demás grandes políticos este avezado estratega le gritó a sus conciudadanos: "**¡Atenas y Esparta son una yunta de bueyes que deben trabajar juntos para el bien de Grecia!**".

¡Si lo hubieran escuchado! ¡Si realmente lo hubieran entendido todos; los espartanos inclusive! Muy distinta hubiera sido toda la posterior Historia de Grecia. Pero claro, meterse en este tipo de especulaciones es entrar en aquello de "qué hubiera pasado si no hubiera pasado lo que pasó". Y ésa es una de las especulaciones más estériles e inútiles que se pueda uno imaginar, por más fascinante que sea como ejercicio intelectual.

El hecho concreto es que en ese momento, en el 462 AC, prácticamente en la mitad del Siglo V, Grecia perdió la mejor oportunidad que jamás tuvo para convertirse en una verdadera potencia de envergadura relevante dentro del mundo antiguo. Y la razón de ello fue la mezquindad y la miopía de unos políticos que la Historia glorificaría más de 2.000 años después, exaltándolos y alabándolos por montar un régimen que, si uno juzga los hechos sin apasionamientos sesgados, es bastante obvio que terminó llevando a todos los griegos al suicidio de una Guerra Civil tan insensata como fatal.

Porque, por un muy breve tiempo, Cimón consiguió convencer a los atenienses de marchar junto a los espartanos. Hasta se presentó con 4.000 hoplitas. Pero en la batalla del Monte Itome los rebeldes no pudieron ser vencidos y los espartanos — seguramente calculando que Cimón no contaba con el suficiente respaldo en Atenas — desconfiaron de los atenienses y los mandaron de regreso a casa.

Esto, por supuesto, les vino como anillo al dedo a Efialtes, Pericles y los suyos. Inflaron el incidente hasta convertirlo en un "terrible insulto". Los mismos que nunca habían querido mandar a nadie a ayudar a Esparta desde el principio y en absoluto, de pronto se hicieron los mortalmente ofendidos de que los espartanos desconfiaran de ellos. ¡Como si las traiciones no hubiesen estado a la orden del día en Grecia! No hay nada que hacerle: la hipocresía es tan vieja como el andar de a pié.

Efialtes se convirtió en el hombre del día, Pericles en forma muy prudente prefirió seguir esperando un poco y la popularidad de Cimón en Atenas se derrumbó.

En las Historias convencionales encontrarán ustedes a Cimón retratado como un aristócrata partidario de los espartanos. Su cuna no es discutible pero esto tampoco refuerza demasiado los argumentos desde el momento en que ni Pericles ni la mayoría de sus demás rivales — excepto, quizás, Efialtes — provenía de un nivel social muy inferior al suyo. En cuanto a que era partidario de Esparta habría, por cierto, más de cuatro cosas para decir al respecto. Es absolutamente cierto que quería una alianza sólida con Esparta. No obstante, igual de cierto es que fue firme partidario de sostener y mantener el poderío naval ateniense. Como que lo comandó y le dio más de una victoria.

Su gran diferencia con Pericles fue que, mientras éste veía en Esparta a un rival a eliminar, Cimón consideraba a los espartanos como aliados naturales para que hicieran por tierra lo mismo que Atenas estaba haciendo por mar. Juntos podían construir un imperio. Separados se consumirían en rivalidades estériles. Tuvo razón. El despropósito político de considerar a Esparta como una potencia enemiga, llevó a la guerra a ambas ciudades y en esa guerra Grecia terminó perdiendo su oportunidad histórica.

A Cimón lo mandaron al ostracismo al año siguiente, en el 461 AC. Cuando, apenas cuatro años más tarde, ya estallada la guerra, espartanos y atenienses se enfrentan en la batalla de Tanagra, Cimón se presenta voluntariamente ante los estrategos y les solicita que le autoricen a combatir por Atenas. No le permitieron pelear por su ciudad y lo rechazaron. Ante ello, arengó a sus simpatizantes y seguidores pidiéndoles que la defendieran con honor y valentía.

No sé qué hizo Cimón después de eso. Pero sus hombres fueron y pelearon como se les había pedido.

Y murieron todos en combate.

Ante estos acontecimientos, el propio Pericles se vió prácticamente obligado a anular el ostracismo y llamarlo de regreso. Y Cimón volvió. Trabajó por la paz con Esparta. Consiguió establecerla al menos por un tiempo y le volvieron a dar el mando de una gran flota.

Murió poco más tarde a causa de las heridas que recibió en una batalla.

Y mientras esto sucedía, en Atenas la gran noticia era otro paquete de reformas políticas.

Efialtes

Los orígenes de Efialtes son oscuros. No sabemos gran cosa de él fuera de su trayectoria pública. Parece ser que era pobre y, según Claudio Aeliano, algo así como un filósofo. Lo primero aproximadamente concreto que sabemos de él es que en el 467 AC, más o menos por la época en que Cimón destruye la hegemonía naval fenicia que estaba al servicio de los persas, Efialtes ya es estratega y comanda una flota ateniense en el Egeo. Y lo otro bastante concreto que también podemos inferir con razonable seguridad de los hechos es que le sirvió a Pericles como palafrenero mientras éste se preparaba a subir al caballo de la política en Atenas.

Entre el 462 y el 461 AC, o sea coincidiendo con — o inmediatamente después de — la caída en desgracia de Cimón, Efialtes atacó al Areópago que, como recordarán ustedes era el cuerpo que reunía a los ex—arcontes en

forma vitalicia y que, en términos de alineamiento político, constituía uno de los últimos bastiones eupátridas.

A instancias de Efialtes, pues, las atribuciones del Areópago se recortaron y se potenciaron los pesos políticos de la Asamblea Popular o *Ecclesia*, la *Boule* (que desde el principio había sido instituida como rival del Areópago) y los tribunales legales. Con ello, según Diodoro, Efialtes "*persuadió a los miembros de la Asamblea a votar por el recorte del poder del Areópago y destruir las célebres costumbres que sus padres habían respetado*".

La reforma era básicamente inconstitucional, por supuesto — Diodoro la designa directamente como ilegal — pero, como bien sabemos, muchas cosas pueden ser inconstitucionales o ilegales hasta que no viene alguien y reforma la Constitución o las leyes. Después de eso, lo ilegal deja de serlo y lo inconstitucional se convierte en norma.

Un hecho no menor es que, una vez cumplida su tarea, Efialtes terminó asesinado en circunstancias muy poco claras. Los dedos acusadores de los historiadores apuntan, con casi total unanimidad, hacia los eupátridas desplazados. Pero, en un ambiente como el de la Grecia antigua uno nunca puede estar del todo seguro. Tampoco deja de ser cierto que las reformas y la muerte de Efialtes despejaron bastante el camino hacia el poder para Pericles.

Y lo cierto es que Pericles consolidó esas reformas.

O, por lo menos, le vinieron muy bien.

Pericles

Con Pericles tenemos de nuevo a otro noble eupátrida ocupándose de la democracia en Atenas. Su madre, Agariste, pertenecía a nuestra ya conocida familia de los alcmeónidas y era sobrina de Clístenes. Su padre, Xantipo, provenía de la misma familia a la que había pertenecido Pisístrato y poseía tierras en Colargo, una región al norte de Atenas. De ambos progenitores heredó una elevada posición social y de su padre es probable que heredara también la pasión por la política. Porque este Xantipo, es el mismo que fue enviado al ostracismo en el 484 AC y el mismo que encabezó la agitación

contra Miltíades forzándolo a Arístides impulsar el juicio contra el héroe de Maratón que se había metido en problemas con sus aventuras.

En adición a la política que le venía por tradición familiar, Pericles fue educado por los mejores maestros disponibles en su tiempo. De Damon, probablemente el mejor teórico de la música de su tiempo, aprendió el arte musical — y varias otras habilidades que se incluían en ese rubro por aquella época. De Zenón de Elea — prácticamente de la misma edad que él, de quien se decía que podía probar cualquier proposición como falsa y que es el autor de varias conocidas paradojas, entre ellas la de "Aquiles y la Tortuga" — aprendió a discutir y a utilizar la dialéctica.

Y debe haber sido un muy buen alumno porque uno de sus adversarios, para caracterizar su capacidad polémica, dijo de él: "*Cuando lo derribo, insiste en que no ha caído y por su poder de persuasión es capaz de hacerle creer a los espectadores que él es quien tiene razón, aún a pesar de lo que estos espectadores han visto con sus propios ojos*".

De Anaxágoras — que fue íntimo amigo suyo y el primero en destacar la importancia de la inteligencia en el universo — aprendió un comportamiento grave, majestuoso y sereno que le dio gran popularidad.

Plutarco nos cuenta que en una oportunidad, uno de esos sujetos molestos y persistentes que nunca faltan lo siguió durante todo el día y a todas partes, molestándolo con críticas e insultos. El individuo sencillamente no quería dejarlo tranquilo. Imperturbable, Pericles dejó que el hombre lo acompañase profiriendo sus exabruptos y cuando se hizo la noche, se fue a su casa y le ordenó a uno de sus esclavos que, con una linterna, escoltara al insufrible criticón a la suya; no fuese cosa que tuviera algún inconveniente en la oscuridad.

Ya adulto, fue un hombre corpulento y de elevada estatura. Conocemos su rostro gracias a un busto extrañamente realista esculpido por Cresilas, en el cual aparece con un casco que disimula su cabeza apepinada, una desproporción que le hizo cosechar más de una burla durante su vida. [12]

[12] Cratino, uno de los comediógrafos más populares de la época — a tal punto que su obra "La Botella" derrotó a "Las Nubes" de Aristófanes en el concurso escénico del 423 AC — con frecuencia tomó a Pericles como blanco de sus sarcasmos. "Y aquí, atención, viene nuestro Zeus cabeza de cebolla, con el Odeon por corona, ahora que el ostracón ha pasado a su lado". Con ello, en una sola simple frase, el dramaturgo ridiculiza la postura señorial de

Compensó esa deficiencia con una actitud pomposa y solemne que, entre muchas otras razones, hizo que su amigo Tucídides, el historiador, [13] dijera de él: "*gobernó Atenas como un rey*". Un rey algo extraño en todo caso, puesto que pasó a la posteridad como uno de los mayores demócratas.

Su carrera política comenzó al lado de Efialtes y en oposición a Cimón. No es de extrañar, pues, que mientras la estrella de Cimón subía y declinaba, Pericles se dedicara a construir su posición de poder en Atenas.

Su primer aparición pública se produjo hacia el 463 AC cuando lo acusó a Cimón de haber recibido sobornos — aunque en esto muy probablemente debe haber sido utilizado como "pantalla" por Efialtes y Arquestrato quienes eran los verdaderos impulsores de la iniciativa. La cuestión es que, después del apuñalamiento de Efialtes, la estrella de Pericles empieza a brillar en el firmamento político de Atenas. Y con él, la democracia ateniense se embarca en toda una serie de guerras y aventuras bélicas.

Durante la primer época de su reinado democrático, la estrategia de Pericles estuvo dirigida en forma manifiesta y decidida hacia la expansión del poder de Atenas en todas direcciones. El resultado de ello es una larga y aburridísima serie de campañas, batallas y conflictos en la cual se aprecia una política curiosamente similar a la que practicarían veinte siglos más tarde tantos líderes políticos europeos que, centrados en sus propios dominios con un criterio estrechamente chauvinista, llevarían a Europa a una serie de guerras y enfrentamientos que al final terminarían en dos Guerras Mundiales.

Pericles no llegó a tanto. La tecnología militar de su época todavía no permitía campañas de esa envergadura y Grecia continental todavía abarcaba solamente un pequeño rincón de lo que más tarde sería Europa. Pero el criterio es muy similar. Es el de querer hacer prevalecer a la parte por sobre el todo. Peor todavía: es el de no querer reconocer a la parte como tal e insistir en la pretensión ilusoria de que el todo debe aglutinarse a su

---

Pericles (con frecuencia comparada a la del Zeus Olímpico); su defecto físico; su pasión por la música (el Odeon, una de las obras preferidas de Pericles y construido por su iniciativa fue el teatro dedicado a representaciones musicales) y la suerte que, en un momento dado tuvo al salvarse de que lo mandaran al ostracismo.

[13]) Es mejor tener cuidado y no confundirse: hay dos Tucídides. Uno es el historiador. El otro es, Tucídides hijo de Melesias, un rival de Pericles que lo critica mucho y que al final termina — ¡adivinaron ustedes! — enviado al ostracismo en el 443 AC.

alrededor. Es el negarse tercamente a ver que Atenas era solamente una parte — una parte relevante, importante, notoria, todo lo que se quiera, pero tan sólo parte al fin — de una Grecia que la trascendía, del mismo modo en que otros hombres más tarde se negarían a ver que París, Londres o Berlín, más allá de sus gloriosas tradiciones y logros locales, fueron y siguen siendo tan sólo parte de una Europa que las trasciende y supera.

La lista de las crisis y guerras que se registran durante los quince años que median entre el 460 AC cuando Pericles accede al poder y la firma de la Paz de los Treinta Años en el 445 AC es realmente tediosa. En el 459 AC Pericles apoya a insurgentes egipcios en contra de Persia. Simultáneamente inicia un conflicto por tierra con Corinto, Epidauro y Egina. En el 457 se destaca en la batalla de Tanagra contra los espartanos quienes, si bien ganan la contienda, no explotan la victoria, probablemente especulando con que la política de acercamiento y pacificación de los partidarios de Cimón rinda sus frutos. Pero los espartanos le erraron al cálculo. En el 455 AC los atenienses saquean Laconia y ocupan Naupacto sobre el Golfo de Corinto. En el 454 Pericles prosigue la guerra pero en el 453 se sabe que la aventura en Egipto terminó en un fracaso, con lo cual se ve obligado a llamar de regreso a Cimón y a establecer la paz con Esparta sobre la base del *status quo* del 451 AC. Lo incómodo para Pericles en esa ocasión fue que los espartanos no quisieron negociar con él y solamente estuvieron dispuestos a hacerlo con Cimón, el único al que respetaban.

Tardíamente, luego de lograr un arreglo con los persas, Pericles intenta armar un Congreso Panhelénico en Atenas para concertar la reconstrucción de Grecia después de la devastación por las continuas guerras. Pero esta jugada no tiene éxito. Todo el mundo en Grecia sabe que las guerras estuvieron impulsadas más por el expansionismo de la democracia ateniense que por el belicismo militarista espartano. El proyecto fracasa porque los espartanos, nada sorprendentemente, no creen en él.

Para Pericles, la situación se complica. Los Beocios se rebelan contra la dominación ateniense y en el 447 AC aniquilan al ejército enviado a reprimirlos. La rebelión se expande a Focea, Locris y Eubea. Por su parte, Megara masacra la guarnición ateniense estacionada en la ciudad. El ejército espartano penetra en el Ática hasta Eleusis. En la crisis, Pericles, probablemente mediante sobornos, induce a los espartanos a retirarse. Reconquista Eubea pero debe dar por perdidas las demás posesiones.

En el 445 AC se firma finalmente, la "Paz de los 30 Años" entre Atenas y Esparta con la cual Atenas renuncia a su hegemonía en Grecia Continental.

Después de estos no demasiado brillantes logros en sus campañas por tierra Pericles decide orientarse hacia el mar, con proyectos que incluyen hasta expediciones al Mar Negro. Su política ahora es la de convertir en súbditos a los otrora aliados de la Liga de Delos. Como recordarán ustedes, esta Liga había surgido como iniciativa de Atenas para enfrentar a los persas. Los miembros de la Liga se habían comprometido a aportar fondos para mantener una fuerza capaz de oponerse a la persa. Al principio, al dinero lo administró el intachable Arístides pero luego, con el correr de los años el manejo de los fondos fue degenerando. Lo que había comenzado como una contribución voluntaria terminó siendo un aporte obligatorio exigido por Atenas. Por otra parte, también hay que señalar en honor a la verdad que, una vez alejada la amenaza persa, varios miembros de la Liga poco a poco acordaron — y hasta en algunos casos prefirieron — enviar dinero en lugar de soldados. El conocido principio aquél de que "*si no puedes vencerlos, sobórnalos*" ya funcionaba, y de modo bastante bien aceitado, en aquellos tiempos.

Pericles usó buena parte de estos fondos para financiar ambiciosas obras públicas en Atenas. Según Plutarco, los hombres más honorables de la ciudad "*... objetaron vehementemente esta utilización del dinero diciendo que los aliados tendrían razón al considerarlo un acto abierto de tiranía cuando viesen que el dinero recolectado para la guerra era utilizado para adornar a Atenas como una prostituta*". Pero Pericles convenció a los atenienses de que, en realidad, se merecían el dinero. El secreto estaba en que con él se creaban muchos puestos de trabajo y así una gran cantidad de artesanos, artistas y operarios — además de los marineros y otros soldados — le debieron su paga a Pericles con lo que más de media Atenas terminó teniendo sumo interés en la continuación de esta política ya que casi todo el mundo trabajaba en alguno de sus grandes proyectos.

Gracias a Plutarco tenemos un cuadro bastante claro de cómo funcionaba esta temprana versión de una política de pleno empleo. El mecanismo básico partió del hecho que el Estado tenía mucha plata para gastar. Tradicionalmente, ese dinero se habría repartido entre los ciudadanos pero Pericles introdujo una importante innovación: en lugar de distribuirlo en

forma prácticamente gratuita, decidió invertirlo en ambiciosas y lujosas obras públicas. Con ello dio trabajo a carpinteros, fundidores, herreros, albañiles, orfebres, talladores de marfil, bordadores, torneros, transportistas, mercaderes, marineros, armadores, conductores de carretas, criadores de bueyes, fabricantes de sogas, tejedores, curtidores, mineros, constructores de caminos y cada uno de estos oficios, a su vez, daba trabajo a todo un ejército de trabajadores no calificados para la realización de las tareas más variadas. Las cuales, por su parte, requerían ingentes cantidades de mármol, piedra, bronce, marfil, oro y madera de ciprés y ébano. [14]

Pero, además de este efecto multiplicador de orden económico—laboral, también es preciso destacar que las obras proyectadas eran de una extraordinaria belleza. Esto terminó generando una competencia vivaz, y casi deportiva entre todos los involucrados, donde cada uno rivalizó con el otro para destacar la excelencia de su oficio y la perfección de su trabajo. En buena medida esto contribuye a explicar un fenómeno que siempre ha despertado la curiosidad y el asombro de los arquitectos e ingenieros civiles hasta el día de hoy. Me refiero a la relativamente enorme velocidad del avance de las obras con la que construcciones que bajo circunstancias normales se hubieran estirado quizás por todo un siglo fueron prácticamente completadas en el corto lapso de una sola generación.

Una de las primeras obras terminadas fue la larga muralla central que servía a la fortificación de Atenas y que fue un trabajo dirigido por Callícrates. En asociación con Ictinos — quien probablemente actuó más como artista y diseñador — este ingeniero civil contribuyó también a la construcción del Partenón y otros templos, como por ejemplo el Atrio de los Misterios en Eleusis, consiguiendo solucionar el bastante difícil problema de encontrar la forma de techar un espacio lo suficientemente amplio como para dar cabida a una gran cantidad de personas sin utilizar cúpulas, ni domos, ni arcos, ni columnas internas que interrumpiesen la visual.

Otra obra muy interesante y, según se dice una de las favoritas — si no la favorita — de Pericles fue el Odeon, esa gran sala de conciertos construida para llevar a cabo certámenes y conciertos de canto, flauta y lira.

[14]) Cf. A. R. Burn, Pericles and Athens (New York: Collier Books, 1966).

El resultado de toda esta actividad fue indiscutiblemente hermoso. Lo que nos ha quedado de la Atenas clásica seguramente no despertaría la admiración de millones de turistas de no ser por las obras construidas por iniciativa de Pericles. Que buena parte de esas obras fue posible gracias al dinero exprimido de los tributarios y resultase invertida no sin una buena dosis de cálculo político, todo eso no quita absolutamente nada de su valor estético.

Sin dinero, sin poder y sin algo de látigo no es posible imaginar una sola gran obra arquitectónica en toda la superficie del planeta. Desde las pirámides egipcias, pasando por las catedrales góticas y terminando por el túnel vial ferroviario bajo el Canal de la Mancha. Para no hablar de los enormes gasoductos construidos por los comunistas soviéticos gracias a los cuales ahora media Europa capitalista cocina sus alimentos y calienta su trasero en invierno.

Por otra parte y complementariamente, Pericles adoptó la estrategia de hacer un uso intensivo de la clerucía, impulsando la creación de colonias de clerucos por toda el área de influencia de Atenas. Si bien esta política tampoco estuvo exenta de sangrientos conflictos — como, por ejemplo, la rebelión de Samos del 440 AC que pudo ser sofocada sólo con bastante trabajo — el hecho es que el colonialismo de la democrática Atenas se extendió a Chersonea (Tracia — 453—452); Lemnos, Imbros, Naxos y Eretria (antes del 447 AC); Brea (Tracia — 446 AC); Oreo (445 AC); Amiso y Astaco en el Mar Negro (después del 440 AC) y Egina (431 AC). Y esta lista es sólo parcial.

La otra gran innovación de Pericles es la del pago por la participación en los asuntos públicos. A partir de esta época, la actividad política dejó de ser un servicio prestado por los ciudadanos al Estado en forma gratuita y más o menos patriótica. Los jueces recibieron entre 1 y 2 óbolos por día desde el 451 AC en adelante. Los soldados, además de lo que ya recibían por tradición, cobraron 3 óbolos adicionales. Se pagó a los arcontes y a los miembros de la *Boule* por sus molestias. Con el tiempo se llegó a la remuneración de todos los cargos públicos e, incluso, al pago de dietas por la asistencia a la Asamblea. Aristóteles calculó que, entre una cosa y otra, unos 20.000 ciudadanos recibían algún tipo de remuneración de la polis. Teniendo en cuenta que el total de ciudadanos rondaba los 40.000 no es

ninguna exageración decir que algo así como el 50% de la ciudadanía terminó recibiendo dinero del Estado, ya sea por un concepto o por otro.

Plutarco es bastante severo con él al respecto: "*Por las medidas que introdujo, los atenienses fueron transformados de gente sobria y frugal que se mantenía por su propio trabajo, en inescrupulosos e indolentes adictos a los fondos públicos.*"

Si bien las sumas, individualmente consideradas, no representaron una fortuna, ni mucho menos, estos montos relativamente pequeños multiplicados por 20.000 por fuerza deben haber representado un gasto nada irrelevante para el Estado. Un gasto que, obviamente, tuvo que ser cubierto por ingresos provenientes de otra parte. Además, la sola idea de que la participación en política fuese una actividad rentada introdujo una principio nefasto en la vida pública griega. Porque, si bien el argumento de justificar las dietas por la intención de que hasta lo pobres tuviesen oportunidad de participar en política puede parecer razonable a primera vista, lo que sucedió es lo que siempre sucede en estos casos: una vez que uno empieza a pagar por algo, el principio queda establecido. El precio y el detalle de los servicios prestados, en todo caso, siempre se puede negociar después…

A todo esto debemos sumar una medida adicional: la apertura del arcontazgo a los *zeugitas* y a los *tetes*, es decir: a los ciudadanos de la tercera y cuarta categoría. Siguiendo la política de Temístocles que le había concedido la ciudadanía a los *tetes* cuando necesitó marineros para tripular su flota, y a la de Efialtes que amputó las atribuciones del Areópago — la institución que reunía a los ex—arcontes — Pericles hizo que el cargo de arconte pudiese ser desempeñado por individuos provenientes de las clases más bajas de la sociedad ateniense. La medida ha sido universalmente aplaudida por su evidente contenido democrático. Lo que ya no se analiza con tanto detalle es el valor de esa medida como jugada política en sí misma y, sobre todo, se callan las consecuencias que tuvo. Porque, por un lado, es bastante obvio que con ella Pericles actuó para consolidar su propia posición de poder al ampliar en forma considerable su base de sustentación popular. Por el otro lado, no menos obvio es que se consiguió el apoyo de muchísima gente que en realidad no entendía un rábano de las complicadas maniobras de política interna y exterior que se estaban llevando a cabo pero que

seguramente votaría a favor de las iniciativas de quien tan generosamente les había abierto las puertas del poder político.

El otorgarle poder a los ignorantes es un recurso aceptable mientras esos ignorantes tengan un buen líder a quien seguir. El problema se presenta tan sólo cuando el líder se muere o desaparece y, por esos caprichos del destino, el poder termina quedando en las manos de los ignorantes.

..*.*.*.*.*

En el 433 AC, debido a su ambición por expandir su poder colonial por el Mediterráneo occidental, Atenas llega nuevamente a una situación de enfrentamiento con Esparta.

El asunto había comenzado el año anterior a raíz de una pelea con Corinto por una cuestión con la ciudad de Potidea. Este conflicto sería para nosotros uno más entre tantos otros de no ser por un hecho que nos interesa en especial. En él Sócrates combate distinguiéndose por su valor y es protagonista de un acto heroico que lo ennoblece pero que, con el correr de los años, se convertirá en una desgracia histórica: le salva la vida a uno de sus discípulos.

Aunque, está bien, seamos justos, el discípulo le salvará la vida a él tiempo después, de modo que algo de reconocimiento le debemos. Probablemente es una de las pocas cosas verdaderamente útiles que el sujeto hizo en toda su vida.

El discípulo se llamaba Alcibíades.

En cuanto a Pericles, por esos vericuetos que suele tener la política exterior, de pronto prohíbe en Atenas la importación de bienes procedentes de Megara para castigar a esta ciudad por su alianza con Corinto. El conflicto debió haber sido arbitrado por Esparta pero resultó que el embajador ateniense en Megara fue asesinado y Pericles rápidamente acusó del hecho a los megarenses. Nadie le creyó. Más aún: Megara lo acusó a su vez del asesinato porque todo el mundo estaba convencido de que quería una guerra con Esparta.

Y la quería porque la necesitaba.

La razón de ello es que, por esta época, Pericles estaba en una situación muy complicada. Tenía que enfrentar fuertes críticas políticas, le habían armado toda una serie de escándalos públicos y, para colmo, quedó mal parado por una cuestión familiar bastante delicada.

Pero vayamos por partes.

Es sabido que en política uno, en principio, puede colocarse a la derecha, al centro o a la izquierda y hasta en alguna posición intermedia, dado el caso. Pero también es sabido que este posicionamiento rara vez es definitivo y a la larga resulta harto poco definitorio. No importa cuan a la derecha te coloques, siempre aparecerá alguno que querrá ser más hiperpatriota que los patriotas y terminarás acusado de traidor a la patria. Del mismo modo, si te colocas a la izquierda, no faltará quien se posicione a la izquierda de tu izquierda para acusarte de cerdo burgués capitalista. Y no creas que ocupando el centro estarás a salvo porque, en esa ubicación es donde en realidad todos quisieran estar, sobre todo aquellos que han sufrido algunos años de desgaste político, no importa de cual utópico extremo hayan partido.

En esencia, esto fue lo que le pasó a Pericles. Como líder de los demócratas se había ubicado a la izquierda de los ultraconservadores pero, de pronto, se encontró con que entre las clases más bajas surgía y se hacía cada vez más fuerte la voz de unos ultraizquierdistas demagogos. Con lo cual quedó desplazado hacia ese centro que todos ambicionaban y tuvo que enfrentar la dura realidad de recibir sopapos de todos lados.

Los demagogos comenzaron a acusarlo de autócrata, resucitando para ello su filiación paterna y recordando de pronto que los pisistrátidas — como el nombre lo indica — eran en realidad descendientes del tirano Pisístrato. Pero eso sólo fue el principio porque, obviamente, el asunto no terminó allí.

Alguien de pronto se acordó de que Fidias era su amigo. Porque resultó ser que Fidias estaba esculpiendo la famosa estatua de Palas Atenea la cual habría de estar enteramente cubierta de oro. Nada más a mano, pues, que acusar a Fidias de haberse quedado con parte de ese oro. Lo acusaron, pues. Y no tuvieron suerte. Fidias había, de algún modo, olfateado lo que tramaban contra él y consiguió tomar sus medidas para refutar a sus

acusadores. Pero eso fue tan sólo la primera vez. La siguiente ya no tuvo tanta suerte.

Lo volvieron a acusar, esta vez de impiedad por haber representado su propio rostro — y probablemente también el de Pericles — sobre el escudo de Atenea. Consiguieron meterlo en prisión. Después de eso no sabemos muy bien qué pasó con él. Según algunos, murió en la cárcel. Según otros terminó exiliado. El hecho es que con él, Pericles perdió a uno de sus más valiosos colaboradores; al que había sido el director artístico de buena parte de su ambicioso programa de obras públicas.

Otra operación estuvo dirigida contra su íntimo amigo Anaxágoras. El filósofo era de Clazomene y había llegado a Atenas hacia el 480 AC. En una de sus teorías, tuvo la osadía de afirmar que el sol no era más que una piedra incandescente, más grande que todo el Peloponeso. Eso resultó ser políticamente muy incorrecto, especialmente proviniendo de un extranjero que, para colmo, era amigo del hombre fuerte de la ciudad. Lo acusaron de impiedad y, aunque Pericles con la ayuda de su mujer consiguieron salvarle el pellejo, el filósofo tuvo que huir de Atenas y pasó los últimos años de su vida en Lampsaco.

Pero la más peligrosa de las ofensivas se suscitó por una cuestión de polleras en la cual se puede apreciar la enorme hipocresía de un ambiente en el cual, a pesar de que la homosexualidad y hasta la pederastía estaban tan extendidas que constituían costumbres universalmente aceptadas, era factible, sin embargo levantar la bandera de la moralina burguesa siempre y cuando la insignia quedara debidamente santificada por motivos políticos.

Pericles, en efecto, tuvo dos mujeres en su vida. De la primera sabemos desgraciadamente muy poco más allá de que era rica y de buena cuna. Pericles se casó con ella cuando él tenía alrededor de 20 años y, después de 10 años de matrimonio, se divorciaron. Aproximadamente unos 20 años más tarde, ya frisando los 50, llevó a su casa a otra mujer, una extranjera oriunda de Mileto, muy conocida en toda la ciudad, de nombre Aspasia.

Cuando señalo que Aspasia era muy conocida en todo Atenas, por favor, quisiera que entiendan esto en forma literal. Y lo digo porque la señora, muy conocedora del oficio femenino más antiguo del mundo, supo regentear una especie de prostíbulo. En otras palabras, fue lo que los griegos llamaban una

hetaira. Pero aquí, para hacerle justicia, deberíamos hacer algunas precisiones.

La primera de ellas es que una *hetaira* no debe ser confundida con una prostituta de la calle. En absoluto. Para encontrar algún paralelo, deberíamos pensar en algo así como las *geishas* japonesas o, en su defecto, en las cortesanas de alto vuelo de las monarquías europeas. En segundo término, deberíamos saber que eran hermosas y Aspasia, según se dice, era bellísima. Pero, además de eso, las *hetairas* de Atenas no estaban, en absoluto, relegadas a algún callejón oscuro subrepticiamente visitado por adolescentes sexualmente inexpertos, adultos insatisfechos o ancianos libidinosos. Todo lo contrario.

Para empezar, por regla general eran extranjeras. Vivían en casas relativamente lujosas, a veces solas, a veces en grupo, gozando de una libertad incomparablemente mayor a la del común de las demás mujeres atenienses. Muchas de ellas fueron destacadamente inteligentes y cultivadas. Aspasia, por ejemplo, dialogó más de una vez con Sócrates que no desdeñó su compañía en absoluto y el hecho no debe interpretarse como algo extraordinario porque los domicilios de las *hetairas* eran asiduamente frecuentados por hombres casados y nadie jamás se escandalizó por ello. Más aún: con frecuencia se las contrató para animar simposios y otros acontecimientos sociales del más alto nivel.

Cierta literatura ha querido presentar a Aspasia como una especie de líder feminista en la Grecia Antigua. Por desgracia, me temo que no hay una base demasiado sólida para documentar tal pretensión. Lo único que sabemos con certeza es que fue famosa por su hermosura, por su inteligencia, por su cultura y, no en última instancia, también porque consiguió terminar durmiendo en la cama del hombre más importante de su tiempo. Un hombre sobre quien, sin duda, ejerció una poderosa influencia y con el cual deben haber formado un formidable equipo. Porque, por todo lo que podemos saber, Aspasia y Pericles se amaron profunda y sinceramente; a punto tal que escandalizaron a toda Atenas, no tanto por su matrimonio sino por el manifiesto apego que ambos se tenían. Por ejemplo, fue muy conocida y comentada la costumbre de él de — ¡imagínense ustedes la impudicia! — darle un beso a ella al salir y otro al regresar a casa.

Al parecer las demás esposas atenienses no gozaban de este tipo de privilegios. ¿O eran los hombres quienes no conseguían hacerse merecedores de ellos? Bueno, la verdad es que no lo sé pero, en todo caso, la envidia debe haber sido colosal.

Y en un momento dado esa envidia resultó funcional a ciertos objetivos políticos. Aspasia fue acusada de ser irrespetuosa para con los dioses. En otras palabras: el viejo truco de la impiedad, usado esta vez como tiro por elevación contra Pericles quien, más que obviamente, era el verdadero objetivo. En honor del hombre hay que decir que se portó como un verdadero caballero. Salió y defendió públicamente a su mujer que, siendo extranjera, no hubiera podido hacerlo por cuenta propia. Y lo hizo bien. Tan bien que la acusación al final no prosperó y los promotores del asunto tuvieron que embolsar una derrota.

Pero la victoria de Pericles tampoco fue completa. La situación se le complicó, no por parte de Aspasia que le fue fiel y leal hasta el fin, sino debido a que sus enemigos no aflojaron y continuaron el ataque reflotando la vieja cuestión de los dineros públicos gastados en las grandes obras de Atenas. Se pasó una resolución especificando que Pericles debería rendir cuentas en forma exhaustiva de la forma en que había obtenido y gastado esos fondos.

Esa cuestión, especialmente teniendo en cuenta todas las anteriores, ya resultaba mucho más delicada de manejar, por decir lo menos. En consecuencia, no quedó más remedio que pensar en una buena guerra y rogar a todos los dioses que los atenienses se olvidaran del asunto en medio del fragor de las batallas.

No iba a ser la primera vez — ni ciertamente sería la última — en que un político inventa una guerra para sacar el cuello de una posición altamente comprometida.

Hacia el 433 AC las finanzas del imperio ateniense fueron puestas al servicio de la maquinaria bélica. Después del asesinato del embajador ateniense en Megara los hechos se fueron precipitando. Todo el mundo sospechó que la ofensiva contra Megara era solamente parte de algo mucho más amplio en la mente de Pericles y las sospechas no tardaron en confirmarse. Los espartanos reaccionaron convocando un Congreso Peloponésico al año

siguiente. En el mismo se decidió enfrentar a Atenas ya que todos estaban convencidos de que Pericles buscaría la guerra porque, sencillamente, no podía darse el lujo desistir del conflicto.

Para tratar de salvar la paz — o al menos la cara — Esparta exige la expulsión de la familia de los alcmeónidas de Atenas. Un claro y no demasiado diplomático tiro directo contra el mismo Pericles quien, como sabemos, pertenecía a esa familia. En Atenas, la exigencia es, por supuesto, rechazada y las hostilidades comienzan en la primavera del año 431 AC.

La Paz de los Treinta Años había terminado.

..*.*.*.*.*.*

La guerra así desatada nos ha sido relatada en detalle por Tucídides. Si les interesa, pueden consultar su *Historia de la Guerra del Peloponeso* pero les prevengo desde ya que, si no tienen un especial interés por las mil alternativas de toda una serie de hechos militares, ésta, al igual que muchas otras, les resultará mortalmente aburrida. En realidad, todas las guerras son así: por desgracia mortales para la mayoría de quienes participan en ellas y no menos letalmente fastidiosas para quienes tienen que estudiarlas varios siglos más tarde. Es como si algunos políticos, no contentos con mandar sus contemporáneos a la muerte, todavía sintiesen un siniestro placer en atormentar a los estudiantes de Historia de las generaciones posteriores haciendo de sus aventuras bélicas algo tan monótono, reiterativo y tedioso que hasta las fechas y los lugares se recuerdan con dificultad.

Por lo tanto, a nosotros nos alcanzará con saber que durante esa guerra, Pericles solamente se interesó por defender la ciudad, abandonando las tierras circundantes a su suerte. Los dueños de estas tierras podían ver, desde detrás de los muros de Atenas, como sus propiedades eran devastadas por los invasores. Los atacantes llegaron a cortar árboles y destruir propiedades para provocar a los atenienses a salir de la ciudad y presentar batalla. Pero Pericles prefirió mantenerse adentro y apostar su suerte a la flota. Respondiendo a sus críticos, argumentaba, no sin una buena dosis de realismo práctico: "*Los árboles volverán a crecer. Los hombres muertos no lo harán*".

En este contexto, al final del primer año de la guerra — es decir: a principios del 430 AC — es que Pericles pronuncia su más conocida pieza de oratoria: su famoso discurso fúnebre en honor a los caídos en combate por Atenas y en el cual apela al orgullo de sus conciudadanos exaltando las bondades de la democracia.

Con este bendito discurso tenemos unos cuantos problemas.

Por un lado ha sido usado y abusado como testimonio de lo que fue y significó la democracia ateniense. Por el otro lado, sabemos que Tucídides — si bien es aceptablemente imparcial y veraz como historiador — no sólo era íntimo amigo de Pericles sino, además, un autor al que le encantaba poner grandes discursos en boca de los personajes cuya vida relataba. De modo que, si vamos a lo concreto, no sabemos muy bien si el discurso fúnebre de Pericles que conocemos es realmente el discurso de Pericles, o más bien el discurso que a Tucídides le hubiera gustado escuchar de boca de Pericles. O sólo lo que Tucídides quiso recordar de todo lo que Pericles dijo en aquella ocasión.

Para colmo de males, lo tenemos también a Platón quien nos cuenta que la célebre alocución fue, en buena medida, pergeñada nada menos que por Aspasia; algo que tampoco podemos desechar del todo conociendo el indiscutido talento de la mujer y la relación realmente estrecha y firme que tenía con su marido.

Y encima de todo esto, tenemos el problema de los traductores que, en una gran cantidad de casos, han tomado el griego antiguo original y lo han vertido a algún idioma contemporáneo cuidando con gran celo que el resultado de la traducción se adapte deliciosamente bien a nuestra harto dogmática interpretación de la democracia actual.

Pero, sea como fuere, de lo que a ningún político con dos dedos de frente le puede caber duda alguna es que se trata de una pieza de propaganda política que sólo en forma muy tangencial constituye un testimonio acerca del verdadero funcionamiento del régimen ateniense.

Por de pronto, el discurso está prolija, cuidadosa y muy eficazmente construido. No son las sentidas palabras de un viejo comandante que despide a sus soldados caídos. No son tampoco los conceptos emocionados

de un gran patriota que siente arder en su pecho el dolor por la muerte de aquellos que quedaron para siempre sobre los campos de batalla. El discurso es, por el contrario, el de un muy hábil político que sabe que todo el mundo lo está mirando y que aprovecha la oportunidad con sumo cuidado para lograr un impacto favorable en el auditorio.

Comienza con una excusa en la que se expone lo difícil que es hablar de los caídos en una guerra. Le sigue la casi obligada referencia a la gloria de los antepasados y, a continuación, esa gloria es inmediatamente enganchada al régimen político imperante cuya apología es la parte central del discurso. Y, naturalmente el final es otra sentida referencia a los muertos más algunas palabras de consuelo a los deudos.

La transición que establece la relación entre las glorias pasadas y el régimen político actual es impecable y queda planteada en un solo, elegante, párrafo: "*Pero cuál fue el camino por el que llegamos a nuestra posición; cuál es la forma de gobierno que permitió volver más evidente nuestra grandeza; cuáles los hábitos nacionales a partir de los cuales ella se originó; éstos son los problemas máximos que intento dejar en claro, antes de proseguir con el panegírico de todos estos muertos.*"

Con ello llegamos al corazón del discurso en donde se nos afirma que Atenas se hallaba regida por un sistema de gobierno del cual se dice que "*Su gestión favorece a la pluralidad en lugar de preferir a unos pocos. De ahí que la llamamos democracia.*"

Eso, según uno de los traductores. En cuanto a otro traductor, el pasaje debería decir: "*En cuanto a su nombre, al no ser objetivo de su administración los intereses de unos pocos sino de la mayoría, se denomina democracia* ". Otro más [15], traduce por: "*En cuanto al nombre, puesto que*

[15]) Antonio Arbea G., profesor de Lenguas Clásicas de la Universidad Católica de Chile. Aunque, para ser justos debemos agregar que este último tiene — ¡por fin! — la honestidad de aclarar en una extensa nota al pie que: "*Desde antiguo, al parecer, llamó la atención esta definición de democracia, y ya un par de manuscritos medievales corrigieron el texto griego tradicionalmente transmitido, cambiando oikeîn por hékein, de modo de hacerlo decir: "...puesto que la administración está en manos de (en vez de: se ejerce en favor de) la mayoría y no de unos pocos...". La corrección satisface también, ciertamente, las expectativas del lector de hoy, y muchos traductores modernos la han acogido. Me parece claro, sin embargo, que no se trata sino de una fácil y hasta anacrónica acomodación del original, desautorizada por la lectura de los principales manuscritos. Al caracterizar el régimen democrático como aquel en que se gobierna en el interés de la mayoría y no de*

la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, a este régimen se lo ha llamado democracia".

¿Es tan difícil traducir correctamente del griego? — Según la primer versión la democracia sería un régimen cuya gestión **favorecería** a una indefinida **pluralidad**. Según la segunda versión, sería un régimen para **administrar** los **intereses** de la **mayoría**. Y, por último, tendríamos una tercera versión según la cual la democracia es una **administración** ejercida **en favor de** la mayoría.

A quien estas diferencias le parezcan sutiles o hasta intrascendentes, me veo en la triste y desagradable obligación de señalarle que no entiende nada de política. Porque una cosa es tratar simplemente de favorecer a mucha gente; otra bastante diferente es administrar los intereses de la mayoría (sea que ésta se entienda como mayoría absoluta o como mayoría relativa); y otra muy distinta es declarar escuetamente que el poder favorece a quien lo ejerce siendo que, en el caso de la democracia, lo ejerce la mayoría (nuevamente sin especificar con qué criterio la misma ha quedado establecida).

En realidad, lo único que queda en claro de todo esto es que — más allá de los intereses y favoritismos en juego — la democracia griega se autodefinía de un modo un poco más sincero que la actual. No se dice allí que es el gobierno **de** los muchos ni **por** los muchos sino, en todo caso, **para** los muchos. O sea, en menos palabras y sin parafrasear la demagogia de Abraham Lincoln, simplemente un régimen que trata de aplicar el antiquísimo y conocidísimo principio de "*el mayor bien al mayor número*". ¿No es mucho más sencillo ponerlo así?

El mismo Tucídides se encarga de diluir el concepto multitudinario de la democracia cuando nos aclara, con encomiable sinceridad, que Pericles gobernó en Atenas prácticamente como un rey puesto que era Pericles y no el pueblo el auténtico rector de Atenas. Es decir: en vez de dejarse dirigir por el pueblo, era él quien dirigía al pueblo. Algo en lo cual Plutarco coincide

unos pocos, Pericles (o Tucídides) no hace sino —con cierta ingenuidad, es cierto— afirmar que los gobiernos favorecen básicamente a quienes lo ejercen. Y en esto, la propia historia de Atenas lo respaldaba. No debemos olvidar, además, que estamos ante un texto constituyente, instaurador, donde la reflexión política está recién dando sus primeros pasos. ¡Si hasta la palabra misma democracia no tenía entonces medio siglo de vida todavía!"

diciendo: "*Pericles llegó a ser el hombre más poderoso en Atenas, aunque nunca había sido elegido para cargo público alguno. Habiendo, en efecto, conseguido su apoyo, utilizó a las masas en contra de sus opositores políticos de modo tal que se convirtió en un rey disfrazado de campeón del pueblo*".

Mírenlo como quieran, el gobierno **de** los muchos o **por** los muchos es una quimera demagógica. El único gobierno prácticamente posible es el de los pocos y por los pocos. Contentémonos con hablar de un buen gobierno cuando estos pocos gobiernan **para** los muchos, es decir: tratando de lograr el mayor bien posible para la mayor cantidad posible de ciudadanos. Es lo máximo que razonablemente se puede pedir.

Claro que, para eso, no necesitamos forzosamente una democracia. Con una buena república — y hasta con una buena monarquía, si vamos al caso — se puede muy bien lograr el mismo objetivo.

La base de la demagogia que defiende la posibilidad de una política multitudinaria reside en otro concepto que, por supuesto, también figura en el famoso discurso fúnebre de Pericles. Es el de querer hacernos creer que cualquiera está capacitado para tomar decisiones políticas. En las propias palabras de Pericles: "*Nuestros hombres públicos tienen que atender a sus negocios privados al mismo tiempo que a la política y nuestros ciudadanos ordinarios, aunque ocupados en sus industrias, de todos modos son jueces adecuados cuando el tema es el de los negocios públicos. Puesto que discrepando con cualquier otra nación donde no existe la ambición de participar en esos deberes, considerados inútiles, nosotros los atenienses somos todos capaces de juzgar los acontecimientos, aunque no todos seamos capaces de dirigirlos*". [16]

En otras traducciones el pasaje aparece como "*...Bien es cierto que pocos de nosotros somos arquitectos de la política, pero todos somos buenos jueces de la misma*".

Aquí hay algo que nunca pude llegar a entender: ¿Cómo es que alguien se imagina que podrá juzgar con acierto algo de lo cual, en el fondo, no tiene la más pálida idea? ¿Cómo voy a evaluar algo que no sé construir? ¿Podría, por

[16]) Cf. Página Internet de Carlos von der Becke (no es el traductor) en http://club2.telepolis.com/ohcop/index.html

ejemplo, ponerme a discutir sobre ventajas y desventajas de los distintos autos de Fórmula 1 sin saber cómo está armado un motor de combustión interna? ¿Podría ponerme a pontificar sobre el diagnóstico de un médico sin haber visto en mi vida un riñón? ¿Podría analizar la sentencia de un juez sin conocer el Código Penal? ¿Podría apagar un gran fuego sin saber armar y operar una manguera contra incendios y sin conocimientos por lo menos básicos del comportamiento del fuego en diferentes circunstancias? ¿De dónde sacan algunos la peregrina idea de que cualquier Juan de los Palotes, sin ningún conocimiento sólido de política, puede erigirse en árbitro de decisiones que jamás podría tomar por sí mismo sencillamente porque ni siquiera entendería las sutilezas de las frecuentemente muy complicadas alternativas disponibles?

Por último tenemos en el discurso de Pericles una tremenda mentira que sólo resulta disculpada si la interpretamos más como una expresión de deseos que como la afirmación de un hecho.

El cuadro que pinta de la armonía en Atenas es, sencillamente, falso y el primero que tiene que haberlo sabido es él mismo.

Atenas se hallaba dividida en facciones. Siempre lo estuvo, lo estaba en la época de Pericles y lo siguió estando después. Generalmente estas facciones estaban dedicadas al bastante poco edificante deporte de despedazarse entre sí; y cuando no estuvieron en ello fue porque necesitaron recuperar el aliento. La armonía y la pacífica convivencia democrática en Atenas es un mito. La Historia nos habla de eternos enfrentamientos, constantes discusiones, conspiraciones, revueltas, pugnas, presiones y hasta de asesinatos políticos.

Y tengamos cuidado con esto: no es cuestión tampoco de adscribir necesariamente estos hechos al régimen imperante. Es que la política ha sido así. Siempre ha sido así. En realidad, **es así**. Es actividad en relación con el poder en cualquier sistema o régimen que queramos considerar. No es un pasatiempo inocente. No es una tarea que pueda siempre encargarse a damas y caballeros muy circunspectos para que arreglen sus diferencias de opinión en el pacífico marco de una mesa de conferencias. En realidad, en política rara vez las cuestiones giran verdaderamente alrededor de diferencias de opinión. En la mayoría de los casos se trata de diferencias de intereses. Y los intereses, cuando son grandes, se defienden con grandes

medios. Y cuando son **muy** grandes, será todo lo lamentable que se quiera pero la experiencia indica que se defienden hasta con el homicidio.

El discurso fúnebre de Pericles no es una descripción veraz, ni siquiera aproximada, de la democracia ateniense. Es una pieza de propaganda política, muy bien construida y seguro que excelentemente entregada por un orador bien entrenado. No me cabe duda alguna de que causó un gran impacto en su momento. Tan grande que, casi veinticinco siglos después y por esas cosas que tienen las ideologías políticas, todavía hoy tenemos traductores que lo acomodan para que se condiga — al menos en teoría — con el sistema político que oficialmente nos rige.

Pero ya en su época, sus principios básicos fueron duramente cuestionados. La mayor parte del arsenal de las ideas políticas de Platón, por ejemplo, se dirige a destruir los dos mitos básicos del discurso: el de que cualquiera tiene capacidad política y el de que es posible hacer abstracción de la tensión que de modo inevitable se generará siempre entre grupos sociales de intereses divergentes. Para Platón una política determinada por la opinión pública es una "teatrocracia" [17] y en su opinión, si bien admirable por su intelecto, Pericles no fue esencialmente mucho más que un demagogo adulador de las masas. Aristóteles comparte esa opinión en todo lo esencial.

El hecho es que del retrato que la Historia convencional nos ofrece de Pericles debemos aprender a desconfiar. La parte sustancial de este retrato fue dibujada por su amigo Tucídides. Aristófanes ya no es para nada tan benévolo con él y ni hablemos de la "República de Atenas", atribuida por algunos a Jenofonte, en donde se le dice de todo menos bonito.

..*.*.*.*.*

Desafortunadamente Pericles no tuvo mucho tiempo para disfrutar el éxito de su discurso.

El quedarse dentro de la ciudad mientras el enemigo devastaba los alrededores y apostarlo todo a la armada podrá haber sido una buena estrategia militar. No lo fue desde el punto de vista sanitario. Y aquí podríamos tener, quizás, un buen ejemplo de cómo algunas decisiones

[17]) Cf. Platón Leyes III, 701

políticas — en principio bastante razonables y defendibles — resultan al final desbaratadas por factores que el político no ha tenido en cuenta y que muchas veces provienen de los ámbitos más inesperados. Lo que destruyó la estrategia de Pericles no fue, en principio, el ejército espartano. Fue un microbio. O un virus. O como se llame en el lenguaje de los biólogos pero, en todo caso, un pequeñísimo ente microscópico.

Atenas estaba hacinada. No sólo estaban amontonados detrás de los muros de la ciudad todos los que habían abandonado sus tierras para refugiarse en ella sino que, además, confluyó allí una multitud de extranjeros, esclavos y personas de diversos orígenes y quehaceres. Esa cantidad de gente, con las condiciones urbanas normales de la época, hizo estallar la estructura sanitaria de la ciudad y sucedió lo inevitable: en el verano del 430 AC se declaró una peste.

Pericles intentó una serie de medidas desesperadas. Hizo venir a Hipócrates — un médico cuya memoria llegaría hasta nosotros por el conocido juramento con el que se comprometió a si mismo y a sus discípulos a ejercer la medicina como ciencia, sin engaños, y a guardar estrictas normas de higiene y decoro que inspiraran confianza a los pacientes. Pero la medicina de la época no estaba todavía a la altura de las circunstancias y es probable que Hipócrates sólo pudo hacer muy poco para controlar a la plaga.
En esa situación, el destino del hombre fuerte de Atenas quedó sellado. Los mismos conciudadanos que habían aplaudido su discurso fúnebre lo defenestraron hacia fines de ese mismo año, lo acusaron de corrupción y le impusieron una fuerte multa.

Luego de eso, Pericles tuvo una gran pelea con su hijo Xantipo, llamado así en honor a su abuelo. El muchacho provenía de su primer matrimonio y tenía una esposa con gustos extremadamente caros. No pudiendo satisfacerlos con lo que su padre le dejaba, decidió hipotecar los bienes de la familia sin el conocimiento de su progenitor. Cuando no pudo pagar, el acreedor quiso cobrarle a Pericles. Éste no solamente se negó a reconocer la deuda sino que le abrió juicio a su propio hijo. En venganza, Xantipo ventiló jugosos detalles acerca de la vida privada de su padre. La reyerta entre padre e hijo continuó hasta que Xantipo murió a consecuencia de la plaga.

Y en su funeral, Pericles perdió su majestuosa compostura, quizás por única vez en la vida. Los atenienses nunca lo habían visto llorar. Pero en esa oportunidad, ante el cadáver de su hijo, el hombre estalló en lágrimas.

Los atenienses se apiadaron de él. Poco más tarde, en uno de esos vaivenes típicos de la política, lo volvieron a llamar. Pero esta vez intervino el destino. La plaga, que ya se había llevado a dos de sus hijos y a una hija, finalmente se lo llevó a él también en el año 429 AC.

Fue un gran político. Quizás no me animaría a decir que fue un gran hombre. Y dudaría mucho antes de aventurar que fue un buen hombre.

Pero, con todos sus defectos, aún a pesar de su chauvinismo ateniense y de sus equivocaciones estratégicas, no es posible, sin ser injustos, negarle grandes dotes de estadista.

Lo que seguramente no fue es un gran demócrata. Cuando estaba ya su lecho de muerte sus amigos, creyendo que no podía oírlos, se pusieron a matar el tiempo comentando sus grandes obras. De pronto, el moribundo, que aún conservaba su lucidez, los interrumpió. De lo que más orgulloso estaba — les dijo — es de haber usado un poder tiránico con moderación y sin oprimir a nadie. Pericles habrá podido engañar a muchos pero nunca fue tan tonto como para engañarse a sí mismo. Sabía perfectamente bien lo que hacía. Usó la democracia como herramienta para conquistar, mantener y consolidar su propia posición de poder.

Aunque eso es algo que, en rigor, no se le puede echar demasiado en cara porque al fin y al cabo es exactamente lo que han hecho, hacen, y con toda seguridad seguirán haciendo todos los políticos que se dicen demócratas.

Cleon

En política no existen los vacíos de poder. Cuando se produce uno, la experiencia indica que de inmediato es ocupado por alguno de los varios que constantemente disputan las posiciones del poder. En política, quizás más que en otras actividades, siempre se verifica el viejo principio aquél de que todos somos necesarios pero nadie es indispensable. Siempre es un eterno "*¡El rey ha muerto; que viva el rey!*".

Fue así también en Atenas. Muerto Pericles la escena quedó inmediatamente ocupada por Cleón. Con él accede por primera vez, en forma nítida e indiscutible, un partidario explícito de la plutocracia comercial de Atenas. Y por supuesto que Cleón está a favor de la continuación de la guerra, aún soportando las gruesas burlas de Aristófanes que lo ridiculiza en sus comedias hasta lo irreproducible y aún en contra de Nicias quien, siguiendo la nunca del todo olvidada estrategia de Cimón, todavía sigue creyendo en que una paz con Esparta es posible y necesaria.

Mientras Sócrates empieza a adquirir fama de hombre extraño y singular, Cleón se encarga de que la guerra continúe. Está claramente por la ofensiva y con ello Atenas se encamina lenta pero inexorablemente hacia su perdición. Faltándole la prudencia que, dentro de todo, tenía Pericles, Atenas prácticamente se desbarranca.

Al principio, sin embargo, la fortuna parece sonreírle.

En el 427 AC cae Mitilene. Cleón rápidamente propone que todos los hombres de esa ciudad sean ejecutados y las mujeres y los niños convertidos en esclavos. Los atenienses, ebrios por el éxito y la encendida demagogia de Cleón aprueban la moción. Pero se arrepienten ya al día siguiente y la anulan. En el 425 Cleón llega al pináculo de su fama cuando, por un golpe de suerte casi increíble [18], consigue vencer a los espartanos en Esfacteria.

Al año siguiente muere Heródoto. Aristófanes estrena *Las Nubes* donde se burla de Sócrates presentándolo como un harapiento que se pasea por la ciudad molestando a todo el mundo con preguntas estúpidas y seguido por una comitiva de jóvenes que imitan su ejemplo y amenazan con fastidiar a toda la ciudad con cuestionamientos terriblemente incómodos a los que nadie sabe muy bien cómo responder. Brasidas — probablemente el más brillante de los estrategas lacedemonios — conduce al ejército espartano. Tucídides fracasa en defender Anfípolis. Los atenienses intentan invadir Beocia pero resultan derrotados por los tebanos en Delio, en la costa frente a la isla de Eubea.

[18]) Los espartanos estaban atrincherados en un bosque. El bosque se incendió y el humo los obligó a salir, con lo que pudieron ser capturados por los atenienses

En el 423 AC los atenienses mandan a Tucídides al ostracismo. A pesar de lo deplorable de la medida, es algo por lo cual deberíamos estarles agradecidos. De no haberlo hecho quizás nunca habríamos tenido un relato razonablemente fiel de lo que sucedió en Grecia durante toda aquella época. Porque Tucídides aprovechó su exilio para escribir *La Historia de la Guerra del Peloponeso*, tomándola desde donde la había dejado Heródoto.

En el 422 tanto Cleón como Brasidas mueren en una batalla por Anfípolis. Los principales promotores de la guerra en ambos bandos han desaparecido. Esparta desea recuperar a sus prisioneros de guerra. Atenas está arruinada aún a pesar de haberse apropiado de los tesoros de los templos y a pesar de haber duplicado el tributo exigido a los miembros de la Liga.

Todo el mundo está exhausto. La paz es posible.

Es la oportunidad para Nicias.

Nicias

Por desgracia, muchas veces las oportunidades para las personas razonables llegan demasiado tarde.

Nicias, que había sido el acérrimo rival de Cleón y su demagogia, hizo todo lo que pudo para detener la insensata carnicería que estaba desangrando a toda Grecia. En el 421 AC consiguió convencer a los atenienses de que aceptaran la paz que estaba ofreciendo Esparta. Después de complicadas negociaciones, Esparta recuperó sus prisioneros de guerra, Anfípolis quedó como una ciudad independiente y Atenas se quedó con Pilos y la isla de Citera.

Y se firmó la paz.

En los manuales figura como la Paz de Nicias. Al final, quizás la mayor satisfacción que pudo cosechar fue que su nombre quedara relacionado con una palabra tan bella como la palabra "paz". Si tantos cretinos han quedado inmortalizados por iniciar guerras inútiles, a veces no está de más que alguna buena persona quede registrada en la Historia por haber logrado

conquistar la paz. Aunque más no sea porque ganar la paz muchas veces es infinitamente más difícil que ganar una guerra.

Porque, por desgracia y en rigor de verdad, no podríamos decir que Nicias realmente ganó la paz. Es difícil apagar por completo un fuego cuando las llamas sólo han disminuido por una momentánea falta de combustible y aún quedan brasas en el lugar del incendio. Cuando los hombres dejan de pelear tan solo por agotamiento, lo más probable es que la guerra continúe apenas crean que han recobrado el aliento. Esa es la historia de la Segunda Guerra Mundial europea que, mirada desde nuestra perspectiva de hoy, no es más que la continuación de la anterior Guerra Mundial con un armisticio de apenas 21 años de por medio.

La Paz de Nicias estuvo pactada para que durara 50 años.

Los tratados de paz nunca deberían contener una cláusula temporal. La Paz de los Treinta Años duró catorce. La de Nicias apenas si llegó a durar seis. Y eso, sin contabilizar algunas escaramuzas intermedias.

¡Pobre Nicias!

Alcibíades

Quizás los esfuerzos de Nicias hubieran dado frutos positivos si el destino no hubiese puesto sobre el escenario de Atenas a uno de los traidores más increíbles de toda su Historia.

En el 420 AC, apenas un año después de firmada la paz, Alcibíades fue nombrado estratega de las fuerzas atenienses. Con él cobró notoriedad uno de los personajes más extraños e insólitos que puedan ustedes imaginar. En muchos aspectos es absolutamente deleznable. Y, sin embargo, desde otros puntos de vista, debe haber sido una personalidad excepcional.
Era sobrino de Pericles y fue criado por él. Su madre era prima de Pericles por lo que tenemos aquí de nuevo a otro democrático alcmeónida influenciando los asuntos públicos de Atenas.

Según todos los que lo conocieron, era rico, muy buen mozo, inteligente, simpático, encantador . . . y absolutamente carente de escrúpulos. Además,

por supuesto, también quería ser famoso. En una palabra: tenía todo lo que se necesita para ser un excelente demagogo.

Y como para ser famoso — especialmente desde la posición de estratega — no hay nada mejor que una buena guerra, Alcibíades decidió que la Paz de Nicias no se ajustaba a sus planes. Cocinó una alianza con Argos, Élida y Mantinea contra Esparta pero el proyecto salió mal y hacia el 418 AC Esparta terminó recuperando el control del Peloponeso.

..*.*.*.*.*

Y aquí, perdónenme si me meto un poco en detalles, pero creo que tenemos una muy buena oportunidad para pintar de cuerpo entero tanto a Alcibíades como al funcionamiento del sistema ateniense y, de paso, voy a poder contarles cómo terminó esa extraña institución, que tantas veces hemos mencionado y mediante la cual Atenas cada tanto se desembarazaba de sus hombres más notables. Me refiero al ostracismo.

La cuestión es que, después de la muerte de Cleón, la facción democrática más radical quedó liderada por un tal Hipérbolo. Al fracasar la aventura de Alcibíades, Hipérbolo cargó contra Nicias, responsabilizándolo del desastre, en lo cual algo de razón habrá tenido porque Nicias se había opuesto al proyecto desde el principio. Sabiendo pues que Alcibíades, oficialmente al menos, también era demócrata aunque más moderado, Hipérbolo estableció un acuerdo político con él y pidió un voto de ostracismo contra Cleón confiando en que con sus votos propios, más los de Alcibíades, conseguiría superar los votos de la facción conservadora liderada por Cleón.

Pero no contó con la personalidad de su supuesto aliado. Porque Alcibíades, a la hora de la verdad, en lugar de apoyarlo, lo traicionó; se puso de acuerdo con Nicias y, créanlo ustedes o no, luego de la votación el que resultó enviado al ostracismo fue el propio Hipérbolo.

Creo que durante un buen par de semanas media Atenas se debe haber reído a mandíbula batiente del tiro por la culata que Hipérbolo consiguió cosechar. Pero no solamente Hipérbolo quedó mal parado. Todo el sistema del ostracismo resultó insostenible de allí en más y, por lo que pude investigar, creo que no volvió a ser empleado. Una institución inventada para que una masa de pequeños mediocres pudiese jugar a la Divina

Providencia decidiendo el destino de los ciudadanos más ilustres terminó, pues, como tenía que terminar: en el ridículo.

..*.*.*.*.*

Con todo, la aventura de Alcibíades que acabamos de mencionar es solamente un hecho menor. La Paz de Nicias se rompe concretamente cuando, hacia el 415 AC, los atenienses se lanzan a un ataque masivo contra Sicilia. En esta isla, la ciudad de Siracusa era, indirectamente, aliada de Esparta y Alcibíades — en contra nuevamente de Nicias — consigue convencer a los atenienses de las grandes ventajas económicas y comerciales que reportaría la conquista de Sicilia.

A Alcibíades, la cosa se le complicó cuando una noche, poco antes de partir la expedición a Sicilia, aparecieron mutiladas varias estatuas del dios Hermes. Vaya uno a saber por qué, pero la cuestión es que en el embrollo que se armó por el escándalo, al final lo terminaron acusando a él del hecho. Cuando lo citaron para que se presentase a ser juzgado por el crimen, calculó sus posibilidades, sopesó sus chances, y decidió que lo mejor era no exponerse a un proceso por impiedad que, dada la relación de fuerzas, prácticamente tenía perdido de antemano.

En consecuencia, traicionó a Atenas y se fue a Esparta. Lleven la cuenta por favor: van dos traiciones hasta ahora — y cuento solamente las más notorias.

En Esparta, así como había conseguido convencer a los atenienses de la importancia de **conquistar** Sicilia, convenció a los lacedemonios de lo muy importante que era **evitar** que los atenienses conquistasen Sicilia. Con lo cual los espartanos enviaron tropas para reforzar la defensa de Siracusa. A partir de allí, la guerra se puso decididamente fea para los atenienses. Tan fea, que terminó en el 413 AC con un verdadero desastre.

Nicias murió en esa catástrofe, obligado por las circunstancias a pelear una guerra que había tratado de evitar por todos los medios.

Podrá ser todo lo injusto que se quiera, pero la dura realidad indica que, cuando el mundo está dominado por los Alcibíades, los Nicias no suelen tener muchas oportunidades.

¡Pobre Nicias!

..*.*.*.*.*

Pero, derrotada y todo, Atenas seguía en pie. Frente a este problema Alcibíades tuvo la brillante idea de regalarle a los espartanos otro buen consejo.

Hasta ese momento el sitio a una ciudad amurallada era una cosa más bien estacional. Por razones de logística y suministros, los sitiadores se apostaban durante el verano y se retiraban en invierno. Alcibíades les sugirió a los espartanos construir una fortificación en la zona de modo tal que pudiesen poner sitio a Atenas durante todo el año.

Por tierra, la ciudad quedó acorralada.

Por supuesto, retuvo todavía su salida por mar pero ya no pudo llegar a sus minas de plata y se vió forzada a usar sus reservas para reconstruir la flota perdida en Sicilia. Con el valioso asesoramiento de Alcibíades, hacia el 412 AC los espartanos comprendieron que nunca derrotarían a Atenas mientras ésta controlase los mares y, por lo tanto, también decidieron construir una flota. Sólo que, como ellos no tenían reservas, el rey Agis II de Esparta tuvo que financiarse con dinero persa.

Todo hubiera seguido un desarrollo bastante normal, dentro de todo, si Alcibíades no hubiera vuelto a las andadas. Un buen día el rey Agis descubrió que su sagaz consultor ateniense dormía en la cama equivocada. Es decir, en la de su esposa. Está bien; especifiquemos: en la cama de la esposa del rey Agis.

Después de lo cual el rey espartano consideró que los cuernos no armonizaban demasiado bien con su imagen monárquica y envió a un mensajero con la orden de asesinar al que había cometido tamaña afrenta. Pero, al parecer, Alcibíades olfateó a tiempo que la situación se le ponía peligrosa, puso pies en polvorosa y terminó dando a parar con su insigne humanidad en la corte persa de Tisafernes. Por favor, no se apresuren a contabilizar una tercera traición. Todavía falta un poco. Los persas son todavía quienes financian a los espartanos así que, por ahora, Alcibíades solo cambia de campamento.

En el ínterin, durante el 411 AC la facción conservadora en Atenas consigue instrumentar un golpe de Estado e imponer el gobierno "De los Cuatrocientos", llamado así por la cantidad aproximada de personas que lo encabezan. La idea general era llegar, de este modo, a un acuerdo con Esparta pero los conjurados sólo pudieron hacerse del control de las fuerzas terrestres. La marina, bajo el mando de Tresíbulo, declaró algo así como un "régimen democrático flotante"; es decir: mantuvo la democracia en el marco de la flota que en ese momento estaba estacionada en Samos.

Con ello, los cuatrocientos dejaron de ser interlocutores válidos para Esparta. ¿Qué sentido habría tenido negociar con unos atenienses que no controlaban a su propia flota? Al cabo de apenas cuatro meses la suerte del Gobierno de los Cuatrocientos estaba echada y en Atenas se decidió superar la crisis política multiplicando el número de participantes por 12.5 para instaurar el nuevo Gobierno de los Cinco Mil.

Así las cosas, se establecieron negociaciones con Trasíbulo que seguía al frente de su régimen paralelo flotante. Y adivinen: ¿quién es el que conduce las negociaciones? ¡Exactamente! Nuestro conocido y nunca demasiado ponderado Alcibíades que ahora aparece no solamente traicionando a Esparta y que no solamente negocia con Trasíbulo sino que — y esto ya es poco menos que inverosímil pero cierto, a menos que mientan todos los documentos disponibles — ¡hasta lo convence de que le entregue el mando de la flota ateniense!. Pero esperen; no sólo eso: bajo el mando de Alcibíades la flota vence a la espartana en cuanta batalla se le presenta.

Con lo cual nuestro personaje completa limpiamente su tercera traición y, de paso, confirma su fama de audaz y astuto estratega. No me digan que no es brillante. Moralmente, un verdadero asco; pero políticamente la jugada es genial. Aunque, está bien, admitámoslo: probablemente sólo en Grecia podían pasar cosas como ésas casi de la manera más natural del mundo.

Los éxitos resonantes de democracia flotante de la armada no dejaron, por supuesto, de tener su efecto sobre el no tan democrático gobierno en tierra. En el 410 AC, luego de una seria derrota de la flota espartana en la costa Sur de los Dardanelos, la noticia de la victoria dispara una rebelión en Atenas que restaura la democracia. Dos años más tarde Alcibíades recupera para Atenas el dominio del Mar Negro y un año después, en el 407 AC, regresa a

su ciudad de origen en donde, por supuesto, la restaurada democracia lo recibe con bombos, platillos y todos los honores.

Pero los espartanos tampoco se quedaron dormidos. Durante ese mismo año recompusieron su flota y armaron una fórmula que, a la larga, resultaría letal para Atenas. Al frente de sus fuerzas pusieron a un muy buen estratega llamado Lisandro y, para garantizar su financiación, establecieron una alianza con Ciro el Joven, uno de los hijos del rey persa Darío II. La combinación del talento militar de Lisandro con el dinero de Ciro fue algo que ya ni la versatilidad de un Alcibíades pudo superar.

Para empezar, la flota ateniense fue derrotada frente a las costas jónicas. Curiosamente, Alcibíades no estaba allí en ese momento, lo cual hizo que en Atenas de pronto todos recordasen su *currículum vitae* y lo acusasen de haber traicionado a la armada entregándola prácticamente servida en bandeja a Lisandro. La verdad es que no sé si podemos contabilizar aquí una cuarta traición pero lo concreto es que Alcibíades hizo una graciosa reverencia, se dirigió hacia el Foro e hizo mutis por allí lo más rápido que pudo para huir hacia el Queroneso Tracio en donde aparentemente poseía unas propiedades.

Es inútil tratar de negarlo. Cualquiera puede comprobarlo una y otra vez a lo largo de más de 10.000 años de Historia: la masa es veleidosa. Es magnánima y perdona los pecados en el éxito; pero los castiga con tanta mayor severidad en la derrota.

Y pensar que hay quienes todavía se enojan con Maquiavelo por haber tenido la sinceridad de decirlo con todas las letras.

..*.*.*.*.*

Si los estoy aburriendo con todas estas idas y venidas les pido sinceramente que me disculpen. Sé y admito que todo esto no es demasiado emocionante. Lo que sucede es que hemos llegado al 406 AC y faltan solamente siete años para el ajusticiamiento de Sócrates. Estoy poco menos que obligado a entrar un poco en detalles aquí porque, de otro modo, faltaría todo el contexto para interpretar debidamente el juicio al Maestro y tampoco tendríamos una referencia firme para entender quiénes y qué clase de personas fueron los que lo condenaron a muerte.

Les pediría tan sólo un poco de paciencia más. Falta poco. Y ya no quedan traiciones de Alcibíades para contabilizar.

..*.*.*.*.*

Para el 406 AC la flota ateniense estuvo reconstruida de nuevo, aunque para ello se tuvieron que fundir todas las estatuas de oro y de plata de la Acrópolis. Las dos flotas se encuentran en las Arginusas, cerca de la isla de Lesbos y los espartanos pierden esa contienda.

Pero luego ocurrió un episodio lamentable. Según una versión, después de la batalla se desató una fuerte tormenta que impidió a los atenienses recoger los cadáveres caídos al mar; según otra, la propia batalla se desarrolló en medio de una tormenta con, lógicamente, los mismos resultados. El hecho concreto es que la tripulación de unas 25 naves atenienses se perdió y eso — a juicio, naturalmente, de los que no se mojaron ni los pies durante todo el episodio porque se hallaban muy orondos en tierra firme — empañó la victoria de un modo intolerable.

La democracia ateniense le quiso hacer un juicio colectivo a los nueve estrategas que habían conducido a la flota. Pero surgió un pequeño problema. Mejor dicho, dos pequeños problemas. Por una parte el juicio colectivo era ilegal puesto que la ley exigía que se juzgara a cada estratega en forma individual. Y por otra parte, Sócrates era arconte en ese momento y se opuso con firmeza. Quizás esté de más decir que su oposición no sirvió de mucho. Más tarde el juicio tuvo lugar de todos modos; seis de los nueve estrategas fueron ejecutados — el último hijo de Pericles entre ellos — y, para completar la macabra obra, los principales partidarios de las ejecuciones también resultaron ejecutados a su vez.

Admito que no tengo ninguna prueba sólida para documentarlo. Pero nunca me pude sacar de la cabeza la idea que Sócrates firmó su sentencia de muerte ya en esta ocasión. Porque, en mi humilde opinión, aquí es donde dejó de ser un personaje excéntrico, mejor o peor tolerado por sus preguntas incómodas, para convertirse en un peligroso contestatario no dispuesto a inclinarse respetuosamente ante el capricho de una mayoría sanguinaria.

Para colmo, al año siguiente, en el 405 AC ambas flotas se encontraron de nuevo en el Queroneso Tracio, cerca de Egospótamos, justo por donde vivía Alcibíades. Los atenienses tiraron anclas en un pésimo lugar. Al verlo, Alcibíades montó a caballo y fue hasta la costa para aconsejarles que cambiaran de sitio pero su asesoramiento fue rechazado. Le dijeron que la armada ateniense no aceptaba consejos de traidores.

Lo cual fue muy honorable pero bastante estúpido porque el consejo era bueno de verdad.

Tan mala era la ubicación de los barcos atenienses que, cuando los espartanos atacaron, la flota entera resultó capturada casi sin resistencia. Atenas se había quedado sin flota, sin dinero, sin estrategas experimentados, sin más cartas para jugar.

Lisandro, el comandante espartano, envió a un sicario para ajustar cuentas con Alcibíades. Pero nuestro escurridizo personaje consiguió huir y se refugió otra vez en Persia.

El trabajo sucio lo terminaron haciendo los persas. Lo asesinaron en Frigia al año siguiente, en el 404 AC.

El colapso

Ese año, sitiada por tierra y por mar, hambreada por un bloqueo impenetrable, Atenas no tuvo más remedio que rendirse. Fue el final.

Los tebanos sugirieron que la ciudad fuese arrasada por completo pero Esparta no pudo olvidar ni desconocer lo que Atenas, durante muchos siglos, había significado para Grecia y le permitió sobrevivir.

La Tiranía de los Treinta

Eso sí: los muros que fortificaban a la ciudad fueron derribados. El Estado quedó en manos de una especie de cofradía de treinta autócratas cuyo gobierno sería conocido luego como la Tiranía de los Treinta. Uno de los que colaboró bastante activamente en la instauración de este gobierno fue

Platón, aunque más tarde, viendo todo lo que sucedió después, se desilusionó sobremanera y dio un paso al costado.

No obstante, el más famoso de los Treinta no fue Platón sino otro ex—discípulo de Sócrates. Su nombre era Critias. Lo que Atenas necesitaba en ese momento era un régimen ordenado, disciplinado, coherente y racional que pusiese orden en el aquelarre en que se habían convertido los asuntos públicos. Un gobierno firme, sin duda, quizás hasta duro; pero orientado básicamente a reconstruir todo lo destruido por la guerra, a restablecer la convivencia ordenada en la ciudad, a poner en marcha las actividades normales generadoras de bienes y servicios, y — no en última instancia — a fortalecer la paz posible para evitar futuros derramamientos de sangre entre griegos. Con toda seguridad fue por esto que Platón apoyó el proceso en sus inicios. Pero, por desgracia, Critias y algunos otros no lo entendieron así.

En lugar de encarar una tarea de reconstrucción y ordenamiento Critias organizó un ajuste de cuentas con los demócratas de tal magnitud que, al final, todo degeneró en una feroz carnicería y en una serie de *vendettas* tan ruines como estúpidas. Algunos demócratas fueron expulsados de la ciudad; muchos otros con harto menos suerte, fueron ejecutados. Critias hasta hizo asesinar a unos cuantos aristócratas cuya conducta no le pareció suficientemente condescendiente.

Entre las mil prohibiciones idiotas que se le ocurrieron, una que nos interesa especialmente aquí es aquella mediante la cual le prohibió enseñar a Sócrates. Más todavía: como el Maestro ignoró olímpicamente la prohibición, terminó encarcelándolo. Peor aún: hizo todo eso después y a pesar de haber sido su discípulo. Y lo peor de todo: cuando, en un momento dado, algunos decidieron eliminar al rico comerciante León de Salamina — para lo cual destacaron a cinco personas que habrían de matarlo — los promotores de la operación pretendieron que Sócrates fuese uno de los asesinos. Por supuesto que se negó a participar en el crimen. Sin hacer ningún escándalo, simplemente dio media vuelta y se fue a su casa sin cumplir el siniestro encargo.

Veinticuatro siglos más tarde los sesudos académicos todavía le echarán en cara esta actitud. Las ratas de biblioteca se alzarán a coro protestando: ¡Debió haber puesto a Leon sobre aviso! ¡Debió haber tratado de ayudarlo!...

¡Por el amor de Dios! ¡Es tan fácil ser valiente cuando se juzgan desde detrás de un escritorio los actos de los que están en la línea de fuego! ¿Qué demonios se supone que una persona como Sócrates podía haber hecho en una ciudad completamente enloquecida y en la cual se podía perder la cabeza con sólo mirar torcido a la persona equivocada?

Además, avisarle a León, ayudarlo... ¡Suena tan sencillo! ¿Alguien me puede dar alguna idea de cómo podría haberlo hecho sin poner su propio cuello bajo el hacha del verdugo? Perdónenme que les recuerde algo elemental: no había ni teléfono, ni fax, ni telegramas ni mucho menos correo electrónico por aquella época. Lo único que Sócrates podría haber hecho hubiera sido mandar a un mensajero y, para colmo, a alguien bastante más rápido que los otros cuatro sicarios que al final fueron y efectivamente asesinaron al pobre León. ¿A nadie se le ocurrió pensar que sacar de la galera a un ágil y confiable mensajero no debe haber sido nada fácil en la Atenas del 404 AC? Y menos aún para una misión como ésa. Y menos todavía para una persona como Sócrates que era tan pobre que no tenía ni donde caerse muerto y que, encima, tenía sesenta y seis años cuando ocurrieron esos hechos.

Es inútil. A veces, cuando leo lo que algunos intelectualosos — especialmente ciertos norteamericanos [19] — y hasta algunos académicos consiguen elucubrar, me dan ganas de darle la razón a Giovanni Papini que ya en 1914 proponía, medio en solfa medio en serio, el cierre todas las escuelas porque, según él: "*La escuela es tan esencialmente antigenial que no sólo atonta a los alumnos, sino también a los maestros*". [20] Y a veces hasta creo que con lo de "atonta" Papini fue excesivamente benévolo.

En fin, por favor vayan anotando mentalmente: 1)- Alcibíades que es un ex-discípulo de Sócrates. 2)- Sócrates que se opone a la ejecución de los estrategas de las Arginusas. 3)- Platón; discípulo de Sócrates que, al principio, apoya la Tiranía de los Treinta. 4)- Critias otro ex-discípulo de Sócrates. 5)- Sócrates entre los nominados para asesinar a León de Salamina.

¿Van captando el cuadro? Habrá más, pero tengan todo esto presente para cuando llegue el momento. Sigamos.

---

[19]) Ver, por ejemplo I.F.Stone Breaks the Sócrates Story en The New York Times Magazine del 8 de Abril de 1979 o su libro The Trial of Sócrates, New York, 1988.
[20]) Giovanni Papini — Obras — Tomo III — ¡Cerremos Las Escuelas! (1914).

La Restauración y la Reforma del 403 AC

Por suerte para Atenas, la Tiranía de los Treinta no duró mucho.
En el 403 AC fue derrocada violentamente y se restableció la democracia. Y debemos dejar constancia aquí que, en la ocasión, los demócratas demostraron tener bastante más cerebro y criterio político que los autócratas derrocados.

Por de pronto acordaron una amnistía mediante la cual quedaban perdonadas todas las ofensas anteriores. Por más terribles que habían sido los actos de los autócratas — se habla de unas 1.500 muertes en una población que, recordémoslo, tenía solo 40.000 ciudadanos — los demócratas atenienses supieron ver que enarbolar la Justicia para entrar en la espiral de las venganzas recíprocas solamente podía conducir a que las facciones continuasen despedazándose entre sí. En consecuencia, las mentes más lúcidas del momento hicieron lo único inteligente y práctico que se puede hacer en estos casos: dejaron los juridicismos de lado, trazaron una línea debajo del pasado, y se dedicaron a planificar para construir el futuro.

Es tan sólo una verdadera lástima que en nuestros tiempos, la mayoría de nuestros demócratas contemporáneos no haya tenido ese mismo nivel de capacidad política en situaciones similares. Alguien, alguna vez, tendrá que entender que la Ley y el Derecho no solucionan los problemas políticos. Lo máximo que pueden lograr es expresar y reglamentar las soluciones. Por eso es que resulta tan nefasto poner la política en manos de los abogados. Porque los abogados, en realidad, viven de las fallas que tienen las leyes. De lo cual se deduce que, en realidad, no pueden tener ningún auténtico interés en enmendarlas.

Los políticos griegos del 403 AC supieron ver esto y decretaron una amnistía general. Pero, tanto como para asegurarse, reformaron además gran parte de la normativa vigente y revisaron casi por completo las leyes de Atenas. De este modo la organización social y la normativa jurídica fueron puestas sobre nuevas bases y, a partir de ese momento, cualquier acusación legal debía estar basada en la nueva codificación.

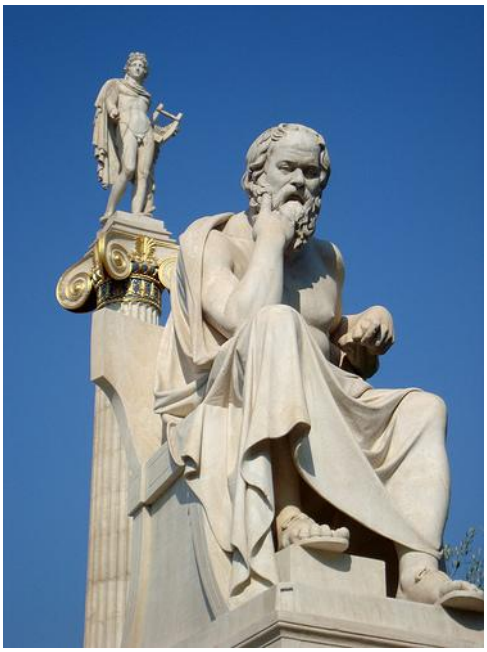
El edificio así construido resistió bastante bien, por lo menos a las tensiones internas. Poco después de la reforma, en el 401 AC, hubo un nuevo intento de derrocar a la democracia pero la iniciativa se malogró y los conjurados no lograron sus objetivos.

Desafortunadamente, también en este hecho estuvieron involucrados algunos jóvenes del entorno de Sócrates. Agreguen esto como punto N° 6 a la lista anterior, por favor. Y subráyenlo porque sucedió después de la amnistía y, por lo tanto, bajo las nuevas leyes.

Dos años más tarde, Sócrates fue arrastrado ante un tribunal.

Crónica de un condenado a muerte

Sócrates: ¿Qué sabemos de él?



Pues, en forma directa no sabemos nada. Nunca escribió un libro. [21] Menos aún tuvo la veleidad de dejarnos su autobiografía. Las pocas cosas que dicen que escribió en su lecho de muerte no han llegado hasta nosotros. Casi todo lo razonablemente seguro que conocemos de él nos ha llegado por dos intermediarios: Platón y Jenofonte. Lo demás son algunos comentarios de oídas como los de Aristóteles, algunas caricaturas no precisamente benévolas como las de Aristófanes y recopilaciones o menciones muy tardías como, por ejemplo, las de Diógenes Laercio que vivió ya algo así como seis siglos más tarde. Si vamos al caso, estrictamente hablando, la imagen que tenemos de Sócrates es casi íntegramente la imagen que Platón quiso que tuviésemos de él.

No es que dicha imagen deba ser necesariamente falsa. Con toda probabilidad no lo es. O por lo menos, no lo es del todo. Pero, con la misma probabilidad, es una imagen unilateral. Como lo son, por fuerza, todas las que los discípulos arman de sus maestros; especialmente si, como en el caso de Platón, le pueden poner palabras en la boca al maestro sin arriesgar demasiado que alguna de las obras del maestro las desmientan.

Nació como hijo de un marmolero y de una partera. Algunos, que no consiguen entender cómo un simple artesano puede tener un hijo intelectualmente brillante, han querido convertir al marmolero en escultor. Quizás porque "escultor" suena mejor que "marmolero" o "picapedrero". Pero el problema es que no conocemos ninguna estatua que con certeza

[21]) A pesar del testimonio de un insigne Presidente de la Nación Argentina quien afirmó en cierta oportunidad haber leído "los libros de Sócrates".

podamos adjudicar a Sofronisco, su padre. Y en cuanto a Fenarete, su madre, no me cuesta nada imaginar que debe haber ayudado a venir al mundo a más de uno en Atenas. Quizás hasta a alguno que después se hizo famoso. Incluso es posible que haya recordado haber visto nacer a unos cuantos que hoy preferiríamos olvidar.

La casa paterna quedaba en el demos de Alopece, un barrio de los suburbios de Atenas, en la falda del monte Licabeto. La familia pertenecía a la tercera clase sociopolítica, la de los *zeugitas*, con lo que sus integrantes apenas si calificaron para participar en los asuntos públicos. Con todo, no deberíamos imaginarlos como muy pobres. Tenían un oficio, tenían propiedades, tenían una casa. En aquella época, bajo el benigno clima del Ática, no se necesitaba mucho más para vivir de un modo decente. No habrán estado, por cierto, a la altura de los alcmeónidas o los pisistrátidas, pero no tenían de qué avergonzarse.

Juventud y Matrimonio

La juventud de Sócrates es algo que solamente podemos imaginar. Seguramente habrá ayudado a su padre, habrá hecho renegar a su madre, habrá completado su educación siguiendo las etapas normales para un joven de su condición, habrá ingresado a la milicia a los dieciocho años y habrá conseguido sus armas y su equipo para convertirse en un hoplita hecho y derecho a los veinte. Según Diógenes Laercio, fue discípulo de Damon y Anaxágoras, al igual que Pericles. Cuando Anaxágoras fue defenestrado se hizo discípulo, y muy posiblemente *paidos* [22], del físico Arquealo, con lo que quedó iniciado en esa extraña bisexualidad que caracterizó a la mayoría de los griegos de aquella época. Este rasgo de su personalidad volverá a aparecer con bastante frecuencia a lo largo de su vida. Incluso en relaciones con personajes bastante poco recomendables como Alcibíades; aunque con casi total certeza, en este caso en especial no fue Sócrates el que se enamoró de Alcibíades sino a la inversa, como queda bastante claro en *El Banquete* de Platón.

[22]) La homosexualidad entre los griegos admitía varias formas. Cuando se trataba de relaciones sentimentales y sexuales entre personas del mismo sexo, el amante se denominaba *erastes* y el amado *erómenos*. Pero cuando el amado era un mancebo adolescente, el joven era el *paidos* y el hombre mayor, su *mentor*, asumía responsabilidades bastante serias en cuanto a su educación y desarrollo.

No obstante, sabemos que se casó. Y no una sino dos veces. O por lo menos vivió con dos mujeres; y según parece no con una después de la otra sino con ambas simultáneamente. Xantipa, su primer mujer se ha hecho históricamente famosa por volverle la vida imposible con sus constantes quejas, rezongos y reclamos — los cuales, digamos la verdad, estaban en buena medida bastante justificados desde el punto de vista de una esposa; algo que él mismo no dejaría de reconocer, aunque no sin una considerable dosis de buen humor. Un día, cuando Xantipa, luego de increparlo y regañarlo, se puso tan furiosa que lo empapó tirándole un balde de agua fría, Sócrates minimizó el hecho comentándole a sus amigos: "*¿No les dije que los truenos de Xantipa terminarían en lluvia?*". Y cuando alguien le preguntó si era preferible casarse o permanecer soltero su respuesta fue: "*Es indistinto. En cualquiera de los dos casos, terminarás arrepintiéndote*".

Su segunda mujer, Mirto, es un poco un misterio. Platón no nos habla de ella. El que la menciona es Aristóteles. Mirto era la hija de Arístides y parece ser que Sócrates la llevó a su casa, en parte porque su propio padre y Arístides habían sido buenos amigos y quizás hasta para salvarla de la indigencia ya que, como hemos mencionado, Arístides *El Justo* murió en la más total de las pobrezas y la muchacha no tenía dote.

A Sócrates no le conocemos hermanos pero sí tres hijos. En la medida en que le podemos creer a Aristóteles y a Diógenes Laercio, con Xantipa tuvo a Lamprocles y con Mirto a Sofronisco y a Menexeno.

El guerrero

En otro orden de cosas, quienes están unilateralmente inclinados a ver tan sólo a un filósofo en Sócrates quizás se sorprendan al saber que fue un excelente soldado. Más aún: considerando las características y la composición de las fuerzas armadas atenienses no sería demasiada exageración describirlo como un muy buen infante de marina. Son muchos los testimonios que lo describen como una persona que no descuidaba su estado físico — no así su aspecto físico al cual sí descuidó bastante — con ejercicios gimnásticos que lo ayudaban a mantenerse en debida forma.

Hacia el 432 AC, cuando Pericles empieza a necesitar otra vez una guerra para mantener su posición de poder político y Sócrates tiene 38 años, lo

embarcan y participa en la campaña contra Potidea. Es allí en donde le salva la vida a Alcibíades. En un momento dado lo ve herido y, sin pensarlo mucho, lo levanta, lo carga sobre sus hombros, y se lo lleva a un lugar seguro atravesando toda una multitud de enemigos. Allí, también, se destacará por su casi total indiferencia frente a las penurias propias de la campaña como el hambre, el frío y las mil incomodidades de la vida militar. Hasta el punto de quedar — según cuenta Platón poniendo las palabras en boca de Alcibíades — dos noches y un día entero, parado en el mismo lugar, meditando sobre un problema al cual aparentemente no podía encontrarle la solución.

A los 46 años participó en la campaña contra Beocia y cuando en la batalla de Delio las cosas salieron muy mal para los atenienses, Alcibíades — que combatía en la caballería — le devolvió el favor de Potidea quedándose con él y protegiendo su retirada en medio de la cual mantuvo la compostura al punto que, según el propio Alcibíades: "*... parecía caminar, mirando orgulloso a diestra y siniestra. Retrocedía fijando la vista con serenidad en amigos y enemigos, y mostrando a todos que, si alguien se atrevía a tocarlo, se defendería con decisión*". Dos años más tarde, cuando Cleón quiere reconquistar a Anfípolis, lo tenemos otra vez a Sócrates en el campo de batalla cumpliendo con su deber y destacándose nuevamente por su valor.

De modo y manera que no deberíamos verlo como uno de esos filosofastros intelectualosos pacifoides que se encierran en la torre de cristal de sus elucubraciones teóricas para pontificar sobre la magnificencia de sus abstracciones. Sócrates no fue nada de eso. Poseyó un enorme intelecto pero también una gran integridad, un nada despreciable sentido del humor, un profundo y muy arraigado sentido del deber, y una sólida capacidad para vivir con ambos pies firmemente afirmados sobre la tierra. Fue un hombre que peleó cuando tuvo que pelear, amó cuando le tocó amar y fue también capaz de quedarse interminables horas parado en un mismo sitio meditando sobre lo esencial de la vida. Un hombre entero, de una sola pieza, que no le puso condiciones a la vida sino que se limitó a vivirla con la mayor plenitud y con la mayor integridad que le fue posible.

Sin duda alguna, un gran hombre. Y sinceramente creo que, aún a pesar de algunas asperezas de su carácter, un buen hombre. No un hombre fácil de entender y, casi con toda seguridad, tampoco una persona siempre fácil de

soportar. Pero sí una persona respetable y, en muchos aspectos, un ser humano admirable.

Lo cual es infinitamente más de lo que se puede decir de una enorme cantidad de sujetos que, antes y después de él, consiguieron inscribir sus nombres en esas — en última instancia bastante poco selectivas — crónicas que forman aquello que habitualmente llamamos nuestra Historia.

El filósofo

No me extenderé aquí sobre la filosofía de Sócrates. En primer lugar, este relato no pretende convertirse en una obra sobre la filosofía y, menos aún, en un trabajo de filosofía. Y, en segundo lugar, el ingresar en la filosofía del Maestro nos obligaría a explorar todo el pensamiento de Platón y, para ser equitativos, deberíamos incluirlo también a Aristóteles en nuestra perspectiva. Y todo ello, pueden ustedes creerlo, haría estallar por completo el estrecho marco de este relato.

Pero tampoco podemos ignorar por completo el marco cultural e intelectual de la Atenas del Siglo V. Porque así como en Esparta la máxima virtud de un ciudadano noble era la de ser un buen guerrero, en Atenas esa máxima virtud era la de ser un buen orador. Mientras en Esparta el laconismo espartano impulsaba a hablar poco y a hacer mucho, en Atenas, por lo general, se hablaba mucho y se hacía bastante menos. O, como mínimo, se hablaba muchísimo más antes de hacer algo en absoluto.

En estas condiciones, no es sorprendente que la oratoria se convirtiese en una de las actividades más practicadas, más estudiadas y más preciadas; especialmente entre la juventud cuya carrera — especialmente la política — dependía fuertemente de capacidades oratorias.

Ahora, hay algo que tenemos que comprender. Hoy en día, por "oratoria" normalmente se entiende la capacidad de un disertante para "hablar bien". Los cursos de oratoria actuales generalmente enseñan a estructurar correctamente el discurso y a "entregarlo" a un auditorio respetando una serie de reglas y triquiñuelas que sirven para lograr un mayor impacto. En la Atenas del Siglo V sucedía algo similar pero a escala mucho mayor y, sobre todo, mucho más sofisticada. Y lo de sofisticada no lo dije sin intención.

La oratoria ateniense no se limitaba a las formas. Iba más allá de ellas y establecía reglas hasta para los contenidos. Los estudiantes de oratoria no solamente recibían lecciones acerca de cómo estructurar un discurso y cómo declamarlo sino, además, sobre cómo hilvanar los argumentos y hasta sobre qué palabras utilizar en determinados contextos. La oratoria ateniense incluía materias tales como cultura general, gramática, literatura, historia, música, matemáticas y hasta astronomía y ciencias físicas. Por otra parte, siendo esta oratoria un arma tan valiosa para el progreso personal, las lecciones, por supuesto, no eran gratuitas. Los grandes maestros de esta disciplina por aquella época eran unos "filósofos" que cobraban sumas a veces muy apreciables de dinero para enseñarle a la juventud ateniense a armar sus discursos. Fueron los *sophistes* o sofistas a quienes, como recordarán, ya hemos mencionado antes.

Protágoras, Gorgias, Antifón, Prodico, Trasímaco y por lo menos algo así como 30 sofistas más integraron uno de los movimientos intelectuales más fuertes del mundo antiguo, a tal punto que los romanos retomarían el sofismo, más tarde, en lo que se ha dado en llamar el Segundo Movimiento sofista.

Los sofistas dominaron la vida política e intelectual de Atenas por lo menos durante unos 70 años — hasta el 380 AC — siendo luego desplazados por las escuelas de Platón e Isócrates. La mayoría de ellos, sin embargo, no fueron atenienses sino extranjeros que se radicaron en la ciudad, en parte bajo la protección de ciudadanos adinerados como Callias y, ciertamente que en no menor medida, bajo la cobertura política de hombres como Pericles quien gustaba de sostener prolongadas discusiones con ellos en su propia casa.

Si bien es obvio que existió una apreciable diversidad personal entre estos maestros de oratoria, los rasgos comunes y el estilo general de la intelectualidad sofista no resultan menos evidentes. Por de pronto, se trataba de un negocio. Lícito si se quiere, pero negocio al fin. Los maestros enseñaban a los jóvenes — y a los no tan jóvenes — atenienses a hacerse de las armas que les impulsarían en sus carreras públicas. Y eso lo hacían a cambio de una paga; a cambio de dinero contante y sonante.

Además, lo que enseñaban, en última instancia, no era tanto un método para aproximarse a la verdad sino un método para discutir y ganar un debate.

Tanto Platón como Aristóteles nos cuentan que eran capaces hasta de usar medios deshonestos para lograr este tipo de victorias. Lo que les importaba no eran las causas defendidas sino la posición en que quedaba el orador luego de defenderlas. Por lo que eran muy capaces de suministrar buenos argumentos para una mala causa y de enseñar mil artilugios capciosos y subterfugios para ganar una discusión.

Por supuesto, pongámonos de acuerdo en algo: tampoco exageremos. No hay por qué denostar y tirar a la basura todo el aporte de los sofistas. Muchos de ellos fueron realmente muy ingeniosos, no se puede decir que todos hayan sido fundamentalmente inmorales y la lógica dialéctica de Occidente no deja de tener con ellos una cierta deuda que Hegel reconocería mucho más tarde. Sócrates mismo adquirió de ellos muchas de sus armas y no ha faltado quien lo considerara un sofista más. Sin embargo, esto último es muy poco sustentable. Por de pronto, Sócrates no cobró jamás por sus enseñanzas y vivió siempre en medio de una notoria modestia. Y, por el otro lado, si hay algo que es una preocupación constante en él, ese algo es su incansable, insobornable y hasta podríamos decir testaruda búsqueda de esa verdad que está más allá de las apariencias y los silogismos ingeniosos.

Lo que sucedió es que el sofismo, con su racionalismo lógico a casi ultranza, derrumbó buena parte de la cultura griega tradicional preexistente. El ponerlo todo bajo la lupa de la razón, la lógica y la dialéctica, destruyó buena parte de la poesía mitológica y cosmológica que había alimentado el espíritu del mundo griego durante siglos. El horizonte intelectual griego se hizo más racional, más discursivo, más inquisitivo y hasta podría decirse que más científico. Pero también más relativista, más escéptico, más dubitativo, menos categórico, menos afirmado, menos confiado en sí mismo y, por sobre todo, menos brillante, menos atrayente, menos hermoso. Protágoras, por ejemplo, es el autor del apotegma "*el hombre es la medida de todas las cosas*" — toda una definición y casi un dogma de fe . No sólo se llenó de dinero enseñando en Atenas sino que llevó su agnosticismo a tal punto en su libro *Sobre los Dioses* que hasta los atenienses se cansaron de él, quemaron sus libros en público y lo echaron de la ciudad desterrándolo de por vida en el 415 AC.

Si. Leyeron bien. Quemaron sus libros en público. Y esto en el 415 AC, en plena época del ultrademocrático Hipérbolo; por la misma época en que Alcibíades impulsaba la aventura de Sicilia y la traicionaba para unirse a los

espartanos. Eso de la quema de libros no es ni tan infrecuente ni tan exclusivo de algunos regímenes como muchos suponen.

Sea como fuere, desde esta óptica se comprende mucho mejor cómo fue posible, sólo 16 años después de este auto de fe antisofista, hacer creíble la acusación contra Sócrates en cuanto a que éste habría subvertido la fe religiosa de sus discípulos. La razón siempre ha tenido una relación bastante conflictiva con la religión. El cristianismo tuvo que esperar 1250 años la llegada de un Tomás de Aquino para hacer las paces entre el intelecto y la fe; entre Aristóteles y la teología. Los atenienses de principios del Siglo IV AC creyeron que podían salvar su fe — o al menos la apariencia de una religiosidad bastante agnóstica que los sofistas ya habían socavado — enviando a la muerte a una persona que se tomaba la libertad de cuestionarlo todo; aunque fuese una persona honesta en busca de la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Pero desde la misma óptica se comprende también a un Sócrates que en vísperas de su muerte se pone a componer poesía poniendo en verso algunas fábulas de Esopo y componiendo un himno a Apolo porque, a pesar de su empeño filosófico racional, sus sueños siempre le habían ordenado que cultivara las bellas artes. Sócrates al menos tuvo conciencia de la belleza que los sofismas estaban destruyendo. Difícilmente los propios sofistas se dieron cuenta de ello.

Y si se dieron cuenta, habría que ver si les importó demasiado.

El "daimon" y la verdad

A Sócrates sí le importó. Solía decir que tenía una voz interior — su *daimon* personal — que nunca le decía lo que tenía que hacer pero, no obstante, generalmente le advertía sobre aquellas cosas que **no** se debían hacer. También se veía a sí mismo como un "tábano" puesto por el destino en Atenas con la misión de molestar a los atenienses para mantenerlos despiertos y conscientes.

Pero la gran mayoría nunca ve mucho más allá de su provecho personal inmediato siendo que, por regla general, prefiere dormirse sobre los laureles. Y cuando aparece un "tábano" que la obliga a mantenerse despierta

y enfrentar la realidad, puede llegar a enojarse tanto que hasta es capaz de matar al fastidioso, con tal de no verse obligada a reconocer la verdad. Porque, en última instancia, de eso se trata: de la verdad.

Esa verdad tan preciada que todos, unánimemente, declaran querer poseer. Pero de la cual huyen como de la peste y la relativizan ni bien sospechan que puede llegar a no ser tan agradable como se la imaginaron.

Perdónalos Señor. No saben lo que hacen.

El juicio



En el Año 399 AC Sócrates fue arrastrado ante un tribunal acusado de "corromper a la juventud" de Atenas y de "no creer en los dioses en los cuales cree el Estado sino en otros, nuevos, seres espirituales".

¿Cómo puede un hombre defenderse cuando sabe que está condenado de antemano? ¿Cómo se mata a un hombre que no tiene miedo a morir? Más todavía: ¿cómo se mata a un hombre que está tan cansado de las pequeñas y grandes miserias humanas que ya no le importa morir y que hasta prefiere morir antes de traicionar a la verdad?

En la Atenas de principios del Siglo IV AC no había fiscales. Cualquier ciudadano podía iniciar un juicio debiendo para ello presentarse ante el acusado, delante de testigos, conminándolo a comparecer ante el Arconte Rey. En el caso de Sócrates, el acusador fue Melito, un oscuro poeta quien, con casi total certeza, fue utilizado por Anito, la eminencia gris detrás de todo el caso.

La figura de este Anito es esquiva y escurridiza. Curtidor de oficio, fue estratego de Atenas durante la Guerra del Peloponeso y, acusado de ser el culpable de haber perdido a Pilos a manos de los espartanos, enfrentó cargos de traición de los que fue absuelto gracias a un eficaz soborno del jurado. Sabemos, además, que estuvo involucrado como fanático demócrata en los conflictos que luego resultaron superados por la amnistía general decretada en el 403 AC. Si bien parece ser que apoyó dicha amnistía, muy posiblemente fue uno de esos, más bien escasos, extremistas democráticos que no se sintieron del todo felices con ella y tenemos todas las razones para sospechar que sus verdaderos motivos estuvieron dictados por el afán de

encabezar una caza de brujas, entendiendo por tales a todos los que no se habían mostrado adecuadamente populares durante el sombrío período de la Tiranía de los Treinta.

Si ustedes repasan la lista de los pecados políticos de Sócrates que fuimos anotando en capítulos anteriores, verán que el Maestro encajaba bastante bien en el tipo de adversario político que Anito tenía en la mira. Pero estaba el problema de la amnistía. Sócrates no podía ser acusado por hechos anteriores al 403 AC. De allí la enorme ambigüedad de la acusación de "corromper a la juventud" que podía dar prácticamente para cualquier cosa, a lo cual se agregó la de "impiedad", quizás porque era algo así como una acusación "clásica" en materia de juicios políticos, o bien quizás para satisfacer a Melito el cual — si es el mismo Melito que también acusó a Andócides del mismo crimen — debe haber sido una especie de delirante místico fanatizado por algún raro purismo religioso.

Luego de la imputación ante testigos, tanto el acusado como el acusador debían presentarse ante el Arconte Rey. Allí el arconte, luego de escuchar a las partes debía determinar si el juicio era admisible, o no, bajo las leyes vigentes. En caso de serlo, se fijaba fecha para una "audiencia preliminar" en cuyo transcurso se procedía a leerle al acusado formalmente el documento que contenía la acusación escrita. El acusado debía luego contestar y producir su descargo. A continuación ambos debían jurar, cada uno por su parte, que tanto la acusación como el descargo se correspondían con la verdad.

El paso siguiente consistía en un interrogatorio de ambos litigantes por parte del arconte, luego de lo cual los mismos podían interrogarse entre sí. Cumplido este procedimiento, el arconte — si hallaba mérito suficiente en la acusación — establecía los cargos formales y fijaba fecha para la audiencia pública.

Por desgracia, no sabemos cómo transcurrió todo este complejo trámite en el caso de Sócrates. Se dice que el documento conteniendo los cargos formales contra él existió hasta aproximadamente el Siglo II DC pero, por desgracia, se perdió luego. Aunque, obviamente, lo interesante sería poder conocer hoy de qué forma y por cuales causas reales el entonces arconte rey llegó a la conclusión de que efectivamente había méritos suficientes como para llevar el caso a audiencia pública. Porque, a la luz de lo que ocurrió

después en dicha audiencia, se hace bastante evidente que la denuncia descansaba sobre pies de barro, por decir lo menos.

El juicio tuvo lugar en el Ágora ante 500 ciudadanos mayores de 30 años seleccionados al azar entre todos los que voluntariamente se presentaron a oficiar de jueces. Uno podría pensar en que aquí ya puede haber un pequeño sesgo en la justicia ateniense puesto que alguien, para ser juez de un caso, debía presentarse manifestando **querer** juzgar el caso. Con lo que muy bien podría haber tenido algún interés especial y particular en dicho caso y, de cualquier forma, quienes podían manipular o movilizar grandes grupos de personas — ya sea con dinero, con demagogia o con ambas cosas a la vez — tenían ciertamente mayores probabilidades de lograr un jurado favorable que aquellos que contaban con un escaso número de seguidores o simpatizantes.

Se ha dicho que Atenas instituyó jurados con un gran número de participantes precisamente para evitar posibles sobornos. Es cierto que estos jurados contaron tradicionalmente con un gran número de integrantes — por lo normal, entre 500 y hasta 1500 — pero el argumento de que no se puede sobornar a 500 personas no resiste el menor análisis. Por de pronto, en un jurado de 500 no hay por qué sobornar a todos ellos. En teoría bastaría con sobornar a 251 y, en la práctica, con tener unas 260 personas bien bajo control ya sería más que suficiente. Y en cuanto a que no se puede sobornar a tanta gente, por favor no seamos ingenuos ni hipócritas: es solamente cuestión de dinero, contactos y poder. Sobre todo teniendo en cuenta que los jueces ya de por sí recibían tres óbolos del Estado por su participación y sólo habría sido necesario "mejorar" un poco ese estipendio.

Con esto no quiero decir que los jueces que condenaron a Sócrates fueron sobornados. Es más: creo que muy probablemente no lo fueron. Lo que he querido poner un poco de relieve es lo ridículas que resultan a veces las pretensiones de ciertos juristas y legisladores en cuanto a la condición supuestamente equitativa de la justicia humana y la pureza casi divina que se le pretende dar muchas veces a nuestros procesos judiciales que, mirados de cerca, resultan ser siempre bastante torpes y por demás imperfectos. Si hay una cosa que me causa gracia es ese espécimen de fariseo que se las pasa perorando ante las cámaras de televisión repitiendo constantemente el sonsonete aquél de "yo creo en la justicia". No conozco a nadie que haya

seguido repitiendo el sonsonete luego de que esa misma justicia fallara en su contra.

Yo no creo en la justicia. Échenle una mirada tan sólo a la estatua que la representa: es una mujer, parada sobre un pedestal, con los ojos vendados. Lo cual es lo mismo que decir que es caprichosa, es ciega, anda de a pié y se cae con sólo dar un paso; como me han dicho muchos abogados amigos míos algo machistas, siendo que varios de ellos me han confesado que, con demasiada frecuencia, la balanza que sostiene en una de sus manos se inclina indefectiblemente del lado de quien ha puesto la mayor cantidad de oro. Porque, de otro modo, ¿para qué querría la buena señora una balanza? Los argumentos, las razones y la verdad no poseen masa física.

No. Lo lamento mucho. Yo no creo en la justicia instrumentada por los seres humanos. Desde hace más de dos mil cuatrocientos años que viene errando y no por nada una de las grandes ironías de nuestro idioma es que las sentencias de los jueces se llaman fallos.

Y es un hecho: cada vez que me acuerdo de Sócrates no puedo sino convencerme de que nuestros solemnes jueces vienen fallando desde hace por lo menos veinticuatro siglos.

¿Por qué la justicia se rodea siempre de esa majestuosidad artificiosa que pretende hacerla grave y solamente consigue volverla ridícula? El mecanismo de un juicio propiamente dicho estaba en Atenas por lo menos tan normado como sus prolegómenos. Por de pronto, el procedimiento requería que todo el proceso quedase concluido en un solo día; de hecho, en unas nueve o diez horas en total. El jurado no se retiraba a deliberar, la audiencia no se posponía, la sesión no entraba en cuartos intermedios. En un sólo día el caso, de un modo u otro, tenía que quedar resuelto.

El juicio en si debía comenzar con un heraldo leyendo los cargos. Luego de ello, la acusación debía presentar su caso. Melito, Anito y un tercer acusador, Licón, tendrían tres horas — medidas por un reloj de agua, la *clepshidra* — para hacerlo. Luego de ello, Sócrates — es decir: el propio acusado — tendría otras tres horas para hacer su defensa. No había abogados defensores en Atenas. Lo máximo que podía hacer una persona con escasas dotes para la oratoria era aprenderse de memoria un discurso escrito por un *logógrafo*. También podía traer al tribunal a su mujer y a sus

hijos para que éstos llorasen e impresionasen al jurado inclinándolo a la clemencia.

Después de la defensa, el heraldo invitaría a los jueces a considerar sus decisiones luego de lo cual se procedería a la votación. Una mayoría simple bastaría para condenar al acusado. Con un pequeño detalle: si menos de 100 de los 500 jueces votaba por la condena, los acusadores deberían pagar las costas del juicio.

Cuando el acusado era hallado culpable, el juicio entraba en la etapa de establecer la pena. Para ello no sólo la acusación debía proponer una pena sino, curiosamente, el propio acusado también tenía que proponer el castigo que a su juicio se merecía. Los jueces debían luego elegir entre las dos opciones aquella que les pareciese más adecuada.

El rango posible de las penas era amplio. Iba desde la pena de muerte y pasaba por la prisión, la pérdida de los derechos civiles, hasta el exilio o una multa.

La defensa

En el caso de Sócrates no disponemos de la presentación de la acusación. Pero, gracias a Platón y a Jenofonte, conocemos los argumentos presentados por Sócrates en su defensa.

Si es que podemos llamarla defensa.

Porque en realidad, Sócrates no se defendió demasiado. Se limitó a demoler la acusación mostrando todas sus inconsistencias y, luego de ello, denigró e incluso se burló de todo el teatro montado para deshacerse de él; hasta agraviando de paso a sus pretendidos jueces quienes evidentemente gozaban de su presuntuosa importancia con ese típico embeleso que los enanos siempre han sentido cuando, por esas cosas de la fatalidad, de pronto se encuentran en la posición de poder patear a un gigante sin correr mayores riesgos.

No voy a reproducir aquí en forma íntegra la defensa que Sócrates hizo de sí mismo. Quienes estén interesados en sus detalles pueden leer las dos

versiones de "*La Apología de Sócrates*" que nos han legado Platón y Jenofonte respectivamente. Lo que quisiera destacar aquí es la esencia del juicio por un lado y la postura del acusado por el otro.

Para el observador del Siglo XXI lo que más llama la atención en ese juicio es su extraña similitud con muchos otros, muy similares, que se han dado a lo largo del tiempo. ¿Cuántas veces, aún en nuestros tiempos actuales, hemos asistido a alguno de esos linchamientos jurídicos impuestos por la ley de los vencedores? ¿Cuántas veces un hato de hipócritas cobardes habrá recurrido al expediente de hacer asesinar por un tribunal a aquellas personas que no se animaron a matar directamente, en plena calle y a plena luz del día? ¿Cuántas veces un tribunal de justicia no ha sido más que un verdugo alquilado por quienes no tuvieron ni siquiera la integridad de atreverse a hacer por sí mismos el trabajo vil que le encargaron a los magistrados? ¿Cuántas veces la justicia no ha sido más que un instrumento del homicidio legalizado o, por lo menos, del público ajusticiamiento moral legalmente legitimado?

Ya hace 2400 años atrás los seres humanos teníamos esta bastante poco edificante costumbre. Ya por aquella época hubo individuos que, para desembarazarse de alguna persona, recurrían al linchamiento jurídico. En realidad el método es relativamente simple. Primero se convence a la multitud de la culpabilidad de la persona, o de las personas, que se quiere eliminar. Para eso sirve el rumor, la maledicencia, el chisme, la insidia, la calumnia, la infamia, la difamación, la falacia, la impostura, la mendacidad, la técnica de retorcer tendenciosamente los hechos, la práctica de sembrar dudas insidiosas y todo ello, por supuesto, perpetrado desde la atalaya inatacable de la supuesta búsqueda de la verdad y un no menos supuesto impoluto afán de justicia. El arsenal de recursos con que se cuenta para montar este tipo de escenario es realmente abundante y variado.

Una vez lograda la destrucción del acusado frente a la siempre todopoderosa opinión pública lo único que resta es arrastrarlo ante un tribunal con cualquier acusación de la cual lo único que realmente importa no es que sea cierta sino que sea grave. Y mejor aún si es grave e infamante a la vez. Porque, una vez montado el escenario, mientras más seria sea la acusación, mientras más monstruoso aparezca el acusado, más creíble será lo que se le imputa. Y mientras más desagradablemente haya quedado arraigada en la

opinión pública su figura, menos probabilidades existirán de que sea hallado inocente hasta de los cargos más inverosímiles.

A la opinión pública no le gusta que se le discutan sus opiniones. A nadie le gusta admitir que le vendieron un tranvía, sobre todo no después de que ha mostrado, orgulloso, su nueva adquisición a medio mundo. Y lo peor de todo se da cuando son los propios jueces los que, a fin de justificar una sentencia que ya tienen escrita de antemano, participan en el montaje del escenario para venderle el tranvía a la opinión pública o bien, como sucede muy a menudo, son los propios jueces los primeros en comprarse el proverbial tranvía porque, en última instancia, son tan parte de esa opinión pública manipulada como el que más. Para no hablar del triste caso en el que los jueces se terminan subiendo al vagón porque no se atreven a contradecir a la masa que se lo compró.

En el juicio que la democracia ateniense le hizo a Sócrates tenemos todos estos ingredientes. Prácticamente no faltó ninguno. Y la primer conclusión a la que uno llega luego de interiorizarse un poco de sus pormenores es que se trata de una teatralización de la ridiculez. La acusación es ridícula — y Sócrates no pierde la oportunidad de dejarlo bien en claro — los acusadores son ridículos, la puesta en escena es íntegramente ridícula y, por si faltaba algo, todo el juicio sale completamente para el demonio. Porque la farsa resultó tan macabramente ridícula que terminó en una sentencia de muerte que, en realidad, nadie quería.

Es posible que, en alguna medida, Anito, Melito y Licón buscasen realmente una sentencia de muerte. O, al menos, es posible que no les molestase demasiado una condena capital. Pero Atenas no quería matar a Sócrates. No lo quería con casi total seguridad. De haber existido todavía el recurso del ostracismo los atenienses seguramente lo hubieran utilizado para deshacerse de él por unos 10 años. Siendo que al momento del juicio tenía 71 años, es harto poco probable que hubiese podido volver a molestarlos. A Sócrates mismo no se le escapó, por supuesto, la ironía. Comentando la sentencia, hacia el final de la jornada, le dirá a sus jueces: "*Si hubierais esperado un poquito más, habría llegado el mismo desenlace, aunque de un modo natural; considerad la edad que tengo y cuán recorrido tengo el camino de la vida y qué cercana ronda la muerte*".

Pero el ostracismo había naufragado en el ridículo y se había ahogado en el absurdo unos 19 años antes por lo que había que inventar otro método que le permitiera a los pequeños ignorantes gozar del placer de humillar a los grandes sabios. Y los juicios prometían ser un buen sustituto. Uno podía acusar a alguien de delitos tan etéreos como el de impiedad (*asebeia*) o el de corromper a la juventud (por supuesto sin precisar la índole específica de esa corrupción), con lo cual uno se colocaba tranquilamente en posición de amenazar a cualquiera con la pena de muerte. Después sería cuestión de ver qué tan bien resultaba el espectáculo. Ya se vería cómo el acusado se retorcía, suplicaba, imploraba y se las arreglaba para ganarse la simpatía, la misericordia o la compasión de una muchedumbre de comunes mortales devenidos en jueces impertérritamente convencidos de su propia importancia.

Con eso, más alguna pequeña ayuda de índole organizacional o pecuniariamente motivacional, el veredicto de "culpable" podía quedar prácticamente garantizado. Con lo que al momento de proponer el castigo uno insistiría en la pena de muerte, el acusado propondría algo bastante más razonable — como, por ejemplo, el exilio — y santas pascuas. El jurado, que en última instancia podía ser un hato de pobres diablos pero que al fin y al cabo no era una banda de asesinos, seguramente votaría por el exilio. De modo que así, aunque de un modo algo más complejo, uno podía llegar a los mismos resultados que con el obsoleto ostracismo y tener un buen espectáculo al mismo tiempo.

Sólo que la payasada podía salir mal. Con el juego del ostracismo, en el peor de los casos, el acusado se iba de paseo por Grecia, volvía después de una década y la cosa no pasaba de ahí. En el caso de los juicios el tema era distinto. Si el asunto salía mal el acusado podía llegar a quedar condenado a muerte. Y en ese caso no quedaba más remedio que matarlo de verdad.

Y con Sócrates salió mal.

Salió mal desde el principio. Por de pronto, la acusación era insostenible desde cualquier punto de vista. Era tan inconsistente que solamente podía ser sostenida forzando todos los argumentos.

Para empezar, Sócrates comenzó su alegato dejando bien en claro que no se le podía escapar a nadie que la acusación formal de Melito, Anito y Licón no

era más que un pretexto para ventilar viejas acusaciones que no se habían formulado, ya sea porque lo impedía la amnistía, o bien porque se trataba de ese tipo de imputaciones que todo el mundo se cree con derecho a hacer pero nadie se anima a presentar ante un tribunal. Sabía perfectamente bien que, en determinados círculos tenía mala fama desde hacía mucho tiempo. Aristófanes lo había caricaturizado de un modo mordaz en sus comedias. Estaba la relación de sus discípulos con la Tiranía de los Treinta. Estaba el asunto de León de Salamina. Estaba la vieja cuestión de los estrategas de las Arginusas. Encima de todo eso, era común que los mal informados pensasen que usaba la misma técnica de los sofistas enseñando a defender malas causas con buenos argumentos.

Tampoco se había ganado la simpatía de muchos al demostrar, mediante sus eternas preguntas, que quienes decían saber mucho resultaban ser unos perfectos ignorantes mientras que él "sólo sabía que no sabía nada", como acostumbraba decir, y terminaba demostrando saber más que todos ellos. Algo que hasta la propia pitonisa de Delfos había reconocido de una forma explícita y, por supuesto, Sócrates no pierde la oportunidad de refregárselo bajo la nariz a todos los presentes.

En todo el alegato hay, permanentemente, un tono de sutil socarronería y burla. No es en absoluto la defensa de alguien que reitera en mil tonalidades diferentes la cantinela ésa de "*Soy inocente. Soy inocente*". La posición es más bien la de "*¿Quieren matarme? Pues, si realmente lo quieren, pueden hacerlo. Es más: ni siquiera tengo cómo evitarlo. Pero estarán matando a un inocente — y ustedes saben que es inocente — y si esperan a que este inocente se arrastre delante de todos ustedes implorando una pena menor, pues están fregados porque eso no va a suceder.*" Esa es, básicamente, la línea argumental de Sócrates.

Hay un pasaje de la Apología en donde esto queda especialmente claro. Es cuando Sócrates se niega explícitamente a utilizar los habituales trucos para presionar sobre la sensiblería del jurado y dice:

"*Quizá alguno se indigne al recordar que en otros casos de menos monta el acusado rogó y suplicó a los jueces con lágrimas, haciendo comparecer ante el Tribunal a sus hijos para despertar compasión, y si se terciaba, a sus parientes y familiares, mientras que yo, en cambio, no hago ninguna de estas cosas, a pesar de que estoy corriendo, como se ve, el mayor de los*

peligros. (....) por mi buen nombre y por el vuestro, que es el de nuestra ciudad, a mi edad no me parece honrado echar mano de ninguno de estos recursos, y menos todavía frente a la opinión generalizada de que Sócrates se diferencia de la mayoría de los hombres. (...) Alguna vez he visto a algunos de los que son considerados importantes, cuando se les está juzgando y temen sufrir alguna pena o la misma muerte: su conducta me resulta inexplicable, pues parece que están convencidos de que, si logran que no se les condene a muerte, después ya serán por siempre inmortales. (...) Pero, aparte de la cuestión de mi buen nombre, tampoco me parece digno suplicar a los jueces y salir absuelto por la compasión comprada; hay que limitarse a exponer los hechos y tratar de persuadir, no de suplicar. Pues el jurado no está puesto para repartir la justicia como si de favores se tratara, sino para decidir lo que es justo en cada caso; y los que tienen que juzgar han jurado interpretar rectamente las leyes, no favorecer a los que les caigan bien."

Desde el punto de vista de una defensa legal, esas palabras constituyen un tremendo error. La masa nunca perdona a quienes la critican. La muchedumbre jamás admite su mediocridad estadística y jamás disculpa a quien se la señala. Pueden ustedes despreciar a una persona o, quizás, incluso a un grupo reducido de personas, y a lo sumo se harán fama de altaneros o de orgullosos. Pero desprecien la actitud de toda una multitud de personas y ya verán lo que les pasa: invariable e inevitablemente recibirán la acusación de soberbios y todo el mundo los acusará de menospreciar a la gente. Señalen el error de un individuo y recibirán el mote de criticones. Pero si señalan el error de una multitud recibirán la etiqueta de arrogantes. Y las mayorías siempre han sentido un especial placer en matar a quienes han podido acusar de arrogantes.

Es una tendencia que los biólogos conocen perfectamente bien: se llama la tendencia a la regresión a la media. Es la predisposición que toda población tiene hacia la media estadística promedio y que la induce a tratar de eliminar las excepciones que se hallan a ambos extremos de la curva de distribución normal. Es la tendencia que subyace a todas las formas de eutanasia. Porque no hay que creer que la eutanasia es, como generalmente se supone, tan sólo la forma de deshacerse de aquellos que una opinión generalizada considera débiles, idiotas, malformados o degenerados. Funciona también para el otro extremo de la curva de Gauss y muchas veces se aplica también a los eminentes, a los sabios, a los inteligentes y a los

extraordinariamente geniales. La eutanasia es siempre la profilaxis que adoptan los muchos frente a los pocos.

Por eso es que hay tantos genios en la Historia que han muerto en medio de la pobreza y la indiferencia de sus contemporáneos. Por eso es que el valor de una persona genial se admite tantas veces sólo mucho después de su muerte y esto, incluso, sólo gracias a algunos escasos intermediarios especialmente generosos. Si no hubiera existido un Mendelsohn probablemente hoy no estaríamos ni enterados de que existió un Bach. De no ser por Platón, toda la filosofía de Sócrates hubiera muerto con él en el 399 AC. Las mayorías prefieren no recordar a los excepcionales.

Sócrates sabía esto perfectamente bien. Por eso le dijo a sus jueces: "*... hay mucha animadversión contra mí, y son muchos los que la sustentan. Podéis estar seguros de que eso sí es verdad. Y eso es lo que va a motivar mi condena.*"

Sócrates lo sabía: cuando son los muchos los que acusan, la condena es inevitable. Más allá de la sustentabilidad o inconsistencia de la acusación, el sólo hecho de ser la acusación algo admitido por la llamada "opinión pública" ya garantiza la condena. Por eso es que resulta tan peligroso para un gran hombre el juicio por un tribunal multitudinario. Si la sentencia ha de estar en manos de un juez, o de un número reducido de jueces, todavía puede suceder el milagro de que estos pocos jueces tengan la valentía de enfrentar a la opinión de la mayoría y sentencien de acuerdo con su conciencia y — a veces — hasta con su sentido común. Pero si la sentencia está en manos de la opinión de una cantidad apreciable de personas, o si, lo que es lo mismo, la composición del tribunal es tal que refleja con bastante fidelidad a esa opinión mayoritaria, las personas excepcionales no tienen escapatoria: están condenadas de antemano y el juicio se convierte en un linchamiento legal.

Y en una situación así, una persona con un mínimo de dignidad sólo tiene un camino y ése es el elegido por Sócrates: "*Quien ocupa un lugar de responsabilidad, por creerse que es mejor, o bien porque allá le han colocado los que tienen autoridad, debe mantenerse firme, resistiendo los peligros, sin tener en cuenta para nada la muerte ni otro tipo de preocupaciones, excepto su propia honra.*"

Porque de eso se trata: del honor. Una palabra cuyo contenido hoy está tan devaluado que la enorme mayoría de las personas ya no tiene ni idea de lo que significa. Porque es una noción que trasciende la conveniencia personal, el provecho propio, el egoísmo o la codicia y trata de subrayar o de concretar valores que se relacionan con la integridad, la honradez, la rectitud, la entereza y la decencia; mucho más allá de las ventajas personales e, incluso, hasta mucho más allá del riesgo de muerte. Un concepto que Sócrates perfila claramente cuando dice: "*... un hombre con un mínimo de valentía no debe estar preocupado por esos posibles riesgos de muerte, sino que debe considerar sólo la honradez de sus acciones, si son fruto de un hombre justo o injusto*."

Y la forma en que Sócrates consideraba a sus propias acciones nos queda clara cuando le escuchamos decir: "*... yo no tengo otra misión ni oficio que el de deambular por las calles para persuadir a jóvenes y ancianos de que no hay que inquietarse por el cuerpo ni por las riquezas, sino, como ya os dije hace poco, por conseguir que nuestro espíritu sea el mejor posible, insistiendo en que la virtud no viene de las riquezas, sino al revés, que las riquezas y el resto de bienes y la categoría de una persona vienen de la virtud, que es la fuente de bienestar para uno mismo y para el bien público*."

Y también nos queda claro que sabía a la perfección que ese mensaje irritaba a las mayorías por aquella famosa alegoría del tábano: "*Por eso estoy muy lejos de lo que alguno quizá se haya creído: de que estoy intentando hacer mi propia defensa. Muy al contrario, lo que hago es defenderos a vosotros para que, al condenarme, no cometáis un error desafiando el don del dios. Porque, si me matáis, difícilmente encontraréis otro hombre como yo, a quien el dios ha puesto sobre la ciudad, aunque el símil parezca ridículo, como el tábano que se posa sobre el caballo, remolón, pero noble y fuerte, que necesita un aguijón para arrearle. Así, creo que he sido colocado sobre esta ciudad por orden del dios para teneros alerta y corregiros, sin dejar de estimular a nadie, deambulando todo el día por calles y plazas*."

Pero los atenienses no querían tener sobre sus espaldas a un fastidioso tábano que constantemente les recordase que el éxito debe ser producto de la virtud y no a la inversa, y que la sabiduría es hija de la sobriedad y no de la ostentación. La masa no entiende esto y está más que dispuesta a creer que el éxito es la prueba de la virtud y que siempre sabe mucho el que habla más,

o el que habla con mayor habilidad, siendo que en muchos casos — como por ejemplo en el de los políticos profesionales — esa logorrea es la base de su éxito. Pero el molesto tábano no encajaba en este modelo porque podía decir con todo orgullo: "*No soy hombre que hable por dinero o que calle si me lo dan.*"

Todos sabían que eso era cierto.

Y porque lo sabían, lo condenaron.

En cualquier régimen, y especialmente en aquellos en que el dinero juega un gran papel, es peligroso dejar hablar a alguien que no se puede comprar.

La condena

Lo sorprendente de la condena de Sócrates no es que Atenas la pronunciara. Lo que realmente sorprende es el relativamente escaso margen de votos que obtuvo: 280 jurados lo hallaron culpable y 220 lo declararon inocente. Si apenas 31 personas más hubieran votado por su inocencia hubiera salido absuelto.

Pero no fue así y, frente a la condena, Sócrates, en lugar de ir a buscar una pena más leve, redobló la apuesta para obligar a los atenienses a confesar que se habían equivocado.

Eso fue lo que hizo que el juicio saliese por completo fuera de control y, si ya venía bastante mal, a partir de allí fue que terminó saliendo peor.

Es que el acusado no se comportó como Melito, Anito, Licón y por lo menos 280 jueces creyeron que se comportaría. O como, desde cierto punto de vista, hubiera sido "lógico" comportarse. Porque, frente a una situación en donde la acusación pedía la condena de muerte, lo "lógico" hubiera sido presentar como contrapropuesta algo así como el exilio. En ese caso, los quinientos jueces hubieran podido hacer gala de una magnánima condescendencia y votar por la más leve de las penas propuestas. Que era, básicamente, el juego que se quería jugar.

Pero Sócrates no se prestó al juego. Rompió las reglas diciendo: "*...no tengo conciencia de haber hecho nunca voluntariamente mal a nadie...* " y a partir de allí comenzó a presionar a los atenienses haciéndoles ver que, puesto que estaba convencido de su inocencia y puesto que en consecuencia consideraba un error su condena, no tenía por qué proponer para sí mismo una pena por delitos que no tenía conciencia de haber cometido jamás.

Y es que el mecanismo mental de los atenienses estaba basado sobre ese concepto de negociación que muchas veces es tan típico de ciertos políticos, especialmente de los democráticos que se creen que pueden aplicarle a la política los principios mercantiles que rigen el mundo de los negocios: pongamos a un adversario entre dos posibilidades extremas y lo más probable es que, después de negociar, arribemos a una solución intermedia. Es que los mercaderes codiciosos, que viven en un estado intermedio entre la nobleza y la vileza, sencillamente adoran aquellas soluciones que se ubican también en un estado intermedio entre la justicia y la arbitrariedad. Son los que siempre hablan de la posibilidad de un "arreglo"; los que creen que toda solución es siempre el resultado de una negociación entre las partes; los que afirman dogmáticamente que el término medio es siempre el mejor de los términos porque lo óptimo es enemigo de lo bueno o porque lo posible siempre priva sobre lo necesario. Son los que nunca entenderán que existen posiciones que, sencillamente, no son negociables y existen valores que no admiten escalas de grises porque hay cosas que, lisa y llanamente, o están bien, o están mal, sin posibilidades intermedias, por la misma razón por la cual un hombre no puede ser sólo moderadamente asesino y una mujer no puede estar sólo un poco embarazada.

Y esto no quiere decir que no existan las escalas de grises. Por supuesto que existen, y en muchos ámbitos y para muchas cosas. El equilibrio del dorado término medio aristotélico es perfectamente aceptable para la solución de muchos problemas, especialmente para aquellos en donde las exageraciones extremas son manifiestamente inviables. Pero el término medio aristotélico no es una panacea; no es aplicable a todos los casos porque hay cuestiones que no admiten soluciones intermedias. El honor de una persona es una de ellas.

Ése es, en última instancia, uno de los grandes mensajes de Sócrates: puesto frente a la opción de una muerte con honor o una vida en indignidad, Sócrates prefirió la muerte. En sus propias palabras no exentas de una

macabra ironía: "*¿Me condenaré al exilio? Quizá sea ésta la pena que a vosotros más os satisfaga. Pero debería estar muy apegado a la vida y muy ciego para no ver que si vosotros, mis paisanos, no habéis podido soportar mis interrogatorios ni mis tertulias, sino que os han resultado molestos hasta el extremo de querer libraros de ellos, ¿cómo voy a esperar que unos extraños los soporten con más generosidad?*"

Porque, y quizás esto sea lo decisivo: "*...el mayor bien para un humano es mantener los ideales de la virtud con sus palabras y tratar de los diversos temas, examinándome a mí mismo y a los demás, pues una vida sin examen propio y ajeno no merece ser vivida por ningún hombre, me creáis o no*".

Y se burló de sus jueces proponiendo como "castigo" ser mantenido por el Estado puesto que si ese Estado era capaz de premiar a los ganadores de las carreras de caballos en las olimpíadas con una pensión vitalicia ¿por qué no se la habría de otorgar a él que había dedicado toda su vida a tratar de ayudar a las personas a encontrar la verdad y la virtud? Aunque terminó rectificándose luego, bien que a regañadientes, y propuso una multa que, bien mirada, resultaba por lo menos tan absurda como la propuesta anterior.

Lo condenaron a muerte, por supuesto. Con un margen bastante mayor que refleja en qué medida la mayoría se sintió irritada y ofendida por sus palabras: 360 jurados votaron por la pena de muerte y solamente 140 por la multa.

Como ya dijimos; no es bueno señalarle a la multitud sus errores y menos saludable aún es tratar de obligarla a reconocerlos.

Pero en su alocución final, el condenado tuvo por lo menos la satisfacción de poder alzar la cabeza y decir: "*... me he perdido por una carencia, pero no de palabras, sino de audacia y osadía, y por negarme a hablar ante vosotros de la manera que os hubiera gustado, entonando lamentaciones y diciendo otras muchas cosas indignas e inesperadas en mí, aunque estéis acostumbrados a oírlas en otros. Pero yo nunca he creído que hacía falta llegar a la deshonra para evitar los peligros, y ahora no me arrepiento de haberme defendido así; pues prefiero morir por haberme defendido como lo he hecho que vivir recurriendo a medios indignos en mi defensa*."

Aunque lo más lapidario, en mi modesta opinión, se encuentra un poco más adelante y es cuando Sócrates le dice a sus jueces: "***Todos los peligros pueden evitarse de muchas maneras, sobre todo por quienes están dispuestos a claudicar. Pero lo más difícil no es escapar de la muerte, sino evitar la maldad, que corre mucho más rápido que la muerte. A mí, que ya soy viejo y ando algo torpe, me ha pillado la muerte, mientras que mis acusadores, que aún son jóvenes y ágiles, van a ser atrapados por la maldad. Yo voy a salir de aquí condenado a muerte por vuestro voto, pero vosotros marcharéis llenos de maldad y vileza, acusados por la verdad. Yo me atengo a mi condena, pero vosotros deberéis soportar también la vuestra.***"

Con lo cual los invito a pensar sobre quién resultó condenado y quién fue absuelto aquí.

¡Perdónalos, Señor!

Después de eso Sócrates se encaminó hacia la prisión, a esperar que el verdugo cumpliese la sentencia dictada.

¡Qué práctica que es la institución de los verdugos! ¡Gracias a ella es tan fácil mandar a un hombre a la muerte! ¡Que bueno y tranquilizador es saber que siempre hay otro para encargarse del trabajo sucio! Uno está ahí, firma un papel o pronuncia con cara de dios insobornable la palabra "¡culpable!", y después se va tranquilo a su casa con el ego henchido de satisfacción por haber contribuido a la sacrosanta causa de la Justicia con mayúscula. De ahorcar, fusilar, decapitar, electrocutar o envenenar al reo se encarga el verdugo. Muy conveniente. Me pregunto cuantos partidarios de la pena de muerte quedarían si quienes dictan la sentencia estuviesen también obligados a ejecutarla. Porque todos los enérgicos y severos patrocinadores de la pena de muerte — al menos todos los que yo conocí y conozco — siempre la proponen para que la apliquen y la ejecuten los otros.

¡Si por lo menos la pena de muerte sirviese para algo! ¡Si por lo menos no fuese cierto lo que sabe cualquier policía después de tan sólo dos meses de trabajo! Porque hasta los agentes de tránsito saben que el criminal, capaz de

cometer el tipo de delito que normalmente se castiga con la muerte, no mide la severidad de la pena sino el grado de impunidad que percibe, o cree percibir, antes de cometer el crimen. Póngale usted horca, fusilamiento o silla eléctrica. Si el criminal capaz de perpetrar un delito aberrante cree que puede cometerlo sin que lo pesquen, no le quepa a usted la menor duda de que lo cometerá. Y póngale usted veinticinco, veinte o quince años de prisión. Si ese mismo criminal la ve tan difícil que queda convencido de que lo pescarán si lo intenta; pues no lo hará, tenga usted la plena seguridad de ello. La realidad es mucho más simple de como la pintan nuestros sesudos y engreídos juristas. Es el grado de impunidad lo que cuenta. La severidad de las penas influye, claro. Pero mucho, muchísimo menos.

Y por favor no crean que digo esto porque siento lástima por los criminales. En absoluto. Si quieren saber cual es mi pena favorita no tengo ningún inconveniente en darla: es la prisión con trabajos forzados. Y, si hace falta, prisión perpetua con trabajos forzados. Levántese a las seis de la mañana mi amigo, trabaje doce o catorce horas y luego váyase a dormir y no estorbe. Y si no lo hace pues, entonces no come y lo siento mucho. Y no me digan que eso es demasiado cruel ¿Acaso no es lo que también se supone que debemos hacer diariamente todos los que estamos fuera de la prisión? No creo en las penas que castigan. Me conformaría con penas que obliguen a los presos a hacer exactamente lo mismo que tenemos que hacer todos los que estamos en libertad: portarnos decentemente y trabajar.

Mi mayor objeción a la pena de muerte no es que resulta demasiado cruel. Mi mayor objeción es que no sirve para nada. Todas las estadísticas lo demuestran. Y, para colmo, tiene la desventaja adicional de ser irreversible. Es cierto: tampoco puedo devolverle veinte años de vida a una persona injustamente encarcelada. Pero por lo menos tengo la posibilidad de devolverle su libertad. Por lo menos tendré la oportunidad de verle la cara, mirarlo a los ojos y decirle: "Soy un reverendo imbécil. Me equivoqué". No creo que le sirva de gran consuelo a él o a ella. Pero sin duda eso será mucho mejor que llevarle flores a la tumba. Y por lo menos, quizás me servirá también a mí para ayudarme a convivir con mi conciencia por el resto de mi vida.

En cambio si lo mato — o peor todavía: si le encargo al verdugo que lo mate — me pasará lo que les sucedió a aquellos 500 jueces atenienses. Una vez que Sócrates murió (e insisto en que creo que murió por error de cálculo),

todavía más de dos mil cuatrocientos años después de esa barbaridad alguien se acordará del hecho y no tendrá más remedio que cerrar el capítulo con las palabras de Aquél que también fue condenado a morir, pero por otra muchedumbre que gritaba "¡Crucifíquenlo! ¡Crucifíquenlo!".

Porque ante hechos como éste, uno siempre termina recordando al Crucificado quien, en su inmensa grandeza de espíritu, en cierto momento alzó los ojos al cielo tan sólo para pedir:

— Perdónalos, Señor. No saben lo que hacen.

El barco y las lágrimas de un verdugo



Sócrates bebe la cicuta

El amanecer

Hemos recorrido un largo camino y, al final, estamos otra vez de regreso en la cárcel con Sócrates.

Amanece.

En el Pireo el sol juguetea reflejándose en las aguas del Mediterráneo e ilumina un barco recientemente amarrado al muelle. Es el barco a Delos que ha regresado.

En la ciudad un pequeño grupo de personas comienza a reunirse fuera de la cárcel. Son los discípulos y amigos de Sócrates. Poco a poco su número va aumentando hasta que están todos. Todos menos Platón que sigue enfermo.

El alcalde de la prisión se acerca al grupo para pedirles que esperen porque Los Once han ordenado quitarle los grillos a Sócrates. Es el día de la ejecución. El último día.

Poco después, los discípulos pasan a la celda donde está el Maestro. Xantipa está con él y, ni bien entran los demás, la mujer arma un escándalo. Sócrates lo mira a Critón y le pide que la lleven a su casa.

El último día

Y lo que sigue — si podemos creer al *Fedón* de Platón — es una larga conversación entre los allí reunidos sobre toda una diversidad de temas: el suicidio, la muerte, la armonía, el más allá, la virtud, la sabiduría... El relato de Platón es muy detallado y, digámoslo con sinceridad, en partes hasta resulta bastante poco creíble. Por supuesto, lo que cuesta creer no es que un condenado a muerte, pocas horas antes de su ejecución, hable de esos temas. Lo poco creíble es que lo haya hecho con la extensión y la enjundia que Platón — quien ni siquiera estaba allí — pone en su boca. Pero no hagamos de esto una cuestión de heurística. Al fin y al cabo, cuando Platón publicó sus obras la mayoría de los testigos que presenciaron los hechos todavía estaba con vida; y si ellos no lo desmintieron en su momento no veo por qué nosotros habríamos de ponernos en preciosistas veinticuatro siglos después.

Lo que Sócrates dijo el último día de su vida puede no haber sido absoluta y exactamente lo que Platón relata. Pero eso no quiere decir que no se hayan tocado esos temas y menos todavía es posible suponer que lo allí expuesto no refleja con fidelidad el verdadero pensamiento de Sócrates.

Permítanme sugerirles que lean el *Fedón* de Platón. Está lleno de detalles y de cuestiones aparentemente secundarias, pero es una obra para pensar. Es para pensar un rato largo. En algún momento de nuestras vidas, todos nosotros tendremos que plantearnos el hecho de la muerte. Es algo que nos va a tocar. Como suele decir un amigo mío que trabaja en una compañía de seguros: el seguro de vida es la única cobertura con un siniestro garantizado. Ninguno de nosotros escapará de él. En algún momento todos tendremos que hacer un balance de nuestra existencia y preguntarnos si valió la pena. Y no podría decirlo con absoluta certeza, pero me imagino que debe ser terriblemente triste tener que contestar esa pregunta con un "no".

Quizás podamos tener dudas acerca de cómo sigue la historia después de nuestra muerte. Quienes no tenemos la gracia de ser hombres de una fe inconmovible, no podemos evitar esas dudas y solamente nos queda el consuelo del apotegma según el cual la fe estaría justamente en los que dudan. Pero hay algo de lo cual jamás pude tener duda alguna y es que, sea lo que fuere que nos espera después, la última despedida debería ser tal que no tengamos de qué arrepentirnos. Y sé que esto puede sonar muy soberbio porque es obvio de toda obviedad que, a lo largo de la vida, uno comete un montón de macanas de las que no puede sentirse precisamente orgulloso, por decir lo menos. ¿Quién no tiene algún muerto en el ropero? Pero, en el último adiós, creo que no se trata de eso. Se trata del balance general. Del resumen que podemos llegar a hacer de una vida completa. Quizás no es tanto lo que hicimos sino lo que quedará de todo lo que hicimos y lo que, acaso, no hicimos pero deberíamos haber hecho. Y, en absoluto, quizás hasta es una cuestión de ver si quedará algo que sirva a los que vendrán después. Aunque ese algo no sea más que un buen ejemplo a seguir. Una verdad a considerar. O simplemente el buen recuerdo de una buena persona que dejó detrás de sí el cariño con el que se la recuerda.

Sócrates dejó mucho de eso. Nos dejó su filosofía que Platón recopiló y amplió. Nos dejó, en realidad, toda una escuela de pensamiento. Algo que, si queremos, podemos incorporar a nuestro conocimiento y desarrollarlo hasta nuevos límites. Pero también nos dejó el ejemplo de su conducta. Nos mostró cómo un hombre enfrenta la muerte a manos de sus semejantes cuando está completamente seguro de no merecer ese tratamiento. Nos mostró que no es nada fácil matar a una persona que no teme morir.

Porque, otra vez: ¿cómo puede un hombre defenderse cuando sabe que está condenado de antemano? ¿Cómo se mata a un hombre que no tiene miedo a morir?

El ejemplo de Sócrates nos da algunas respuestas. Y la respuesta a la primer pregunta es: de ninguna manera. Sencillamente ni siquiera tiene sentido tomarse el trabajo de intentarlo. No tiene ningún sentido demostrar una inocencia que a todo el mundo le consta pero que nadie quiere admitir ni conceder. Y la respuesta a la segunda es igual de simple: con injusticia. No hay otra forma. Porque un hombre que no teme morir está en paz con su

conciencia. Y una persona que está en paz con su conciencia es una buena persona. Y matar a una buena persona es injusto. No hay escapatoria.

Por eso, cuando Apolodoro, deshecho en lágrimas le dice al Maestro: "*Lo que más me cuesta, Sócrates, es verte morir injustamente*", Sócrates le acaricia la cabeza con cariño y le pregunta sonriendo: "*Mi querido Apolodoro, ¿acaso hubieras preferido verme morir con justicia?*"

Una sentencia injusta no ultraja al condenado; deshonra por siempre sólo a quienes imponen la condena.

Con lo que una de las grandes lecciones de esta historia es que no deberíamos entusiasmarnos tanto con nuestro Derecho y con la Justicia de los hombres. La ley y las estructuras jurídicas que hemos creado son increíblemente frágiles. Somos muy malos jueces, por más que a muchos les cueste admitirlo. Y especialmente somos pésimos jueces cuando hay cuestiones políticas de por medio. Prácticamente no hay un solo gran hombre en toda la Historia Universal que no haya estado preso alguna vez, o que no haya terminado ajusticiado o que, por lo menos, no haya sido desterrado o apartado y olvidado por sus contemporáneos. Admitámoslo: somos muy malos jueces. Pericles estaba completamente equivocado.

El atardecer

En la cárcel ya todo está en semipenumbra.

Atardece

Se acerca la hora final. Una vez que el sol se haya puesto el reo deberá beber la cicuta. Sócrates está diciendo:

"*Pues bien, amigos (...) justo es pensar también en que, si el alma es inmortal, requiere cuidado no en atención a ese tiempo en que transcurre lo que llamamos vida, sino en atención a todo el tiempo. Y ahora sí que el peligro tiene las trazas de ser terrible, si alguien se descuidara de ella. Pues si la muerte fuera la liberación de todo, sería una gran suerte para los males cuando mueren el liberarse a la vez del cuerpo y de su propia maldad juntamente con el alma. Pero desde el momento en que ésta se*

muestra inmortal, no le queda otra salvación y escape de males que el hacerse lo mejor y más sensata posible. Pues vase el alma al Hades sin llevar consigo otro equipaje que su educación y crianza, cosas que, según se dice, son las que más ayudan o dañan al finado desde el comienzo mismo de su viaje hacia allá".

Luego de una larga exposición acerca del reino de Hades y de lo que a un hombre le espera después de la muerte, Critón le pregunta a Sócrates cómo deberán sepultarlo. Y Sócrates le responde que lo hagan como mejor les parezca porque, de cualquier forma, no será a él a quien inhumen sino tan sólo a su cuerpo. Él piensa estar ya en otro lado para cuando llegue ese momento. Dicho lo cual se levanta para lavarse.

Y vienen después sus mujeres y sus hijos. Habla con ellos. Se despide y ordena que se retiren. Lo que sigue no es un espectáculo para mujeres y niños.

Porque lo que sigue es el verdugo que entra para dar la orden de suministrar el veneno.

Y lo que viene ahora es casi increíble.

Ese servidor de Los Once, que ya le ha transmitido esa misma orden a muchos condenados a muerte, que ya debe estar harto y cansado de todo el siniestro ceremonial, enfrenta a Sócrates para decirle: "*... no te censuraré a ti lo que censuro a los demás, que se irritan contra mí y me maldicen cuando les transmito la orden de beber el veneno que me dan los magistrados. Pero tú, lo he reconocido en otras ocasiones durante todo este tiempo, eres el hombre más noble, de mayor mansedumbre y el mejor de los que han llegado aquí, y ahora también bien sé que no estás enojado conmigo, sino con los que sabes que son los culpables. Así que ahora, puesto que conoces el mensaje que te traigo, ¡salud!, e intenta soportar con la mayor resignación lo necesario*".

Dicho lo cual, el hombre no puede soportar el peso de su amargura y rompe a llorar retirándose entre lágrimas.

Por favor, imagínenlo durante tan sólo un segundo: un verdugo que se echa a llorar ante la persona que le ordenaron ajusticiar. ¿Alguien me puede mencionar un caso igual en toda la Historia Universal?

Critón todavía trata de intervenir señalando que el sol aún no se ha puesto; que todavía queda tiempo; que otros, en la misma situación, todavía comieron, bebieron y hasta hicieron el amor antes de beber la cicuta.

Pero Sócrates no tiene ningún interés en estirar las cosas. No tiene ninguna intención de hacer el ridículo tratando de prolongar una vida que ya no es vida porque el momento de poner el punto final es inminente y no podrá posponerse. Así lo expresa y así lo comprenden todos.

La noche

"*Al oírle, Critón hizo una señal con la cabeza a un esclavo que estaba a su lado. Salió éste, y despues de un largo rato regresó con el que debía darle el veneno, que traía triturado en una copa. Al verle, Sócrates le preguntó:*

—Y bien, buen hombre, tú que entiendes de estas cosas, ¿qué debo hacer?

—Nada más que beberlo y pasearte — le respondió — hasta que se te pongan las piernas pesadas, y luego tumbarte. Así hará su efecto.

Y, a la vez que dijo esto, tendió la copa a Sócrates.

La tomó éste con gran tranquilidad (...) sin el más leve temblor y sin alterarse en lo más mínimo ni en su color ni en su semblante, miró al individuo de reojo como un toro, según tenía por costumbre, y le dijo:

—¿Qué dices de esta bebida con respecto a hacer una libación a alguna divinidad? ¿Se puede o no?

—Tan sólo trituramos, Sócrates — le respondió — la cantidad que juzgamos precisa para beber.

—Me doy cuenta — contestó —. Pero al menos es posible, y también se debe, suplicar a los dioses que resulte feliz mi emigración del aquí al más allá. Esto es lo que suplico: ¡que así sea!

Y después de decir estas palabras, lo bebió conteniendo la respiración, sin repugnancia y sin dificultad."

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.*

El sol se ocultó detrás de las montañas y se hizo de noche.

Mientras las estrellas en el cielo parpadeaban mirándolo todo con esa fría indiferencia que otorgan la lejanía y millones de años de experiencia, el barquero Caronte y su fiel perro Cerbero recibían a un nuevo pasajero conducido hasta allí por Hermes, el mensajero de los dioses.

En la corta travesía por el Styx, Sócrates, quizás acariciando distraídamente la cabeza de Cerbero, pasea su mirada por el Hades buscando a la Isla de los Bienaventurados. Él sabe que ése es su destino final. Lo supo siempre. Lo supo cuando Melito lo llevó ante el Arconte Rey para formalizar esa acusación absurda. Lo supo cuando habló delante del tribunal para defenderse, cuando escuchó su condena, cuando le dictaron la sentencia. Lo supo durante todo el tiempo que esperó en la cárcel a que regresara el barco a Delos. Y lo supo, seguramente, cuando alzó aquella copa envenenada pidiéndole a los dioses una feliz emigración del aquí al más allá. Siempre supo que su última morada sería esa isla.

La gran pregunta que constantemente me ha martillado el cerebro mientras escribía todo esto es: ¿cómo hizo para saberlo? ¿Cómo podía estar tan seguro? Aún admitiendo algún margen de duda que, por otra parte, tampoco dejó de expresar — porque quizás es casi imposible que una persona inteligente no retenga al menos algún margen de duda — todo su comportamiento indica que estaba profundamente convencido del destino de su alma.

Una pequeña parte de la explicación quizás esté en un comentario que le hizo a Cebes cuando, todavía en la cárcel, la conversación rozó el tema del suicidio. En esa oportunidad Sócrates dijo: "*... lo que se dice en los misterios sobre esto, es que los hombres estamos en una especie de presidio, y que no*

debe liberarse uno a sí mismo ni evadirse de él, me parece algo grandioso y de difícil interpretación. Pero lo que sí me parece Cebes, que se dice con razón es que los dioses son quienes cuidan de nosotros ..."

Ése me parece un hermoso pensamiento digno de guardar: Dios cuida de nosotros. Lo aceptemos, o no. Nos demos cuenta de ello, o no. Lo admitamos, o no. En un momento muy triste de mi vida, un buen sacerdote me enseñó algo que no voy a olvidar jamás: hay cosas que Dios hace y hay cosas que Dios permite. Y si uno piensa eso hasta el final, puede ser que termine reconociendo la imposibilidad de entender por qué hace algunas cosas y por qué permite otras pero, curiosamente, es un enorme consuelo saber que — sean cuales fueren sus inescrutables motivos — Dios nunca se hace el distraído; Dios nunca mira para otro lado. Hay una muy antigua bendición irlandesa que dice más o menos así: "

> *Que los caminos se alcen a tu encuentro;*
> *que los vientos soplen siempre a tu espalda;*
> *que el sol brille, cálido, sobre tu rostro;*
> *que las lluvias caigan suavemente sobre tus campos*
> *y, hasta que volvamos a encontrarnos amigo mío,*
> *que Dios te sostenga en la palma de su mano*". [23]

Quisiera despedirme con eso. De alguna manera, Dios siempre nos sostiene en la palma de su mano.

Y cuando una persona puede decir, como dijo Sócrates, con absoluta tranquilidad de espíritu: "*...no tengo conciencia de haber hecho nunca voluntariamente mal a nadie...* ", cuando una persona puede morir sabiendo que eso es verdad; en ese caso también puede saber que Dios no lo dejará caer de la palma de su mano sino que, en el momento preciso, lo depositará con infinito cariño sobre la Isla de los Bienaventurados.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.*

[23]) May the road rise to meet you,
May the wind be always at your back,
May the sun shine warm upon your face,
The rains fall soft upon your fields,
And until we meet again, my friend,
May God hold you in the palm of His hand.

En cuanto a nuestra historia, cuentan que, poco después de la muerte de Sócrates, un muchacho espartano se dirigió a Atenas con gran entusiasmo por conocer al Maestro. Sin embargo, ni bien llegó a la ciudad y preguntó por él, le informaron que había muerto. Indagó, pues, por su tumba y fue hasta ella.

Dicen que estuvo hablando, entre lágrimas, con la estela del sepulcro hasta que, caída la noche, se acostó sobre la tumba y se durmió.
Ni bien despuntó el alba, besó el polvo del lugar y, en silencio, regresó a Esparta.

Atenas había perdido todo interés para él.
